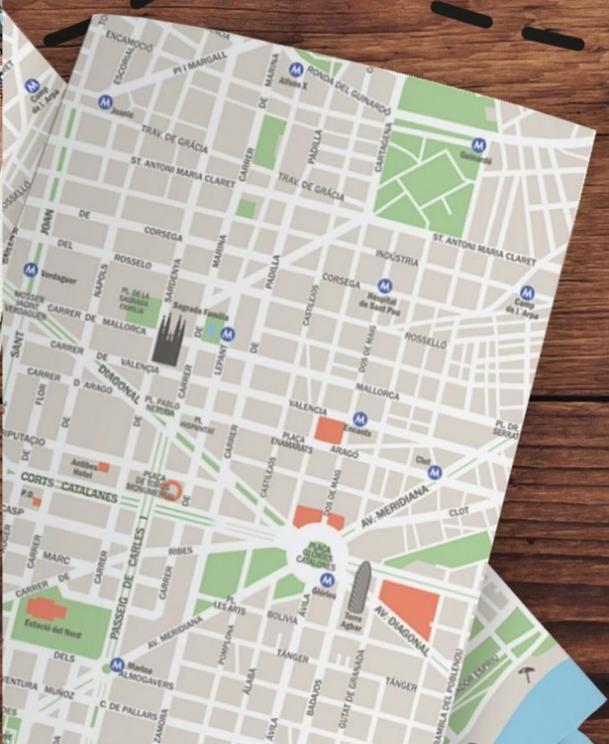


LUZ
GUILLÉN

¿EN LA
OSCURIDAD
O EN TU
CORAZÓN?



zafiro

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Epílogo
Biografía
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

María Costa Berenguer, guía turístico en Barcelona, acaba de cumplir veintiocho años. Como «regalo» recibe el encargo de acompañar durante una semana a Sean McCloud, un escocés muy especial que la retará a enseñarle la Ciudad Condal desde los sentidos, olvidándose por completo de lo que muestran los folletos publicitarios. La atracción entre ellos nace sin buscarla y, tras un tiempo, María decide que merece la pena arriesgarse y cambiar su lugar de residencia, su gente y su forma de vida por un nuevo comienzo en Glasgow. Allí la espera Sean, su perro Dark y un clan de amigos y familia, que enseguida la acogerán con cariño. Pero no todo puede ser perfecto. Claudia, la exnovia de Sean que lo abandonó en el peor momento de su vida, reaparece para amargar la existencia de la pareja en más de un sentido...

**¿En la oscuridad
o en tu corazón?**

Luz Guillén

Capítulo 1

—¿Qué tal tu fin de semana? —fue el saludo que recibió María al atravesar la puerta de la agencia de viajes en la que trabajaba—. ¿Lo pasaste bien celebrando tu cumpleaños?

—Pues sí —contestó ella deslizando el asa de su bolso por el brazo—. Raro, pero bien.

—¿Raro? —Saray, su compañera, alzó una ceja sin comprender.

—¡Bah! Cosas mías.

—Pues yo tengo un «regalito» para ti que ha llegado esta mañana.

María puso en marcha su ordenador después de haber guardado sus cosas en el armario que tenía tras su escritorio y se sentó antes de preguntar:

—¿Un regalo?, ¿de quién?

—Abre la bandeja de entrada del *mail* genérico. Nos ha caído una buena.

—Ah, ya veo, se trata de trabajo... —dijo un poco decepcionada.

—Sí, trabajo. —Saray se levantó de su silla y se acercó a ella por detrás—. Va a venir un escocés que necesita un guía durante toda su estancia en Barcelona.

—Bueno, eso no es nada nuevo, ¿no?

—Anda, lee el correo, que te vas a llevar una sorpresa.

María, sin entender a qué venía el interés que mostraba su compañera, abrió la aplicación de mensajería electrónica y comprobó los correos entrantes. Como era habitual, había reservas de hoteles, peticiones de presupuestos para viajes de empresa, cambios en las ofertas de los turoperadores... Bajando el cursor por la pantalla, encontró el *e-mail* del que hablaba Saray: Sean McCloud, una semana, hotel Majestic, un guía exclusivo las veinticuatro horas del día... Separó los ojos

de la pantalla para mirar, asombrada, a Saray.

—¿Veinticuatro horas al día?

—Sigue, sigue —pidió, apoyando esa petición con un gesto de cabeza dirigido a su amiga.

Intrigada, María continuó leyendo. Una lista de monumentos, edificios emblemáticos, museos y parques estaba entre los requerimientos que el cliente le hacía a la agencia. Seguía sin entender el revuelo que parecía experimentar Saray con ese buen señor. La miró de reojo y la encontró atenta a sus movimientos, como esperando comprobar su reacción a... ¿qué? Ahí no había nada raro. Era un turista como los miles que había atendido en el pasado. De repente... sus ojos se abrieron como platos, la sorpresa la dejó perpleja, y la incredulidad, atónita. ¿Ciego? ¿Un invidente quería que lo llevara a «ver» museos de pintura, escultura y arte en general? ¿Que le «mostrara» la belleza de su ciudad? ¿Cómo? Ella no era muy buena expresando sensaciones. Los datos, la historia de los lugares a los que llevaba a los turistas, esas cosas más pragmáticas, las llevaba bien, pero explicar qué se sentía frente a un cuadro... eso era harina de otro costal. Y justamente eso era lo que pedía el nuevo cliente: un guía que le describiera qué veía y sentía ante lo que tenían delante, las emociones que le despertaban... En definitiva, ese hombre estaba solicitando algo que ella no sabía hacer.

—Saray —removiéndose nerviosa en su silla, la miró angustiada—, ¿no sería mejor que lo acompañaras tú o... yo qué sé, Óscar, por ejemplo?

—¡Uy, nena, no! —negó ésta, reforzando sus palabras con la cabeza y las manos a la vez—. Óscar tiene poca paciencia y es más soso que un yogur desnatado. Y yo... recuerda que tengo al grupo de japoneses y los llevo a la Costa Brava tres días. Sólo quedáis Marisa y tú, y ya sabes que Marisa va de jefaza y no va a querer moverse de la agencia.

—Pues es una faena, te lo digo desde ya. Seguro que es el típico sesentón con barriga cervecera y cara roja, pero con más dinero que sentido común. ¿Qué va a hacer un invidente en un museo, por favor? —se preguntó a sí misma, llevándose las manos a la cabeza.

—María, no seas así, chiquilla —la reprendió su compañera con el ceño fruncido mientras volvía a su mesa—. Es un ser humano como tú y como yo. A ver si no va a poder hacer lo que le dé la gana. Me parece que ahí has estado un poquito...

—Sí, Saray, tienes razón. Me he pasado tres pueblos. Es que no sé cómo voy a salir de ésta.

—Documentate bien —le sugirió a la vez que ojeaba un folleto sobre deportes de riesgo en Senegal—. Creo que en la trastienda hay un par de libros sobre los museos de la ciudad. Seguro que puedes sacar información de utilidad de allí... que si colores, texturas y todas esas zarandajas —le sugirió con su inconfundible acento gaditano.

—Gracias, Saray. ¿Qué haría yo sin ti? —En un arrebato, pegó un bote de su asiento y corrió hacia ella. La achuchó con fuerza justo antes de darle un sonoro beso en la mejilla.

—Anda, anda, payasa. Tira para tu mesa, que si llega Marisa y no te ve trabajando, la va a liar.

Efectivamente, no hacía ni cinco segundos que María había vuelto a ocupar su silla cuando la susodicha entró por la puerta encaramada a sus zapatos con tacón de diez centímetros, enfundada en un vestido entallado de marca y con su perpetua cara de sobradilla.

—María, guapa, ¿has visto el correo que nos entró durante el fin de semana? —preguntó de camino a su despacho—. Como esta semana está flojita, documéntate sobre los lugares que quiere visitar y prepara bien el recorrido. —Frenó junto a la mesa de ésta, apoyó las palmas en la superficie y la miró intensamente—. Este tío nos va a dejar una buena comisión y no quiero ningún fallo, ¿de acuerdo?

—Totalmente —contestó ella carcomiéndose por dentro de ganas de decirle cuatro cosas a esa petarda—. De hecho, ahora iba al almacén a por información.

—Bien, pues empieza cuanto antes, sólo tienes cinco días para ponerte al día.

—Supongo que puedo tener apuntes o alguna guía de la ciudad mientras hago las visitas, ¿no?

—¿Lo harías con un vidente? No, ¿verdad? —Marisa se incorporó, se alisó una pequeña arruga de la falda y, antes de seguir su camino, añadió tan repelente como acostumbraba—: La única diferencia está en que no podrás valerte de la vista del cliente para que aprecie alguna cosa concreta del cuadro o monumento que estéis visitando. Tómatelo como un reto, María.

Con una elegancia impostada, Marisa caminó hacia su oficina sin ser consciente de las burlas que le dedicaban sus dos empleadas. Cerró la puerta y,

para alegría de las dos jóvenes, desapareció de su vista, dejándolas momentáneamente tranquilas.

En ese momento sonó el teléfono y a partir de ahí la vorágine del trabajo las engulló durante horas. En un instante de tranquilidad, María se escabulló al almacén de la agencia en busca de los libros de los que le había hablado Saray. Le costó encontrarlos, pues estaban sepultados por un manto de folletos y catálogos antiguos. Con ellos bajo el brazo, volvió a su escritorio y, entre llamada y visita, empezó a echarles una ojeada. Definitivamente, aquello iba a ser un suplicio.

* * *

—Sean, ¿estás seguro de que quieres hacer esto? —preguntó Mavis viendo cómo su hermano acariciaba la cabeza de *Dark*, su labrador negro como la noche—. Si esperases un mes, como mucho dos, yo podría ir contigo.

—No insistas, Mavis. Esto es algo que tengo que hacer yo solo. Además, no voy a permitir que abandones a tu familia para hacer un viaje que a ti no te interesa.

—Podríamos ir todos juntos —trató de convencerlo mientras se rellenaba su taza de té—. Sería divertido.

—¡No! —exclamó incorporándose ligeramente de su butaca—. No sería el viaje que quiero hacer. Me tenéis siempre protegido, en una burbuja, y necesito volver a sentirme independiente. ¿No puedes entender eso?

—Llévate a *Dark* como mínimo. Él te...

—Sí, ya lo sé. Él me ayudaría, me guiaría y yo seguiría dependiendo de alguno de vosotros. No, Mavis. Esto necesito hacerlo por mí mismo.

—Sí, de acuerdo —dijo su hermana con un soniquete molesto—. Por eso has contratado un guía en Barcelona, ¿no? Para no depender de nadie, ¿verdad?

—A veces me sacas de mis casillas, hermanita. —Osciló la cabeza, cansado de la discusión—. Muchos turistas contratan un guía para visitar una ciudad que no conocen. Me dispongo a hacer lo mismo, nada más.

Mavis se quedó mirando al atractivo hombre que tenía sentado frente a ella. Nada indicaba algo diferente en él. Seguía tan guapo, alto y atlético como siempre. Por desgracia, si observaba sus preciosos y enormes ojos azules, sentía

cómo parte de la luz y la vida habían huido de ellos. Su hermanito, aquel intrépido y, a menudo, insoportable chico que había sido su mejor confidente durante toda la vida, ya no le hablaba con la mirada. No, ya no.

—Deja de mirarme, Mavis.

—¿Cómo sabes que...?

—Lo sé —afirmó a la vez que, a tientas, buscaba su taza de té sobre la mesa que lo separaba de su hermana—. Siempre noto cuándo me miras.

—Bueno, ¿y qué si lo hago? Eres mi hermano y te miro porque quiero.

—No busques en mí lo que ya no está —replicó antes de darle un sorbo a su infusión—. No voy a volver a ver en la vida, Mavis. Lo he asumido y ya va siendo hora de que lo hagas tú también.

—Soy plenamente consciente de ello, y por eso no entiendo que quieras ir a Barcelona, una ciudad que no conoces, situada en un país del que ni siquiera hablas su idioma y, además, que lo hagas solo.

La enfurecía su obstinación. No, estaba mucho más que furiosa. Estaba muerta de miedo porque pudiera ocurrirle algo durante aquel absurdo viaje.

—No voy a seguir explicándotelo, Mavis. Acepta de una vez que dentro de cuatro días cogeré un avión rumbo a España y disfrutaré de mis primeras vacaciones desde que perdí la vista.

—¿Sabes lo preocupada que está mamá con esto? —soltó su hermana utilizando la última baza que le quedaba.

—Mamá tendrá que asumir de una vez que soy un hombre de treinta y dos años y que pretendo recobrar mi autonomía a pesar de —se tocó el borde de un ojo— esto.

La situación, como solía ocurrir, se había tensado al nombrar a su madre y *Dark* lo notó. Alzó las orejas primero y la cabeza, recostada sobre las piernas de su amo, después. Miró a todas partes, buscando sin éxito aquello que lo había alertado, para, finalmente, emitir un ladrido lamentoso.

—Tranquilo, *Dark*. No pasa nada.

Era increíble el vínculo, la compenetración, que se había creado entre Sean y su fiel perro lazarillo. Cualquier palabra sobresaltada, cualquier gesto airado, ponía en alerta al animal. Y mencionar a su progenitora siempre alteraba a Sean.

—Es tu madre y nunca aceptará tal cosa, al igual que sigue viéndome a mí como a su pequeña princesa, a pesar de que ya tengo dos hijos. —Se encogió de

hombros—. Entiende que, en tu situación, todavía le resulte más difícil.

—Mavis, si fuera por ella no saldría de mi habitación. Pretende que me quede encerrado en casa, sin hacer nada, sin... vivir —espiró todo el aire de sus pulmones—, y yo no puedo hacerlo.

—Lo sé. Te comprendo, aunque sigo sin estar de acuerdo con lo de Barcelona, ya lo sabes.

—Pues lo siento por ti, porque tendrás que llevarme al aeropuerto el próximo sábado —aseguró guiñando un ojo.

* * *

—Hoy sales con los japoneses hacia la Costa Brava, ¿no? —le preguntó María a su compañera, al observar cómo hacía los últimos arreglos antes de la excursión.

—Sí, y maldita la gracia que me hace, la verdad. —Arrugó la nariz y torció los labios al decirlo—. Llevo sólo un día con ellos, el tiempo de recogerlos en el aeropuerto y llevarlos al hotel, y ya estoy hasta el moño. Lo preguntan todo, lo fotografían todo, se meten con todo, ponen mala cara por...

—¿Todo? —se burló María, interrumpiéndola.

—Pues sí, por todo. Y hay más: uno de ellos, encima, me tira la caña. ¿Te lo puedes creer? Un tipo que me llega a la barbilla tirándome la caña. —Ambas dejaron escapar una sonora carcajada, que además les arrancó alguna lagrimilla.

—Bueno, Saray, tampoco es que eso sea nada raro, ¿no te parece? —preguntó entre risas María—. A duras penas te llego yo por el ombligo.

—Eso no quiere decir nada —se defendió. Se acercó a María, apoyó una mano en su hombro y añadió—: Querida, es que tú eres un retaco.

—Retira lo que has dicho —exigió muerta de risa, poniéndose en pie. Efectivamente, la diferencia de estatura entre las dos era mucho más que evidente—. Yo no soy un retaco, tú eres una jirafa.

—¿Yo, jirafa? —Empezaba a faltarles el aire de tanto reír. Entre ellas siempre era igual—. Si metro ochenta y dos para ti es ser una jirafa...

—Si un metro sesenta para ti es ser un retaco...

Estaban hipando de tanto troncharse y juntando las piernas para evitar «fugas», cuando el teléfono sonó.

—Cógelo tú, María, que yo tengo que ir al baño —pidió Saray dirigiéndose al lavabo.

Ésta, conteniendo a duras penas el ataque de risa y secándose las lágrimas que todavía mojaban sus mejillas, descolgó el aparato.

—Viajes Un Paraíso Para Ti, le habla María Costa, dígame.

—Hola, María, soy yo.

—Hombre, Carmen, ¡qué temprano llamas! ¿Pasa algo?

—No, nada. —Tapó el auricular para disimular un bostezo—. Sé que, cuando llega tu jefa *la estupenda*, ya no puedes hablar con tranquilidad, así que, antes de irme al despacho, he querido hablar contigo.

—Bien y... ¿para qué? —Con un dedo eliminó una lágrima rebelde.

—Jo, María, que siesa eres. Pues para quedar este fin de semana —soltó como si fuera algo obvio—. Con Dani no se puede contar, que está con su chico a partir un piñón, y con Merche... creo que tampoco, porque ayer, cuando hablé con ella, estaba rarita, rarita.

—Vaya. ¿Te contó qué le pasaba?

—No, pero vamos... que a mí no me la da —comentó con tono de suficiencia—. Por cierto, ¿has hablado ya con Dani?

—Sí. Estuvimos conversando el lunes. Chica, está loquita por ese tal Bruno.

—Sí, ya. Yo también hablé con ella el lunes. Antes de... bueno, cuando nos veamos te lo explico.

—Pues va a ser otro fin de semana, éste lo tengo liado.

—¿Liado?

—Sí. —Se recostó en su butaca y miró de reojo la puerta para comprobar que Marisa no aparecía por ella—. Tengo un cliente que llega el sábado y que me va a tener monopolizada durante una semana.

—¡Jo! —exclamó Carmen, fastidiada—. Bueno, pues el viernes podemos salir un rato.

—¡Ya quisiera yo! —Suspiró con desánimo, olvidada ya la broma que la había hecho reír—. Tengo que estudiar un montón para las visitas con ese tío.

—María, no te entiendo.

—Ya te lo contaré cuando nos veamos. El caso es que tengo que empollarme todos los museos y monumentos de Barcelona antes del sábado. —Puso los ojos en blanco y hundió los hombros—. Se suponía que esta semana iba a ser

tranquila y, por tanto, iba a poder hacerlo durante las horas de trabajo, pero no. Está siendo una semana de locos y no he tenido tiempo más que para abrir un par de veces un libro sobre el museo Picasso y ya está.

—Lo que no entiendo es que te tengas que estudiar tú nada a estas alturas —replicó Carmen mientras miraba en el espejo del baño si le quedaban restos del desayuno entre los dientes—. Se supone que estás harta de hacer *tours* por Barcelona, ¿no?

—Sí, pero éste es un caso especial.

—¿¡Ah, sí!? —se interesó Carmen sin salir de su asombro—. Y eso, ¿por qué?

—Mi nuevo cliente es ciego.

* * *

—Buenos días, Sean. Buenos días, *Dark*.

—Buenos días, Ed —respondió él acercándose a la mesa desde la que le hablaba su amigo.

—¿Todo preparado para el sábado? —preguntó el banquero cuando Sean se sentó frente a él—. Ya tengo tus euros.

—A eso venía precisamente. Me falta ultimar algún detalle, pero, en general, ya está todo listo. De todas formas, todavía faltan casi dos días para terminar de dejar en orden lo que quede —respondió Sean, satisfecho, mientras tiraba de la correa de *Dark* para que se sentara junto a él.

—¿Y con quién vas a dejar a esta preciosidad? —quiso saber Ed, señalando al perro aun sabiendo que su gesto no sería visto.

—Mi chico —dijo satisfecho, dándole un par de golpecitos cariñosos al animal entre las orejas— se queda en casa de mi hermana. Mis sobrinos me habrían matado de haberlo dejado en otro sitio.

—Creo que todos nos pelearíamos por él. Es un buen perro.

—El mejor. No sé qué sería de mí sin él. —Acarició el hocico de *Dark* y acercó la cara a su cabeza para darle un pequeño abrazo.

—Sin embargo, te vas sin él.

—Todos os preocupáis mucho por mí, *Dark* el primero. Os lo agradezco muchísimo. No hubiera podido pasar por esto si no llega a ser por todos

vosotros. Lo sé. Pero necesito... ¡Oh, estoy cansado de repetir lo mismo!

—Ya eres independiente, si es a eso a lo que te refieres. Trabajas, vives solo...

—Relativamente solo, diría yo.

—Solo —insistió Ed—. ¿Qué pretendes demostrar y a quién?

Sean meditó durante un instante sin dejar, en ningún momento, de acariciar el suave pelaje de su fiel compañero de cuatro patas.

—Pretendo demostrarme a mí mismo que sigo siendo yo.

—No hace falta que te vayas a España ni a ningún sitio para eso, ya te lo digo yo. Sean, sigues siendo tú: el cabezota, emprendedor, valiente, deportista, arriesgado, persistente y disciplinado Sean McLoud, mi amigo.

—Gracias, Ed. Sé que nadie puede entenderlo, pero necesito hacer esto.

—El caso es que... en realidad... lo entiendo. —Meneó la cabeza, comprensivo—. De acuerdo, voy a darte tus euros.

—Gracias, colega.

—De nada. El banco está realmente muy contento de que te vayas. —Abrió un cajón de su mesa y sacó un sobre cerrado—. ¡Menuda comisión te ha clavado con el cambio de divisas!

—Podrías haber hecho algo al respecto, «mejor amigo» —le reprochó en broma.

—No te preocupes, cuando el banco sea mío...

—Puff, si tengo que esperar hasta entonces...

—Algún día, ya verás —concluyó con la frase que solía utilizar para todo. Cambiando de tema, añadió—: ¿Quién te llevará al aeropuerto? Si quieres, ya...

—Mavis lo hará, tranquilo —lo interrumpió antes de que se ofreciera él, al igual que lo había hecho todo el mundo con el que se había cruzado esa semana.

—De acuerdo —se levantó de su asiento, se acercó a Sean y, dándole un afectuoso puñetazo en el hombro, le recordó—, pero no olvides cuidarte y, sobre todo, volver.

* * *

María estaba histérica. Sin Saray en la oficina, no tenía a nadie con quien desahogarse del agobio que suponía trabajar a destajo tratando de llevar todos

los frentes abiertos al día: ocuparse de la agencia ella sola; estudiar, cuando sus quehaceres se lo permitían, algo de historia del arte y teoría pictórica para impresionar al escocés que le habían enchufado, y, lo más terrible y agotador de todo, aguantar a Marisa y sus exigencias.

Todavía no había terminado de elaborar el itinerario que recorrería con el turista «privado del sentido de la vista» que le habían asignado. ¡Ciego! Cada vez que lo pensaba, le entraban todos los males. No es que tuviera prejuicios contra las personas con discapacidad de algún tipo, en absoluto. De hecho, siempre que los contrataba un grupo con cualquier tipo de minusvalía, ella era la primera en presentarse voluntaria. Saray no lo entendía, pero María siempre decía que aprendía mucho de las personas que, a pesar de tener alguna dificultad, vivían una vida plena y disfrutaban cada insignificancia como algo maravilloso... pero lo que ese hombre pretendía no era divertirse durante sus vacaciones. Lo que él quería era «ver», «conocer», «observar» Barcelona a través de sus ojos, y ella no se creía capaz de darle lo que necesitaba.

Por tanto, así estaba ella, con los nervios a flor de piel y sin saber si podría salir airoso del reto que, según Marisa, se le ponía por delante. No conseguía concentrarse en un presupuesto para un recorrido por los fiordos noruegos solicitado por una pareja para su luna de miel; tenía pendiente la confirmación de una sala en el hotel NH Sants Barcelona para un congreso de otorrinolaringología; debía poner una reclamación a uno de los turoperadores con los que solían trabajar porque una familia se había encontrado con problemas en su reserva... Se iba a subir por las paredes.

La gota que colmó el vaso esa mañana fue la llamada de Óscar: el autobús en el que viajaba junto a su grupo había sufrido una avería y necesitaba urgentemente que le enviara otro. Desesperada, le aseguró que lo arreglaría. Le pidió que tuviera el teléfono a mano para poder ponerse en contacto con él y colgó dispuesta a buscar otro transporte lo más rápidamente posible. Si había soñado con tener algo de tiempo para preparar el circuito por la ciudad para el tal Sean McLoud, ya podía olvidarse del asunto.

Aquella noche llegó agotada a su casa, sin ganas de nada más que una ducha rápida, un vaso de leche con cacao y un sueño reparador... pero no tuvo tanta suerte. Como cada viernes a las nueve de la noche, sonó el teléfono fijo: su madre quería la crónica habitual de su «maravillosa» semana y, de paso, cotillear

sobre su vida.

María le explicó por encima todo lo que había hecho y, a la vez, se interesó por sus actividades. Nada nuevo, su partida de cartas con las amigas los martes y los jueves, taichí los miércoles... lo de siempre. Tras una conversación de diez minutos, se despidieron. Su madre, con la sensación de que María estaba malgastando su vida al dedicarla casi por entero al trabajo. Ella, con la certeza de que su progenitora tenía una vida plena, feliz y mucho más rica que la suya.

* * *

—Ni que me fuera para toda la vida —dijo Sean a los amigos que se habían reunido en el pub para despedirlo aquella noche—. Antes de que os deis cuenta, estaré de vuelta.

—Cuando regreses nos reuniremos otra vez para que nos lo cuentes todo y, con la excusa, nos tomaremos otras pintas —propuso Dave, pasándole un brazo por los hombros.

—Me han dicho que las españolas son muy fogosas —intervino Bob, el camarero que siempre atendía al grupo de amigos—. Aprovecha y, además de hacer turismo, comprueba lo ardientes que pueden ser.

—Eso —medió Sam—. ¿Cuánto hace que tú no...?

—¿Y a ti qué más te dará? —replicó Sean sin humor. Desde el accidente no había vuelto a estar con una mujer y de eso ya hacía... demasiado.

—No te pongas así, hombre. —Dave, como de costumbre, hizo de pacificador—. Ya sabes cómo es Sam, que piensa sólo con el pito.

—Venga, otra ronda, Bob —sugirió Duncan—, que tenemos los vasos vacíos.

—Yo todavía no he acabado la mía —se quejó Andrew enseñando su bebida sin terminar—. Para mí ya no más, Bob, que tengo que llevarlos a todos a sus casas.

—Si pretendéis emborracharme —se quejó Sean antes de dar el último sorbo a su cerveza—, lo tenéis negro.

—Eso, a ver si se emborracha y no coge ese avión mañana —bromeó Sam.

—Iría aunque fuera andando.

—¿Tantas ganas tienes de perdernos de vista? —Duncan apoyó los codos en

la barra y se inclinó para mirarlo de frente.

—Oh, amigos... por suerte eso lo conseguí hace ya dos años.

La manera en que todos habían aceptado la ceguera de Sean ayudó a que ninguno se molestara por su comentario. Por el contrario, todos se rieron como si se tratara de un chiste.

—Anda, Sean, no seas imbécil —protestó Dave—. Sabes que, en realidad, todos nos alegramos de que tengas tanta iniciativa.

—Lo sé, pero dejaos ya de comentarios que sabéis que me fastidian. He decidido que me voy y me voy.

Ninguno volvió a hablar de su viaje salvo al final de la noche, y sólo para desearle un buen vuelo y una estancia agradable en Barcelona.

* * *

María se despertó con tiempo suficiente para dejar las cosas listas en casa. Sabía que durante los siguientes días lo iba a tener duro para volver. Míster McCloud había reservado una habitación para ella junto a la suya en el Majestic. Cuando leyó en el *mail* que el escocés mandó a la agencia que quería contratar un guía para las veinticuatro horas del día, no imaginó que fuera algo tan literal... pero lo era. Pensar en compartir tanto tiempo con aquel hombre le ponía los pelos de punta. La imagen que se había formado de él no le despertaba ninguna simpatía. Seguro que, con la excusa de su ceguera, se comportaba como un bruto egoísta, bebedor y sin modales. Enseguida se reprendió a sí misma por pensar de esa manera. Ella no era de las que se creaba ideas preconcebidas sobre la gente y en ese momento, muy a su pesar, lo estaba haciendo. A decir verdad, por todo lo que aquel hombre había pedido visitar, más bien daba la impresión de ser culto y educado. Por otra parte, la elección del hotel le hablaba de alguien elegante, sin problemas económicos y hasta sibarita.

Ella prefería los grupos. Había menos presión y su relación con los turistas resultaba más relajada. No estaba obligada a dar conversación a todas horas a nadie en concreto y era fácil manejarlos a toque de pito. Con un único cliente, la cosa cambiaba... y mucho. No sólo se veía obligada a explicarle cada detalle de lo que visitaban (cosa que esa semana iba a ser totalmente forzoso), sino que también debía buscar mil y un temas para entretenerlo entre visita y visita. Se

estaba empezando a agobiar mucho y todavía no había empezado el trabajo. Mal asunto.

Fue a la agencia a por los documentos que tenía preparados. Después recogería el coche de alquiler que había reservado. Sería lo más práctico, dadas las características de su cliente.

Con los papeles dentro de una carpeta en una mano y su bolsa de viaje en la otra, fue hasta la oficina de Rentacar, desde donde emprendió camino hacia el aeropuerto.

Por una vez, no llevaba preparado un cartel con el nombre de la persona a quien debía recoger. ¿Para qué? El buen hombre no lo iba a ver de todas formas. Imaginó que no le costaría reconocerlo, seguro que saltaba a la vista quién era «su nueva misión».

Aparcó en el parking interior, en la segunda planta, demasiado pronto. Por miedo a encontrarse con tráfico denso, había salido de Barcelona con mucha antelación. ¡Qué rabia! Le iba a costar un buen pico haber sido tan previsora y tendría que aguantar la bronca de Marisa por despilfarrar el dinero de la empresa.

Como no le apetecía deambular por la terminal, retiró el asiento del coche, alejándolo del volante, sacó su libro electrónico del bolso y reemprendió la lectura de la novela que hacía ya demasiado que tenía empezada.

* * *

Sean había dejado el equipaje (una maleta pequeña y una mochila enorme) junto a la puerta la noche anterior, antes de ir con sus amigos a tomar una cerveza; no quería entretenerse más de lo necesario cuando su hermana fuera a recogerlo para ir al aeropuerto al día siguiente. Ansioso como estaba por emprender el viaje, se despertó mucho antes de lo necesario. *Dark*, siempre atento a sus movimientos, al oírlo, se incorporó de su manta a los pies de la cama, se aproximó hasta la cabecera y acercó el hocico para saludarlo.

—Hola, muchacho, ¿te he despertado? —Le revolvió el pelaje de la cabeza a la vez que bostezaba—. Lo siento, chico, pero es que no puedo dormir.

Levantó la tapa de su reloj de pulsera para palpar qué hora era. Era temprano. Mejor. Retiró el edredón y bajó los pies al suelo, buscando a tientas sus

zapatillas. El perro le acercó una de ellas. Con una sonrisa pensó que, probablemente, las cervezas que se había metido entre pecho y espalda la noche anterior le habían afectado más de lo que imaginaba y que por eso no las había dejado donde solía hacerlo.

—Gracias, *Dark*. Eres el mejor.

Se levantó desperezándose y fue derecho a la ducha. Se entretuvo más de lo normal, total tenía tiempo de sobra y a él le encantaba sentir el agua corriendo por su cuerpo... un cuerpo que había conseguido mantener en forma a pesar de todo. Una vez acabada la rehabilitación imprescindible, había vuelto a retomar su actividad física... aunque ya nunca podría escalar montañas o zambullirse en el mar con su equipo de buceo. Lo que sí hacía era correr, gracias a su guía Paul, así como flexiones, estiramientos y abdominales, en casa. Y, cuando había alguien dispuesto a acompañarlo, seguía disfrutando de la montaña, ya fuera haciendo senderismo o con su bicicleta biplaza. Lo del agua lo tenía un poco peor. Se limitaba a hacer algunos largos en la piscina de su gimnasio y poco más. El mar... no lo había vuelto a «ver» desde el accidente.

Después de secarse vigorosamente, fue a su habitación tan desnudo como su madre lo trajo al mundo. Allí, ante la atenta mirada de su labrador negro, se vistió con la ropa que tenía ya preparada sobre una silla (y que su hermana le había ayudado a elegir).

Como todavía tenía tiempo, se preparó un té y unas tostadas y desayunó tranquilamente frente a su ordenador adaptado, revisando su correo. Ese día no tenía ningún *mail* digno de destacar: un alumno pidiéndole consejo para un trabajo, el colega de turno solicitándole una aclaración sobre alguna fórmula... y, ¡cómo no!, la inevitable propaganda. Acabó el tentempié, apagó el ordenador y se llevó lo que había ensuciado a la cocina para lavarlo. Cuando terminó, todavía faltaba una hora para que Mavis apareciera.

Pasaba de ponerse nervioso esperando a su hermana. No, mejor olvidarse de todo estudiando el reciente ensayo de química de su colega John Odds. *Dark*, como solía hacer cuando su amo se evadía con un libro, se acomodó a su lado y apoyó la cabeza en sus piernas, aguardando las caricias que no tardaron en llegar.

El ruido de la llave abriendo la cerradura lo sobresaltó. Se había concentrado tanto en la lectura que se le había pasado el tiempo sin darse cuenta. Abrió su

reloj para confirmar la hora a la vez que percibía el perfume Miss Dior Absolutely de Mavis y oía las voces alborotadas de sus sobrinos llamándolo.

—Hola, Sean —corearon los niños al llegar al salón.

—Hola, chicos. ¿Nos acompañáis al aeropuerto? —Se acercó a ellos y les revolvió el cabello con las manos.

—¡Claro! Veremos aviones —canturreó Devon, alejándose de la mano de su tío al agacharse para saludar a *Dark*.

—¿Qué, preparado? —Mavis le acarició el brazo, animándolo a marcharse.

—Más que listo.

Se cargó la mochila al hombro mientras Devon y la pequeña Moreen discutían por el asa de su maleta. Sonrió. Esos críos eran un terremoto adorable.

No tardaron más de cuarenta minutos en llegar a su destino. Aparcaron tan cerca de la terminal como les fue posible y salieron los cinco (*Dark* iba con ellos, por supuesto) hacia salidas internacionales. Una vez allí, se dirigieron al control de seguridad todos juntos.

—¿Podríamos acompañar a mi hermano hasta el arco de seguridad? —le preguntó Mavis a un guardia apostado junto a una máquina que daba acceso a la zona restringida.

—Lo siento, señora, pero es imposible.

—Déjalo, Mavis. Puedo ir solo, no te preocupes.

El hombre miró a Sean con curiosidad. Se percató de que se apoyaba en un bastón blanco y comprendió la inquietud de la mujer.

—Llamaré a alguien para que lo acompañe, señor —ofreció el guardia, dedicándole una sonrisa a Sean que él no pudo ver.

—Es igual, de verdad. Ya puedo yo solo.

Ante la cara agobiada de Mavis, el guardia le hizo un gesto con la cabeza dándole a entender que él vigilaría que no tuviera problemas. Algo más tranquila, Mavis le devolvió el gesto.

—Hermanita, no hace falta que conspiras a mis espaldas —soltó Sean ante el asombro de todos.

—¿Se puede saber cómo...?

—Lo sé. —Girándose hacia los niños, que no paraban de hacerle carantoñas a *Dark*, hizo un gesto con las manos, llamándolos—. Venga, chicos, dadme un beso de despedida.

Los chiquillos soltaron al perro y se lanzaron en picado y a la vez a los brazos de su tío.

—Tráenos algo chulo —pidió Devon antes de separarse de Sean.

—Te echaré de menos, Sean —aseguró la dulce Moreen, apretándose más a sus piernas.

—Venga, venga, que en una semana me tenéis de vuelta.

Dark se acercó al grupo y frotó el morro en el pequeño espacio de pierna que dejaba libre la niña.

—Amigo —le dijo Sean a la vez que le acariciaba entre las orejas—, cuida de mis chicos.

Como si lo hubiera entendido, *Dark* levantó la cabeza para mirarlo y luego empujó el hombro de Moreen con el hocico.

—Se hace tarde. Me voy o perderé el avión.

—Ten cuidado —le advirtió Mavis cogiendo de la mano a su hija—. Llama en cuanto llegues para que me quede tranquila.

—Descuida, lo haré. Y ahora, adiós, pesada —dijo con un tono entre emocionado y divertido.

—Adiós —contestaron todos a la vez antes de que el labrador lanzara un ladrido de despedida a su amo.

Capítulo 2

Una vez pasado el arco de seguridad, convencido de que su familia ya no podía verlo, dejó que la inseguridad que había mantenido a raya aflorara. A pesar de lo que le había hecho creer a su hermana, lo cierto era que había situaciones que se le escapaban de las manos. Por eso había pactado, sin confesárselo a nadie, que alguien de la compañía lo acompañaría hasta subirse en el avión... si no, ¿cómo saber a dónde debía dirigirse?, ¿cómo orientarse sin su fiel *Dark*? Tras una breve espera, sintió que unos pasos ágiles y decididos, envueltos en un delicioso aroma a flores blancas, se acercaban a él. Alzando su bastón hacia la que él imaginaba una joven, se hizo notar.

—Disculpe, señorita —se aventuró cuando la tuvo cerca—, ¿es usted quien va a ayudarme?

La chica se dio cuenta del apuro que tenía Sean.

—Sí, señor. Lo acompañaré a la puerta de embarque.

—Se lo agradezco. —Cerró su bastón telescópico y le apoyó una mano en el hombro—. Si no le importa guiarme.

—En absoluto, claro que no. Vamos. —Con un suave tirón, le indicó que la siguiera.

La joven iba despacio, como con miedo a que... bueno, como con miedo. Sean la seguía con la mochila a cuestas y con su cayado plegado en la mano que también arrastraba su maleta. Resultaba imponente verlo... un hombre tan alto y atractivo que no mostraba ningún pudor por dejarse guiar por una desconocida. Ella, de vez en cuando, le echaba un vistazo para asegurarse de llevar el ritmo adecuado para que él la siguiera sin problemas y, de paso, para admirar al espécimen que tenía a su lado.

Cuando llegaron a la gran sala de espera, la chica se paró frente a las pantallas por las que se anunciaban los próximos vuelos.

—Va a Barcelona, ¿verdad, señor...? —Se sintió fatal por no recordar su nombre.

—Oh, perdone, ¿dónde tendré la cabeza? Soy Sean, Sean McCloud —se presentó estirando la mano en espera de que ella se la estrechara.

—Mi nombre es Sarah Donaldson. —Le imitó el gesto—. Puede llamarme Sarah, si quiere —añadió con una sensual caída de ojos que no tuvo público.

—De acuerdo si tú me llamas Sean.

—Está bien. Entonces, Sean, a Barcelona, ¿no?

—Sí.

La azafata le dio conversación hasta que anunciaron el embarque de su vuelo.

—Bueno, Sean, yo ya me voy —le dijo la joven una vez lo hubo acompañado hasta su asiento.

—Ha sido un placer conocerte, Sarah.

—Lo mismo digo —respondió ella con una sensual voz.

A su lado, en el avión, se sentó una mujer. Lo supo al instante por su aroma. Sintió cómo se acomodaba y cómo, un instante después, lo miraba con interés. Sonrió. Ella hizo lo mismo.

—¿De vacaciones? —preguntó su compañera de asiento.

—Sí. Las primeras en mucho tiempo.

—Yo, en realidad, aunque vuelo a Barcelona, no voy a quedarme en la ciudad. Mi empresa me envía al complejo petroquímico de Tarragona —añadió con talante resignado—. Estará esperándome un chófer en el aeropuerto del Prat para llevarme allí.

—¿Viaje de negocios, entonces?

—Sí. Y tú, ¿cómo es que viajas solo? —se refirió a lo evidente.

—Por necesidad.

* * *

María decidió que ya había leído suficiente. Se miró en el retrovisor. Comprobó que todavía llevaba bien delineados los ojos; por suerte, las líneas no

se habían convertido en un borrón. Se miró los dientes, pasándose la lengua por ellos, puso morritos y, tras terminar la inspección, salió del coche. Con el bolso en bandolera, se aseguró de cerrar el vehículo con el mando a distancia antes de ir a la terminal. Comprobó la hora en su móvil y se desanimó. Si no había retrasos, cosa que rogaba a todos los dioses del Olimpo que no ocurriera, todavía quedaban treinta minutos de espera. Caminaba despacio mientras consultaba los mensajes de su teléfono. Un par de wasaps de Carmen explicándole no sabía qué de un amigo del novio de Dani y que Merche estaba desaparecida en combate; otro de su madre, recordándole que debía ser amable con ese señor que tenía que acompañar, que bastante desgracia tenía ya el pobre con no ver, y el último, de Saray, quejándose de su grupo de japonesitos. Absorta en la pantalla, estuvo a milímetros de darse contra una columna, así que decidió guardar el móvil para evitarse accidentes.

El contraste entre la luz suave del aparcamiento y la claridad de la terminal le produjo una punzada de dolor en los ojos que la obligó a entrecerrarlos. Maldijo en silencio. Con un ataque así seguro que se quedaba tan privada de vista como el hombre al que iba a recoger. «Igual es eso lo que le pasó —pensó encogiéndose de hombros, mientras seguía su camino hacia las puertas de salida de viajeros—. Lo mismo el pobre tuvo una puñalada de luz directamente a los ojos y por eso perdió la vista.» Lo que ella ignoraba en ese momento era que no andaba del todo desencaminada.

En cuanto llegó a la puerta de llegadas, se dirigió a un panel informativo. Según parecía, el avión iba en hora y aterrizaría en quince minutos. Bien, le daba tiempo de tomarse un café rápido antes de que él saliera. No se distraería demasiado, por si acaso el escocés aparecía antes de tiempo y tenía que esperarla. Eso ofrecería una imagen poco profesional de ella y sería un mal comienzo para esa semana que no había logrado entusiasmarla.

Pidió un café en el bar más próximo a las puertas de salida de pasajeros y se sentó en una de sus sillas de plástico con un vaso de cartón entre las manos. Con el primer sorbo se quemó el paladar. El brebaje, más que caliente, parecía lava ardiente. ¿Por qué se empeñaban siempre en chamuscar a los clientes? Para hacer tiempo, volvió a sacar el móvil de su bolso y se entretuvo un rato jugando a Candy Crush. De repente, sintió un cosquilleo húmedo en su pierna desnuda; bajó la vista buscando qué lo producía y sonrió al encontrar pegado a su

pantorrilla un cachorro de teckel olisqueándola. Levantó la mirada y vio a una niña pequeña sonriéndole junto al perro.

—Se llama *Gandul* —le explicó la cría, orgullosa—. Es mío. Me lo regaló mi papá por mi cumpleaños. ¿Tú tienes perro?

—No, preciosa, no tengo —dijo rascándole la panza al perrito, que se había puesto boca arriba—. Es muy bonito. Debes de estar muy contenta, ¿verdad?

—Sí, mucho.

—Alba, no molestes a la señorita —dijo una mujer sentada un par de mesas más allá que cargaba un bebé en brazos.

—No se preocupe, no molesta —aseguró María, guiñándole un ojo a la chiquilla.

—Alba es muy sociable, a veces demasiado —aseguró la madre de la pequeña.

—Ya le digo que a mí no me molesta, me encantan los niños.

Se bebió el café, que con la charla ya se había enfriado, y siguió centrando su atención en la princesita y su amiguito. Se le pasaron los minutos jugueteando con los dos; eran muy divertidos y le arrancaron más de una carcajada con sus ocurrencias. Cuando quiso darse cuenta, los pasajeros del vuelo de Glasgow ya salían del área restringida por las puertas automáticas.

Se despidió a toda prisa de Alba y su cachorro e hizo un gesto con la cabeza a su madre antes de salir disparada hacia la barandilla metálica que separaba a la gente que aguardaba de las puertas automáticas de cristal por donde salían los viajeros. María oteaba a través de las puertas cada vez que éstas se abrían, buscando, sin éxito, a un hombre solo, pelirrojo y gordinflón. Poco a poco, los paneles de cristal se movían con menos frecuencia y ella seguía sin ver a nadie que se pareciera, ni de lejos, a la imagen que se había formado de Sean McLoud. De repente una pareja joven y atractiva traspasó las puertas. Supo que era él de inmediato, pero no porque tuviera algo que ver con lo que ella había fabulado, sino por la especie de palo blanco, de unos treinta centímetros, que llevaba en la mano del brazo que cruzaba con el de una mujer muy guapa que lo acompañaba. Un hombre trajeado y serio se acercó a ellos y le quitó la maleta de la mano a la mujer. Observó cómo uno y otro hablaban y se sonreían cordialmente, ignorando lo que ocurría a su alrededor.

Antes de acercarse, estudió de arriba abajo al espécimen que tendría como

compañero durante los siguientes días. Aquel tipo no tenía nada, nada, absolutamente nada de pelirrojo gordinflón. ¡Qué va! ¡Estaba como un tren!

Sean, que continuaba hablando con su compañera de vuelo, sintió una nueva presencia cerca de él. El delicioso aroma a azahar a su espalda se lo confirmó.

—¿Míster McLoud? —oyó que lo llamaban en un casi perfecto acento inglés. La voz sonó a música en sus oídos.

—Sí. Yo soy Sean McLoud.

—Soy María Costa, su guía en Barcelona.

La mujer que acompañaba a su cliente la miró desde su altura (que, sumada a los taconazos que llevaba, era mucha) con cierto aire de superioridad que la molestó. Aun así, le dedicó una sonrisa forzada.

—Veo que ya tienes aquí quien te acompañe, Sean —le dijo ésta con tono meloso, ignorando a María por completo—. Ha sido un placer conocerte. Espero que podamos coincidir alguna vez en Glasgow.

—Me encantaría —contestó él con una sonrisa—. Ya tienes mi número.

—Te llamaré, no lo dudes. Ahora me voy o no llegaré nunca a Tarragona. — Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla a la vez que deshacía el lazo que unía su brazo con el de Sean.

María, sin saber por qué, se irritó por esa clara insinuación. ¡Ya podía cortarse un poco la pedorra larguirucha esa! Le consoló verla alejarse contoneando sus caderas cual modelo de pasarela, con el chófer pendiente de ella acarreando su maleta de firma. Cuando por fin se cercioró de que ya no los molestaría, giró la cabeza hacia Sean, quien, de pie a su lado, dibujaba una sonrisa canalla en los labios que le provocó una mirada embobada.

A Sean, con esa capacidad extraordinaria que había desarrollado para percibir el estado de ánimo de los que lo rodeaban, no le había pasado por alto su incomodidad. Ignoraba si era por haberlo visto acompañado o por lo que él le despertaba. A pesar de no haberlo sufrido en sus propias carnes, conocía el rechazo que algunos sentían por personas discapacitadas... aunque dudaba de que en ese caso fuera por algo de ese estilo. Las vibraciones que despedía esa chica menuda (estaba convencido de que a duras penas le llegaría al hombro) no eran de rechazo... más bien todo lo contrario.

Si no supiera que era imposible, María hubiese jurado que ese hombre parado a su lado la miraba, la estudiaba, la analizaba como si no tuviera ningún

problema en los ojos... pero aquello era absurdo, así que ignoró la turbación que le producía Sean y comenzó a andar decidida en dirección al aparcamiento. No había dado ni cinco pasos cuando se dio cuenta de que caminaba sola. Giró sobre sus talones y lo vio de pie donde lo había dejado, con su mochila a cuestas, su bastón desplegado, su maleta a los pies y una expresión divertida en el rostro.

—Discúlpeme, señor McLoud. —Volvió rápidamente a su lado—. No sé en qué estaba pensando.

—No se preocupe. Me pasa a menudo; la gente olvida que no puedo ver. —A pesar de intentar mantenerse serio, una sonrisa floreció en sus labios.

—¿Qué tengo que hacer?

—Bastará con que me permita apoyar mi mano en su hombro. —Una excusa perfecta para comprobar su estatura.

María se puso a su lado, cogió el asa de la maleta de ruedas y dejó que Sean posara su mano en su brazo antes de volver a reanudar el camino al parking.

A él llegaba un montón de información que no era capaz de descifrar. Ruidos, voces, olores..., sensaciones que lo inquietaban y le interesaban a partes iguales.

—Me ha dicho que se llama María, ¿verdad?

—Sí, señor McLoud —contestó ella, que avanzaba despacio para que a él no le costara seguirla.

—Bien. María, ¿qué pasa a nuestro alrededor?

Ella ralentizó todavía más el paso, inquieta por la petición de Sean. Ya empezaba el asunto y todavía no tenía claro cómo explicarle nada ni qué le podría interesar. Comenzó haciendo una lista detallada de todo lo que los rodeaba.

—Estamos saliendo del vestíbulo de llegadas y nos dirigimos a un pasillo que nos llevará al...

—No, María, no es eso lo que le pido que me describa. Es algo más parecido a la gente. Si van con prisas, qué hacen cuando se reencuentran... No sé, cosas por el estilo.

Con esa sencilla explicación, María entendió lo que realmente le interesaba. Quería vivir la experiencia mucho más allá de lo que sus sentidos le contaban.

* * *

El trayecto hasta el hotel fue un rosario de descripciones que se unían a lo que Sean percibía: intensidad del tráfico, calidez del sol, calles abarrotadas... Él no paraba de preguntar sobre lo que pasaba a su alrededor mientras María intentaba concentrarse en la calzada a la vez que le respondía.

—Ya estamos cerca —informó la guía al entrar en el paseo de Gracia—. En unos minutos habremos llegado.

—Perfecto. Hay un bus delante del coche, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo lo sabe? —Lo miró de reajo, confundida.

—Lo sé —dijo con una sonrisa ladeada en sus labios—. Oigo y huelo su motor. Es una habilidad que he desarrollado en los últimos dos años.

María no dijo nada, sospechando a qué se refería. Debía de ser el tiempo que llevaba sin ver.

—¿Cómo es? —siguió preguntando Sean.

—Cómo es, ¿qué?

—El autobús.

—¿De verdad quiere saberlo, señor McCloud? —planteó María a su vez, desviando la mirada de la carretera para fijarla en él.

—Sí. —Giró la cabeza hasta posar sus ojos en ella. María se sintió intimidada. A pesar de saber que no podía verla, esa mirada parecía cargada de vida.

—Es rojo —explicó turbada, volviendo su atención al tráfico—, y está cubierto por el cartel publicitario de una película que acaban de estrenar.

—¿Qué película? ¿La ha visto, señorita Costa?

—No. Últimamente no voy mucho al cine. El tiempo o, mejor dicho, la falta de él, no me lo permite.

—Una lástima, me hubiera encantado que me explicara el argumento. —Se encogió de hombros y volvió a dibujar una sonrisa—. Por motivos obvios, hace mucho que no voy al cine.

¿Estaba bromeando? ¿Sobre su ceguera? María no sabía qué pensar. Lo miró de reajo de nuevo, sin dejar de prestar atención a la conducción, y le pareció que se lo estaba pasando en grande. ¿A su costa? ¿Estaba tomándole el pelo?

—Ahí está el hotel —le comunicó justo antes de parar frente a la entrada.

—Bien. ¿Le importaría decirme lo que pasa a nuestro alrededor ahora

mismo?

María meneó la cabeza. Aquello iba a ser muy duro. Esperaba que no le pidiera una descripción hasta de los adoquines de las calles.

—Perdone si le pido que me lo detalle todo. —Esa vez la sonrisa cubrió por completo su cara—. Recuerde que yo no lo puedo ver.

María no salía de su asombro con ese hombre. La había sorprendido (muy gratamente, por otro lado) en el aeropuerto al estar muy lejos de ser el rechoncho pelirrojo que se había imaginado. La había atosigado a preguntas durante el viaje y en ese momento la dejaba atónita su actitud bromista respecto a su ceguera. Y, para colmo, estaba como un queso. ¡Menuda semanita le esperaba!

El botones del hotel apareció rápidamente junto al coche, librando a María de contestar. Con gran diligencia, sacó el equipaje del maletero mientras ella salía del vehículo y se apresuraba a ayudar a Sean a hacer lo mismo.

Entraron en el vestíbulo del establecimiento uno al lado del otro, pero sin tocarse. Sean se ayudaba de su bastón y del calor que desprendía el cuerpo de su acompañante para guiarse por la recepción hasta que llegaron al mostrador.

—Explíqueme, ¿cómo es el hotel? ¿Qué impresión le da?

—¿Qué quiere que le explique? Es un hotel de lujo, mucho lujo. Es distinguido, pero no ostentoso, cálido, sin llegar a ser excesivamente familiar...

—¿Cómo son los suelos, las paredes? ¿Cómo definiría a los clientes?

—Pufff, muchas preguntas juntas y tenemos que registrarnos —trató de disuadirlo.

—De acuerdo —chasqueó la lengua—, lo dejaremos aparcado por el momento.

—Gracias. —Miró al cielo en señal de agradecimiento por la tregua y luego sonrió al dirigirse al hombre de mediana edad y acento extranjero que los esperaba detrás de la barra de admisiones.

Una vez hechas las oportunas comprobaciones, el recepcionista llamó a un mozo para que los acompañara a sus habitaciones.

—Bueno, ya no hay excusa. ¿Me hace una descripción del hotel, por favor?

María puso los ojos en blanco, agobiada, pero enseguida se relajó. Varios motivos la ayudaron: Sean pagaba por su tiempo y, por lo tanto, se debía a él. Por otra parte, era un hombre que había perdido la vista y que quería «ver» a través de sus ojos. Entender eso por fin la impactó, haciéndole enfocar el asunto

de otra manera. Además, bien mirado, no era tan difícil contentarle. A diferencia de lo que solía ocurrir con sus clientes, que exigían explicaciones sobre lo que ellos estaban viendo, Sean lo único que pretendía era que le hablara sobre lo que veía ella.

—Paredes claras, suelos de mármol blanco que justo en la entrada se combina para formar una rosa de los vientos y luego... ¿cómo describirlo? —Notó la mirada cáustica que les dedicó el botones de reajo, pero no le importó—. A ver... unas baldosas, mezcla de distintos tonos de mármol, perfilan un intrincado dibujo a base de cubos que simulan agujeros en el suelo. Hay columnas cuadradas entre la entrada y la recepción...

—De acuerdo, me hago una idea —la atajó. La había puesto a prueba y había salido airosa—. Pero... a usted, ¿qué sensaciones le despierta?

Pararon frente a las puertas del ascensor, esperando a que se abrieran. Ella echó una mirada escrutadora a su alrededor, meditó unos segundos y respondió.

—Es un lugar agradable, elegante, cómodo...

—No le he preguntado eso. —El ascensor se abrió ante ellos, y Sean, tanteando con su bastón, entró siguiendo a María.

—¿Entonces? —Lo miró desconcertada a la vez que la ligera sacudida del ascensor al ponerse en marcha le hizo balancearse.

—¿Qué siente usted...? —Se detuvo un segundo antes de añadir—: ¿Qué tal si nos tuteamos? Me parece ridícula tanta formalidad. Espero que no te moleste. —Extendió su mano, la que un instante antes apoyaba en su bastón—: Sean.

María observó la mano que le ofrecía, levantó la cabeza para mirarlo a los ojos, que, como ya le había pasado antes, le parecieron extremadamente vivos, y se la estrechó, divertida.

—María.

—Perfecto. Ahora, María, ¿qué sientes en este hotel?

En ese momento, las puertas del ascensor se abrieron en su planta. El botones fue el primero en salir, empujando el carrito con sus equipajes, y ellos lo siguieron.

—Me siento algo intimidada, la verdad —dijo siguiendo al empleado—. No es que sea la primera vez que estoy en un establecimiento como éste, pero sí es la primera que voy a alojarme en un hotel así, tan distinguido y con tanta historia. —Echó una ojeada a su alrededor antes de continuar—. No estoy

acostumbrada a tanto lujo.

—Vaya, ¿y eso te incomoda?

Habían llegado a una de las dos habitaciones; el mozo les pidió la llave y abrió para depositar parte de su carga.

—Un poco —confesó María entrando en el dormitorio junto a Sean—. No sé, tengo la sensación de estar fuera de lugar aquí.

—Si lo desean, puedo dejar el resto de sus maletas en la otra habitación —interrumpió el botones—. Si me dan la llave...

María le tendió la tarjeta magnética que abría la otra puerta, pero no lo acompañó.

—¿Necesitas algo antes de que me vaya?

—Sí. No me iría mal un poco de ayuda.

—Tú dirás —se ofreció la guía, acercándose un poco más a él.

El cálido aroma que desprendía María lo alcanzó como una flecha, igual que ya había pasado antes. Le gustaba esa mezcla de olores afrutados, ese sutil perfume a piel limpia, fresca y acariciada por el sol. Estaba convencido de que esa muchacha era una auténtica belleza.

María lo miró atentamente, esperando su respuesta, y no pudo evitar sentirse turbada por lo que veía. ¡Vaya con el escocesito! Nunca más se haría una idea preconcebida de nadie, estaba claro que no acertaba ni de lejos.

—Tienes que hacerme un *tour* turístico por mi habitación. —Abrió los brazos, abarcando el espacio a su alrededor—. Necesito familiarizarme con el entorno para no acabar descalabrándome —bromeó otra vez, volviendo a descolocarla.

—Por supuesto —aceptó—. Soy buena haciendo *tours*, aunque sea por una habitación —bromeó ella también.

Lo cogió del brazo y lo acompañó por todos los rincones del cuarto, señalándole dónde empezaba un mueble y acababa otro. Sean paseaba las manos por todas las superficies, intentando retenerlas en su memoria. Parecía complacido con todo lo que encontraba a su paso... hasta que entraron en el baño.

—¿Bañera? —exclamó inquieto—. Eso no me gusta. Esperaba una ducha, sin desnivel, sin obstáculos. Al hacer la reserva los avisé de que era ciego.

—¿Quieres que pregunte si...?

—No, da lo mismo. —Giró la cara hacia ella y dibujó una sonrisa traviesa—. Siempre puedes venir tú a ayudarme.

—¿Cómo? —María se atragantó. No es que le pareciera una mala idea «ayudar» a semejante espécimen masculino, sobre todo si estaba como su madre lo trajo al mundo, pero aquella insinuación estaba completamente fuera de lugar.

La carcajada de Sean terminó por descolocarla. Pero ¿qué...?

—Era una broma —aseguró cuando pudo controlar su risa—. Por si no te has dado cuenta, tiendo a bromear sobre mi problema —dijo llevándose un dedo a uno de sus ojos—. No lo puedo evitar. Si no me lo tomara a guasa, no sé cómo podría haber aguantado hasta ahora. Perdóname si te he molestado. Intentaré contenerme en el futuro.

María no supo qué decir. Por supuesto, Sean se había pasado con la bromita. Por otro lado, no podía hacerse una idea de lo que podía significar perder la vista. Así que, como una revelación, comprendió que, para él, el humor era una válvula de escape para las tinieblas que rodeaban su vida.

—Muy gracioso. Sí, muy gracioso —contestó ella contagiándose de su diversión—. Si crees que me vas a asustar diciéndome cosas así, lo llevas claro. —Volvió a enlazar su brazo al de Sean—. Y, ahora, ¿seguimos con el *tour*? Tu habitación parece muy interesante.

La carcajada del escocés fue tan sonora que el botones, que momentos antes había abandonado esa habitación, asomó la cabeza por el hueco de la puerta.

—¿Algún problema, señores? —preguntó seriamente alarmado.

—No, ninguno —contestó Sean todavía riendo.

—En realidad, sí tenemos un problema —lo contradijo María, haciéndole señales al chico con la mano para que entrara.

—Usted dirá, señora —solicitó con una inclinación de cabeza.

—No, María, no hace f... —empezó a decir Sean.

—Por supuesto que hace falta —lo interrumpió, mirándolo a los ojos como si realmente él pudiera verla—. Necesitaremos una habitación con ducha en vez de bañera.

—¡Oh! Entiendo, señora. Permítame que lo arregle con Reservas, si no les importa. ¿Desean cambiar una o ambas habitaciones?

—Una —contestó María con rapidez—..., siempre y cuando no esté demasiado lejos de la mía.

—De acuerdo, señora. Si me permiten unos minutos. Enseguida vuelvo.

—Por supuesto.

Cuando la puerta se cerró tras el empleado del hotel, Sean sacudió la cabeza mientras exhalaba un profundo suspiro.

—No era necesario, de verdad. No lo era. Ahora me pondrán al otro lado del pasillo y... —se quejó tanteando la habitación con su bastón hasta que encontró una silla en la que sentarse.

—Sí. Era indispensable —María sonrió, sentándose en la cama, frente a la silla que ocupaba Sean— para evitar que sintieras la tentación de llamarme para que ejerciera de ayuda de cámara para ti.

Sean enarcó una ceja y curvó un lado de la boca, inclinándose ligeramente hacia ella. Esa chica mostraba un sentido del humor casi tan mordaz como el suyo. La semana prometía ser muy entretenida.

Apenas les dio tiempo a hablar sobre qué hacer esa tarde, pues llamaron a la puerta y, tras darle permiso para entrar, el caballero alemán que los había atendido a su llegada apareció por ella. Ambos se levantaron a la vez.

—Disculpe las molestias, señor. Hemos revisado su reserva y efectivamente hemos cometido un error. El hotel le ofrecerá otra acomodación.

—¿Qué pasa con mi acompañante? —quiso saber Sean—. No desearía que estuviera lejos de mí.

El hombre los miró a uno y a otra, incómodo.

—Lo entiendo, señor, pero la señorita tendrá que quedarse en la habitación que le hemos asignado —dijo consternado—. De todas formas, sólo lo vamos a trasladar al final del pasillo. Estará cerca de usted.

Sean, por una vez, puso mala cara. Necesitaba a su guía cerca... por lo que pudiera pasar. Se volvió hacia María (sabía perfectamente dónde estaba, su especial aroma era revelador) y tomó una decisión.

—María, ¿qué te parece si cambiamos las dos habitaciones por una *suite*? —preguntó resuelto, sin importarle quién hubiera delante—. Dos camas, por supuesto. Además, no tienes de qué preocuparte: por si lo has olvidado, no puedo verte.

—Pero yo, a ti, sí. —Pero ¡¿qué decía ese hombre?!—. No me parece apropiado.

—¡Pues no mires! —Ya volvía a las andadas con sus bromas.

—Recuerda que habías prometido...

—Por favor. Realmente necesito que estés cerca. —Su cara reflejaba la seriedad de lo que le pedía—. Aquí estoy fuera de mi área de confort, si quieres que sea sincero. Y si bien puedo manejar más o menos en un espacio desconocido, me da miedo no controlar totalmente lo que tengo alrededor.

—Pero Sean...

Con cara de desconsuelo, más propia de un niño que de un hombre adulto, Sean se encaró al recién llegado.

—¿Es posible cambiar la reserva? —Luego se dirigió, suplicante, a María— Por favor.

¿Qué podía hacer? No era buena idea compartir habitación con un cliente. Cerró los ojos, agobiada, y lo que vio fue el negro más absoluto. Eso era a lo que Sean se enfrentaba constantemente. Y lo entendió. Entendió que, pese a su determinación de viajar solo, precisaba un apoyo, alguien ajeno a su entorno que le diera la seguridad que necesitaba para sentir que podía hacer cosas por sí mismo... una red de protección. Convencida de que era lo mejor, se sumó a la propuesta de cambiar de habitación.

—Veré qué puedo hacer por ustedes. —El recepcionista carraspeó nervioso, sin decidirse a continuar. Después de un titubeo, continuó—. En cuanto al importe de la nueva reserva...

—Imagino que estará compensada al sustituir una *suite* por dos habitaciones, ¿no? —inquirió María con cara de pocos amigos. Eran ellos los que habían cometido un error.

—Hummm, sí. Por supuesto, señorita. —Con una clara incomodidad, alargó la mano señalando la puerta e invitándolos a acompañarlo.

El lugar donde los llevaron era enorme. Una amplia sala, con un cómodo sofá frente a una pantalla plana del tamaño de un estadio de fútbol, les dio la bienvenida. Al fondo, unas puertas acristaladas dejaban ver el exterior, inundando la estancia de una espectacular claridad. Detrás de unas puertas correderas se encontraba el dormitorio. Dos camas tan grandes que casi parecían de matrimonio, un elegante armario escondido tras unos espejos que iban de techo a suelo y un moderno baño con ducha. El conjunto era impresionante.

Para cuando hubieron deshecho parte del equipaje y estuvieron listos para salir, ya había pasado la hora de comer.

—¿Quieres almorzar o tomamos algo ligero y hacemos tiempo hasta la cena?
—preguntó ella, solícita, mientras se aseguraba de guardar la llave magnética en su bolso.

—Paseemos y, si encontramos algún sitio en el que nos apetezca parar, nos sentamos a tomar algo, ¿te parece bien, María?

—Claro —aceptó cogiéndole la mano para apoyarla en su brazo.

Sean aceptó sin palabras que lo guiara y guardó su bastón en la mochila que solía llevar consigo.

Caminaron a lo largo del paseo de Gracia, embutiéndose de su bulliciosa actividad. María le explicaba lo que veía mientras deambulaban por las losetas hexagonales diseñadas por Gaudí hasta que se paró de repente y exhaló un emocionado suspiro.

—¿Pasa algo, María? —quiso saber Sean, alarmado.

—No. Sólo quería hablarte de lo que tenemos frente a nosotros, al otro lado de la calle.

—¿Es especial? Hasta ahora me lo ibas explicando todo sobre la marcha.

—Mucho más que especial. Delante tenemos dos de los edificios más hermosos y significativos de la arquitectura modernista.

—¿Esa casa tan extraña que hace esquina y que parece que se derrita con el calor? —preguntó Sean centrando toda su atención en la joven.

—No, ésa es la casa Milà o, como se la conoce aquí, La Pedrera. La visitaremos mañana, si te apetece. No, los edificios que tenemos delante son la casa Batlló, que, como las farolas de todo el paseo y el mosaico del suelo, es de Gaudí, y la casa Amatller, obra de otro de los mejores representantes del modernismo catalán: Josep Puig i Cadafalch.

—Todo eso está muy bien; está claro que conoces de sobra tu trabajo y sabes dar datos, pero preferiría que me comentaras lo que se siente al verlas. Por cómo has reaccionado al llegar aquí, pienso que debe de ser impresionante observarlas.

María lo miró sorprendida. Hasta ese momento, todos los turistas a los que había tenido que acompañar, lo único que querían era saber datos y más datos. Sean no. Él necesitaba sus sentidos, no sus conocimientos, y se dio cuenta, de pronto, de cuánto le gustaba eso.

—Sí, es cierto —reconoció algo avergonzada—. Yo soy de un pueblo cercano a Barcelona y de pequeña no venía muy a menudo a la ciudad... ¿Qué te

parece si te lo cuento tomando algo?

—Perfecto. Y, ahora, descríbeme qué sientes cuando ves esos edificios —pidió apretando sutilmente sus dedos en el brazo de María.

—Magia. Son mágicos. Parecen brillar con luz propia, especialmente la casa Batlló, con el colorido de sus mosaicos y sus balcones imitando máscaras venecianas. —Se quedó embobada mirándolas un buen rato, hasta que reparó en la sonrisa que le dedicaba Sean—. Perdona, creo que podría pasarme horas contemplándolas. Me maravilla el genio de esos arquitectos modernistas, tan creativos, tan clarividentes, tan innovadores...

—Entiendo. Creo que lo percibo a través de ti. Eso es justo lo que necesito.

No tardaron en encontrar un sitio donde sentarse a tomar algo. Por expresa petición de Sean, eligieron una mesa en la terraza, para poder disfrutar a la vez de sus consumiciones y de la vida que pasaba junto a ellos.

Les costó reanudar la conversación. Inexplicablemente, ambos se sentían cohibidos. Fue al irse el camarero, después de entregarles su pedido, cuando la retomó él.

—Antes has comentado que eres de un pueblo —recordó alargando con cuidado la mano sobre la mesa hasta alcanzar su vaso de refresco.

—Como te contaba, de pequeña no veníamos mucho a la capital. A mi madre no le gustaba el ajetreo que hay aquí. Tanto ir y venir de gente la agobiaba, y la sigue agobiando, un poco. —Alzó los hombros intentando justificarse—. Conocía poco y mal Barcelona.

—¿Y qué te impulsó a querer conocerla mejor? Detecto un gran entusiasmo en tu voz cuando hablas de esta ciudad —dijo con sinceridad antes de dar un trago a su bebida.

—Mi profesor de historia de segundo de secundaria —confesó antes de dar un sorbo a su refresco—. Nos trajo de excursión, nos enseñó parte de la belleza que escondían estas calles y me enamoré perdidamente de esta urbe. —Pegó otro sorbo y añadió—: Desde ese momento, aprovechaba cualquier excusa para venir a callejear y empaparme de toda la belleza que encierra.

—Pero hay algo especial en esas casas que hemos «visto», ¿no? Tu voz parecía música cuando hablabas de ellas.

—Sí, es cierto, pero no sé explicar por qué. Solo sé que, cuando las contemplo —miró avergonzada a todas partes; estaba confesando algo muy

íntimo, algo que le salía del corazón—, siento vibrar algo en mi interior, como si me llamaran a voz en grito. Fueron lo primero que me enamoró de Barcelona.

—¡Vaya! Ahora que lo pienso, recuerdo haber visto fotografías de esas casas hace años. Son impresionantes, pero parece que para ti son mucho más.

—Sí, no sé por qué, pero son mucho más. Quizá me hacen soñar con un tiempo pasado que me hubiera gustado vivir. —Intentando reconducir la conversación por derroteros que la hicieran sentir menos vulnerable, cambió de tema—. ¿Por qué elegiste venir a Barcelona?

—Oh, eso. —Frunció los labios y los movió de un lado a otro mientras pensaba la respuesta—. Mis padres pasaron aquí su luna de miel y siempre decían que deberíamos venir todos juntos. Por desgracia, mi padre murió muy joven y a mi madre —hizo un breve silencio— no le apeteció volver sin él, sabiendo que cada rincón le recordaría aquellos días.

—¿Entonces?

—A pesar de eso, yo siempre quise viajar a la Ciudad Condal, como la llamáis vosotros —dijo en un intento de español—. Pero, por una u otra razón, siempre lo aplazaba. Pensaba que ya tendría tiempo de venir y disfrutarla. ¿Quién sabe? Incluso pasar también mi luna de miel aquí. —Calló unos segundos y negó con la cabeza—. Pero entonces ocurrió el accidente y, bueno, todo cambió.

María no quiso preguntar. Le parecía que sería inmiscuirse donde no la llamaban, aunque debía reconocer que se moría de ganas por saber qué le había ocurrido.

—Bien, pues ya estás aquí —dijo, en cambio, para aligerar la tensión emocional que se había creado en un segundo.

—Pues sí, ya estoy aquí.

Siguieron charlando un poco más hasta terminar sus consumiciones. Maravillando a María, que no entendía cómo podía saberlo, Sean llamó al camarero cuando salió a atender a otra mesa y le pidió la cuenta.

Pasearon hasta la plaza Cataluña, se acercaron hasta las Ramblas y bajaron por el centro de esa mítica calle con la mano de Sean siempre apoyada en su brazo. Deambularon sin rumbo fijo, entre preguntas y explicaciones. A Sean le interesó mucho el mercado de La Boquería, los puestos callejeros, las estatuas humanas y el trasiego de gente, entre el millar de cosas que percibía a su

alrededor. Acabaron en el casco antiguo, donde el peso del tiempo se hacía presente en cada rincón, emocionando por igual a uno y a otra.

—Si toda la ciudad es como lo que estamos visitando hoy, me arrepiento de no haber venido antes —declaró melancólico—. Me hubiera encantado verlo todo. —Sonrió de medio lado y le dio un golpe con el hombro—. Menos mal que tengo tus ojos para disfrutarlo.

—Toda la ciudad es perfecta. Creo que te vas a enamorar de ella tanto como yo. Todavía hay mucho que ver —enseguida se dio cuenta de su metedura de pata—, quiero decir...

—Tranquila, te entiendo. Lo quiero «ver» —remarcó sonriendo— todo.

—Difícil, pero lo intentaré —afirmó María, devolviéndole la sonrisa.

Siguieron paseando hasta llegar a una zona de bares y restaurantes alternativos. Entraron en uno de tapas. María pensó que estaría bien que conociera la tradición tan española del picoteo.

Todo lo que pidieron estaba delicioso y, con el hambre acumulada de todo el día, dieron cuenta de varias raciones cada uno.

—Esto es una explosión de olores y sabores —comentó Sean, satisfecho—. Gracias por haber escogido este sitio.

—¿Te gusta? Está bastante bien y... no es muy caro.

—¡Genial! Con lo que me va a costar el hotel y tu salario, más vale que ahorre un poco en la comida —afirmó divertido.

—¿Qué quieres decir? —se extrañó María mientras se metía una patata bien cargada de salsa brava en la boca.

—No sé qué habrás pensado, pero no soy ningún magnate ni nada por el estilo.

—¿Qué quieres decir? —repitió la joven, después de tragar—. El Majestic no es precisamente barato y... bueno, veinticuatro horas de un guía durante una semana completa... tampoco.

—Ya. —Sean tanteó la superficie de la mesa a la que estaban sentados hasta encontrar su vaso y le dio un largo sorbo antes de continuar—. Me cayó un dinero que nunca hubiera querido recibir y ¿qué mejor manera de deshacerme de él que disfrutando de unas vacaciones? Me apetecía hospedarme en el hotel donde mis padres pasaron sus primeros días de casados, y pensé que era una excelente manera de gastármelo viniendo aquí a la ciudad que fue testigo de esos

momentos tan felices para ellos.

María no salía de su asombro. Sean la dejaba ojiplática cada vez que abría la boca. ¿No era un rico escocés? Se preguntó de dónde le habría caído el dinero para pagar todo aquello, pero se mantuvo en silencio; al fin y al cabo, a ella qué más le daba, ¿no? Sin embargo, a pesar de que no era de su incumbencia, no consiguió dejar de darle vueltas al asunto durante un buen rato.

Al salir del establecimiento en el que habían cenado, continuaron paseando un poco más. Era asombroso cómo Sean percibía cosas que ella no sabía que estuvieran allí. Él, con los sentidos totalmente despiertos, apreciaba el más mínimo detalle y le preguntaba sobre ello. Entonces María lo buscaba hasta encontrarlo y le describía cómo se veía. Era alucinante.

Era cerca de medianoche cuando empezaron a dar señales de cansancio. Estaban demasiado alejados del hotel como para caminar de vuelta, y más teniendo en cuenta lo agotados que estaban, así que decidieron coger un taxi.

Al entrar en el vehículo, la tranquila charla que habían mantenido durante todo el día quedó repentinamente interrumpida. Sean no preguntaba y María, a quien la curiosidad por Sean la había vuelto a asaltar, prefirió mantener el silencio. Cada uno absorto en sus pensamientos, dejaron pasar los minutos. Estaban acercándose al hotel cuando Sean se giró hacia María.

—Adelante —dijo haciendo un gesto con la mano.

—¿Perdona? —Ella lo miró sin comprender.

—Te mueres por preguntarme cómo me quedé ciego, ¿me equivoco?

—¿Cómo...?

—Todo el que no me conoce desde antes del accidente siente curiosidad por mi ceguera —la interrumpió—, tú no ibas a ser una excepción.

—Perdona, no quería...

—Ya hemos llegado —anunció el conductor en ese instante. Sean echó mano a su bolsillo y sacó un billete para pagar la carrera.

Una vez fuera del coche, la guía no consiguió retener una pregunta.

—¿Cómo sabías qué billete tenías que darle al taxista?

—¿Eso? Es fácil. Cada valor tiene una textura y un tamaño diferente. Los analicé muy bien antes de venir. No tengo intención de que me timen. Puede que no sea deseado, pero sigue siendo mi dinero. Me lo he ganado. —Apretó apenas la mandíbula antes de continuar—. Anda, no cambies de conversación. Lo que

realmente te interesa es saber cómo perdí la vista.

De haber podido, Sean habría visto cómo a María se le enrojecían las mejillas de vergüenza y repentino pudor.

—Ah, no te preocupes, estoy acostumbrado —aseguró como si realmente supiera lo embarazosa que era la situación para ella—. Te invito a una última copa antes de subir a la habitación y te lo explico, ¿te parece bien?

Con un movimiento de cabeza, que incomprensiblemente Sean captó, aceptó y se dirigieron a sentarse en uno de los cómodos sillones de los que disponía el bar del hotel. Pidieron un whisky para él y un *gin-tonic* para ella, antes de que empezara a relatar su historia.

Capítulo 3

—Siempre he sido un hombre activo. —Se acomodó en el sillón—. Me gusta la montaña, la aventura, los deportes de riesgo... y, sin embargo, nunca había tenido un accidente en toda mi vida... a lo sumo, algún rasguño y poco más. —Apretó fuertemente los ojos, chasqueó la lengua y negó con la cabeza, alejando, quizá, algún recuerdo—. Así que era confiado y un tanto arrogante, debo admitir.

—Vivías a tope, ¿no?

—Oh, sí, pero al mismo tiempo era, y soy, muy responsable en mi trabajo. Nunca corría riesgos, siempre lo tenía todo bajo control. Soy físico, ¿sabes?

—¡Vaya! —Otra sorpresa más—. ¿Qué hace exactamente un físico, aparte de dar clases?

—Muchas cosas —aseguró sonriendo—. No era precisamente a la enseñanza a lo que me dedicaba por aquel entonces.

—¿Qué hacías? —preguntó María en el momento en el que el camarero se acercó a su mesa y depositó las bebidas frente a ellos.

La joven observó cómo Sean tanteaba en busca de su whisky y, sin pensarlo, se lo puso entre las manos.

—Gracias. —Con el ceño ligeramente fruncido, tomó un sorbo, se aclaró la garganta y continuó su relato—. Estaba inmerso en un proyecto de láser experimental, algo aburrido para alguien que no conoce el tema —se justificó por lo parco de su explicación—. El caso es que estábamos probando el prototipo en el laboratorio, pero no lo lográbamos ponerlo en marcha. Mi compañero, Carlton, salió a buscar una herramienta para arreglar el fallo mientras yo seguía ajustándolo.

Sean enmudeció unos segundos y tensó la mandíbula como si pretendiera

deshacerse de un mal recuerdo; volvió a posar sus labios en su vaso, pero no bebió.

—¿Y? —La curiosidad le estaba ganando la partida a María y el silencio de Sean no ayudaba.

El escocés suspiró sonoramente, cosa que provocó que sus hombros se elevaran apreciablemente, dejó que el líquido pasara por su boca antes de que se deslizara por su garganta y volvió a hablar.

—Cómo no estaba totalmente listo para su funcionamiento, no se me ocurrió ponerme las gafas de seguridad. ¿Para qué, si el aparato no estaba acabado, si faltaba la herramienta que Carlton había ido a buscar? Así que seguí trasteando, convencido de que no había ningún peligro, de que no corría ningún riesgo.

—Y no fue así, ¿no?

—No, no fue así. —Removió el líquido en el vaso—. No recuerdo exactamente qué fue lo que toqué, se me ha borrado de la memoria, pero el caso es que, sin previo aviso, la máquina se puso en funcionamiento, con tan mala fortuna que el rayo hizo un barrido por el laboratorio, alcanzándome en los ojos.

María emitió un grito sofocado de angustia al imaginar lo que pasó después.

—El rayo —siguió hablando Sean— era extremadamente potente, pues se necesitaba mucha energía para lo que estábamos haciendo. Y toda esa potencia enfocada en mí, aunque fuera sólo un instante, hizo justo lo que se supone que tiene que hacer un láser: quemar mis nervios ópticos. —La guía, sobrecogida, se llevó la mano al pecho, esperando que ese escalofriante relato acabara ahí. No fue así—. Lo que más recuerdo es el dolor; un dolor tan agudo e insoportable que me arrancó un grito... Carlton me encontró poco después, retorciéndome en el suelo con las manos enganchadas a la cara, gritando que no veía. Por suerte, fue prudente y lo primero que hizo fue apagar la máquina para evitar otro accidente, mientras daba la voz de alarma. Después... puedes imaginártelo.

—Eso es espantoso —casi sollozó María.

—Sí... espantoso —apuró su bebida de un trago—, pero, bueno, dejemos los dramas. He venido a pasarlo bien y no voy a arruinarlo todo con historias para no dormir.

—Debes de estar cansado de que te pregunten siempre lo mismo, ¿verdad?

—Sí —afirmó categórico, y María supo que la explicación había llegado a su fin.

Después de unos cuantos sorbos a su *gin-tonic* y de regresar a una cómoda conversación intrascendente, decidieron que ya era hora de irse a dormir. El día había sido largo y a la mañana siguiente les esperaba una jornada llena de actividades.

Fue mientras subían cuando María volvió a agobiarse por el hecho de compartir habitación con Sean. Era cierto que él no podría verla, pero ella, a él, sí... y aquel hombre inteligente y atractivo iba a arrancarle más de una mirada furtiva, estaba segura de ello. Cliente o no, ella no era de piedra.

Sean, amablemente, le cedió el primer turno en el baño. María le aseguró que no tardaría en salir.

—Tómame el tiempo que necesites —le dijo mientras subía la maleta a su cama y la abría—. Esperaré leyendo.

Sacó un libro de tapas marrones, sin dibujo en la portada y con unos puntos en relieve como único adorno.

—De acuerdo. De todas formas, intentaré no tardar mucho. Una ducha rápida y ya está.

Quince minutos más tarde, María salió del baño vestida con un pijama de pantalón corto y camiseta de tirantes y una toalla enrollada en la cabeza.

—Tu turno —anunció acercándose a la salita anexa al dormitorio, donde lo encontró sentado en la penumbra, paseando los dedos de la mano derecha por las páginas del libro que había cogido.

—Gracias. Acabo el capítulo y voy —comentó distraído.

La joven sonrió al oírlo. ¿Cuántas veces había dicho ella misma esa frase?, se preguntó mientras terminaba de secarse el pelo antes de meterse entre las sábanas. Minutos después, y sin que Sean se hubiera movido, se quedó profundamente dormida.

Sean esperó a que el sueño hubiera vencido a María para cerrar el libro y, con sigilo, se dirigió al baño. No era que le entusiasmara ducharse en un sitio desconocido sin que nadie lo supiera. No conocía el entorno, a pesar de haberlo recorrido horas antes, y siempre cabía la posibilidad de tener algún contratiempo. Aun así, decidió que necesitaba sentir el agua templada recorriéndole la piel antes de irse a la cama. Había esperado a hacerlo hasta asegurarse de que su guía estuviera dormida para evitar situaciones embarazosas. Era consciente de que, aunque él no pudiera verla, ella a él sí. Además, con su

facultad, casi mágica, de detectar miradas... La chica era un soplo de aire fresco; divertida, activa, inteligente, con una voz dulce y sedosa... y con un aroma que le había removido por dentro desde que se encontraran en el aeropuerto. Mejor no arriesgarse.

En las ocasiones en las que se había apoyado en ella, había llegado a la conclusión de que no era muy alta y parecía bastante delgada, justo su tipo. Y aunque no podía saber a ciencia cierta si era guapa o no, porque todavía no había recorrido su rostro con las manos, estaba convencido de que era preciosa... aunque, desde hacía dos años, eso ya no fuera realmente importante para él.

El agua tibia recorriendo su cuerpo, arrastrando con ella el agotamiento acumulado, fue una bendición. No obstante, cambió la temperatura en el último momento para que el helor del chorro lo refrescara, entre otras cosas, antes de dormir.

Se había olvidado de llevarse ninguna prenda para salir del baño, así que se enrolló a la cintura la toalla que había usado para secarse y salió intentando no hacer ruido. Recordaba haber dejado la maleta sobre la cama. Con cuidado, escudriñó hasta encontrar el pantalón de pijama antes de quitarse su improvisado taparrabos, dio la espalda a María y se lo puso, convencido de que todos sus movimientos pasaban desapercibidos.

Pero estaba equivocado.

En el momento en que Sean se estaba quitando la toalla, María abrió los ojos entre sueños... y lo que vio le dio una sacudida que la despejó por completo. Recortada en la penumbra, distinguió una figura grande y atlética, que le mostraba una espalda rotunda y unos glúteos tremendamente firmes. «Madre del amor hermoso —se dijo mordién dose el labio inferior—; después de esto, ¿cómo voy a mirarlo a la cara sin pensar en su trasero? Esto no es un hombre, es un puto dios.» Tras semejante espectáculo, le costó mucho volver a conciliar el sueño, ignorante de que a Sean, sin razón aparente, le pasaba lo mismo.

* * *

María fue la primera en despertarse. Tímidamente, se incorporó sobre sus antebrazos para espiar a Sean, que parecía profundamente dormido. Con un suspiro de alivio, se deslizó hasta el aseo, cogiendo a su paso la ropa que

pensaba ponerse aquel día. Cuando salió, casi se cae de espaldas de la impresión. Su cliente (es decir, el dios del Olimpo que tenía por cliente) estaba de pie, junto a su cama, con su maleta nuevamente sobre el colchón, escogiendo qué ponerse. Su torso desnudo le daba una perspectiva más que interesante de sus músculos oblicuos, que el pantalón del pijama, ligeramente caído sobre las caderas, dejaba a la vista.

—Pensaba que seguías dormido —dijo cuando logró recuperarse de la impresión—. Espero no haberte despertado.

—No te preocupes, ya era hora de levantarse —aseguró cogiendo una camiseta blanca de algodón y unos bóxers negros de la maleta—. No tardaré en estar listo.

No habían pasado más de cinco minutos cuando reapareció por la puerta que separaba el aseo de la habitación, vestido con la camiseta blanca y el tejano que había dejado la noche anterior colgado de una percha en el baño. Estaba impresionante.

—Bueno —soltó dando una palmada—, ¿qué tienes preparado para hoy?

—Lo primero, desayunar, si no te importa. Estoy famélica.

—Moción aceptada. —Agitó afirmativamente el dedo índice apuntando en su dirección—. ¿Y luego?

—Pensaba que podríamos visitar el Museo Nacional de Arte de Cataluña, por la mañana, y el de Picasso, por la tarde.

Sean arrugó la nariz, nada convencido con el plan.

—¿Qué te parece si lo discutimos mientras comemos algo?

Ya habían decidido almorzar fuera del hotel. Los precios en el Majestic eran desorbitados. Caminaron apenas una manzana hasta Il Caffé di Francesco y se sentaron a una mesa de la terraza.

—¿Es obligatorio ir a esos museos? —preguntó Sean después de haber calmado un poco su apetito con un café bien cargado y la mitad de un bocadillo de jamón serrano.

—¿Qué propones? —sondeó ella una vez hubo tragado un mordisco de su ensaimada rellena de cabello de ángel.

—No me malinterpretes, me encantan los museos. Recuerda que os mandé una lista con los que deseaba visitar, y estoy seguro de que tú podrías explicarme perfectamente todas las obras de arte que nos encontráramos. —«¡Si él

supiera!», pensó María al oírlo—. Sin embargo, una vez aquí, prefiero conocer la ciudad, sus entresijos, tus lugares favoritos... y, además, hace un tiempo demasiado bueno como para encerrarse entre cuatro paredes.

—De acuerdo, tú mandas —aceptó María, contentísima de no tener que describir cuadros. Además, a ella tampoco le apetecía perderse un día tan espectacular—. Esta ciudad tiene muchos rincones que descubrir.

—Perfecto, pues vamos a por ellos.

Dedicaron la mañana a pasear por una zona del casco antiguo, por el barrio del Raval, recorriendo la calle Hospital y callejearon hasta llegar a la parte baja de la calle Urgell. Andaban uno junto al otro; él se ayudaba de su inseparable bastón blanco, que le abría paso entre la multitud, cuando no lo hacía cogido del brazo de María.

En el camino, entraron en el patio de la escuela Massana, donde repusieron fuerzas durante un buen rato, mientras María le explicaba algunos detalles sobre el edificio. Sólo unos metros más abajo encontraron, por casualidad, el templo sij, al que fueron invitados y donde disfrutaron de la generosidad de sus fieles con un maravilloso té chai. Al abandonar el santuario, siguieron caminando un trecho sin dejar en ningún momento de charlar animadamente. Resultaba curiosa la facilidad con la que hablaban entre ellos; era como si fueran viejos amigos compartiendo un día de fiesta.

Habían pasado de largo la plaza del Pedró y tomado la calle de San Antonio Abad, cuando se dieron cuenta de lo hambrientos que estaban.

—¿Te gusta el cuscús? —preguntó María, interrumpiendo lo que estaba diciendo en ese momento.

—No suelo comer muy a menudo, pero sí.

—Perfecto, porque conozco un restaurante al final de esta calle que hace uno riquísimo.

—Genial. Estoy muerto de hambre y con lo bien que huele por aquí...

—Sí —convino María—. Como te he explicado antes, esta zona está llena de establecimientos, colmados y tiendas árabes, hindús y paquistanís. Con todas las especias que utilizan y lo bien que suelen cocinar, el tufillo a comida te hace la boca agua.

No tardaron en llegar al lugar. En pocos minutos estaban sentados a una mesa en la parte trasera del local. Mientras esperaban a que les sirvieran, les

llevaron un plato de aceitunas que hizo las delicias de sus famélicos estómagos.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó Sean, metiéndose luego una aceituna en la boca.

—No te creas. Menos de lo que me gustaría. Me encanta la mezcla de culturas de este barrio. Además, estando a un paso del bullicio de la plaza Cataluña, de las Ramblas y del barrio gótico, por estas calles se respira paz.

—¿Sueles traer a tus clientes a esta zona? —Se inclinó hacia delante, intrigado por su respuesta.

—No —confesó sin tapujos—. Los turistas que vienen a Barcelona están más interesados en visitar lo que sale en las postales que en vivir la ciudad y conocer a sus gentes.

—Gracias —dijo muy serio, con esos ojos que parecían vivos fijos en ella.

—¿Por qué? —preguntó desconcertada.

—Por regalarme la Barcelona auténtica, la de verdad. Por no tratarme como a uno más de tus clientes.

—No lo eres.

—Pues gracias por eso también.

La oportuna aparición de un joven camarero con su comida puso fin a la intensidad que se había creado entre ellos. Enseguida se dejaron seducir por los exóticos sabores. Fue cuando estaban acabando que volvió ese tono más personal a la conversación.

—Perdona si te parezco un entrometido, pero ¿qué edad tienes?

—Eso no se le pregunta a una dama —contestó ella con una risa divertida, simulando indignación.

—Disculpe, bella dama, no quería... —Le siguió el juego.

—La semana pasada cumplí veintiocho años —confesó sin pudor.

—Vaya, no me había equivocado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó María, dejando los cubiertos sobre el plato vacío.

—Había apostado conmigo mismo a que no tenías más de treinta años y no me equivoqué.

—¿Cómo lo haces?

—¿El qué?

—Saber cosas como ésa. O como antes, que sabías que había una familia con

dos bebés cerca de nosotros.

—Eso ha sido fácil, los he olido. Lo de la edad... —Se encogió de hombros—. Supongo que no ver despierta mis otros sentidos y detecto lo que me rodea mejor que cuando sí lo hacía.

María, como ya le había pasado muchas veces en el poco tiempo que hacía que lo conocía, se maravilló con la naturalidad con la que Sean hablaba sobre algo que para la mayoría de las personas sería motivo de desesperación. Cualquiera otro en su situación, joven, lleno de vida, activo, que hubiera sufrido un accidente como el suyo, estaría sumido en una gran depresión. En cambio, Sean no sólo lo llevaba con normalidad, sino que había conseguido llevar una vida plena, por lo que dejaba entrever.

Una vez en la calle, después de beber un té con menta y pagar la cuenta, continuaron hacia la calle Sepúlveda, siempre entre descripciones de lo que pasaba por su lado. Llegaron a la plaza de España y, desde allí, tomaron la avenida Reina María Cristina antes de adentrarse en el parque de Montjuic, donde se sentaron en un banco frente al Pueblo Español.

—Esta zona es más turística que el Raval, donde hemos estado antes —le explicó María.

—Ya lo he notado, aunque no parece que por aquí haya mucha gente ahora, ¿no?

—No, ahora mismo está muy tranquilo. Un poco más allá está el Estadio Olímpico, y si hubiéramos subido por las escalinatas de la fuente, habríamos lleg...

—No hace falta que actúes conmigo como la guía que eres.

La chica sonrió sin poder evitarlo.

—Supongo que es deformación profesional.

—Supongo, sí —convino Sean—. Oye, antes has dicho que la semana pasada fue tu cumpleaños, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué?

—¿Qué te parece si mañana lo celebramos con algo que te apetezca?

—¿Por qué?

—¿Por qué no? —demandó Sean, desarmándola—. A ver, ¿qué te gustaría hacer?

—Déjame pensar... —pidió ella, desconcertada, paseando un dedo por su

mandíbula. Después de meditar unos instantes, preguntó—: ¿Te gustan los zoos?

—Hace mucho que no voy a uno. No demasiado. —Chasqueó la lengua—. Me molesta que los animales vivan fuera de su hábitat y esas cosas, pero si a ti te apetece...

—Si no quieres...

—No, estará bien. Me gustan mucho los animales.

—Perfecto. —Guardó silencio durante unos segundos antes de exclamar, sin que viniera a cuento—. ¡Qué desperdicio haber alquilado un coche! No sé en qué estaría pensando cuando lo hice.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no lo vamos a usar en toda la semana.

—Pues devuélvelo. Prefiero usar el transporte público... es la manera más cómoda, rápida, económica y efectiva de atravesar una ciudad... y, para mí, es mucho más fácil saborear la vida en Barcelona que utilizando el coche.

—Hablaré con mi jefa —afirmó contenta. En realidad, le sacaba de quicio conducir por las intrincadas calles de Barcelona teniendo que lidiar con los inevitables atascos—. Entonces, ¿qué me dices del zoo?

—Si a ti te apetece ir, a mí también.

Con el acuerdo sellado con sendas sonrisas, volvieron a ponerse en marcha. A esas alturas del día empezaban a estar cansados, pero todavía no tenían ganas de regresar al hotel, así que continuaron paseando.

Al llegar al Teatro Griego, decidieron que ya no podían dar un paso más. Esperaron a que pasara un taxi y María lo paró haciendo una señal con el brazo.

Al llegar al hotel estaban tan cansados que sólo les apetecía una cena ligera y poco más. Tomaron unos montaditos en un local cercano y dieron por terminada la jornada, a pesar de lo temprano que era.

Como la noche anterior, Sean aprovechó que María entraba en el baño para leer un rato en la salita anexa. En realidad, estaba tratando de distraerse, sin demasiado éxito todo hay que decirlo, del hecho de que su guía, esa chica divertida, simpática y que rezumaba vida por todos sus poros, estaba desnuda a solo una puerta de distancia.

Hacía demasiado tiempo que no se interesaba por una mujer. Todo lo que había pasado desde su accidente le había dejado sin ganas. Y todavía hacía más tiempo que no practicaba sexo. Ésa debía de ser la razón del molesto priapismo

que lo atormentaba cada dos por tres desde el día anterior. Si a su celibato casi obligado le sumaba el aroma que desprendía María, la cosa se convertía en un auténtico suplicio. Durante todo el día había tenido que refrenarse para no echarse sobre ella y empaparse de su fragancia. ¡Olía de maravilla!

No podía concentrarse en la lectura; su imaginación se obstinaba en recrear a la joven que compartía la habitación con él tal como había venido al mundo, cosa que no ayudaba a que su erección disminuyera ni por asomo.

—Ya he acabado. —La voz de María lo cogió desprevenido y le distrajo de sus pensamientos eróticos—. Buenas noches.

—Buenas noches.

—¿No te acuestas? —le preguntó ella al ver que no se movía.

—Sí, ahora voy.

Tardó casi media hora en levantarse del sofá. Se hizo con el pijama antes de entrar en el baño y, como la noche anterior, se duchó con agua templada, que enfrió en el último momento. Tentado estuvo en darse un homenaje, pero no le pareció correcto hacerlo teniendo a María tan cerca.

Mientras tanto, ella, a diferencia de la primera noche, no se durmió. Más bien todo lo contrario. No podía dejar de pensar en Sean desnudo a dos pasos de distancia. Si no hubiera sido porque era una profesional y jamás, jamás, mezclaba el trabajo con su vida personal, no habría dudado en «entrarle» al escocés ese.

María no era tan lanzada como su amiga Merche... o tal vez sí. Solía salir con las chicas de caza y, si se terciaba, pues... a pesar de que, desde hacía un tiempo, ya no era como antes, pues empezaba a aburrirle el aquí te pillo, aquí te mato. El caso era que estaba que se subía por las paredes. Con un hombre como aquél era difícil no estarlo. ¡Qué lástima que fuera su cliente! Recordó el pequeño vibrador que le habían regalado sus amigas para su cumpleaños y que guardaba en el bolso; tentada estuvo de ir a buscarlo y encerrarse en el aseo una vez hubiera salido Sean. Sin embargo, desechó la idea, segura de que eso no la calmaría sabiendo que ese pedazo de hombre estaba en el cuarto de al lado. Intentó distraerse pensando en cosas tan poco apetecibles como el pago del seguro del coche o la revisión que tenía que hacerse en el dentista... pero ni con ésas consiguió calmarse. La cosa empeoró cuando el agua de la ducha dejó de correr. Después de haber visto el trasero del señor McCloud en su mayor

esplendor, y sabiendo cómo estaría el escocés en ese momento, su cabeza recreó una y otra vez esa imagen sin remedio.

Aquella noche no fue ni mucho menos plácida para ninguno de los dos. Estaban extenuados por su caminata y, aun así, les costó conciliar el sueño, conscientes de la presencia del otro en la cama de al lado. María, de espaldas a Sean, creaba imágenes de sus manos recorriendo el torso sólido de Sean hasta la uve que dibujaban los músculos oblicuos que había visto esa misma mañana.

Sean, por su parte, con los ojos abiertos fijos en un techo que no podía ver, inspiraba alterado la fragancia que desprendía María y se imaginaba paseando las yemas de sus dedos por todo su cuerpo, reconociéndola, viéndola a su manera, disfrutando de la suavidad de una piel que a duras penas había rozado durante el paseo que habían compartido. Y con su imaginación haciendo de las suyas, no consiguió más que una incómoda y dolorosa erección que no lo dejaba dormir.

* * *

Con unas ojeras que fácilmente le harían la competencia a las del panda que verían ese día, se acercaron al bar más cercano para desayunar. Estaban exhaustos por la falta de sueño, frustrados por el calentón que llevaban y muy muy enfadados con ellos mismos por no poder ponerle remedio.

Comieron casi sin mediar palabra, uno frente al otro, tan lejos el uno de la otra como la mesa les permitía, intercalando algún monosílabo entre mordisco y mordisco. De repente, María, a quien la cabeza no dejaba de funcionarle ni un segundo, recordó lo que habían hablado el día anterior sobre el coche y, disculpándose, se levantó de su silla para llamar a la empresa de alquiler de vehículos. Necesitaba una tregua lejos de aquel escocés buenorro para relajar los ánimos.

A Sean tampoco le vino mal dejar de oler a su guía por un rato. Lo estaba volviendo loco de deseo. Parecía que toda la excitación sexual contenida en los últimos dos años se había manifestado de golpe. Si la cosa seguía así, acabaría la semana con un pene tan duro que podría ser digno de cualquier estatua de Miguel Ángel.

Antes de que María volviera a la mesa, Sean ya supo que se acercaba. La

inconfundible cadencia de sus pasos unida a ese aroma, que reconocería ya en cualquier parte, la anunciaron.

—Hecho —comentó la chica sentándose de nuevo—. Iremos a devolver el coche antes de ir al zoo.

—De acuerdo —aceptó Sean.

—La compañía de alquiler de vehículos no está muy lejos. No nos llevará mucho tiempo.

Terminaron sus desayunos y volvieron al hotel para recoger el coche tan silenciosos como habían estado antes. Media hora después, estaban listos para comenzar su camino hacia la Ciudadela.

—¿Qué prefieres, un taxi, el bus o caminar? Es un paseo largo, casi una hora, pero hace un día precioso, ¿no te parece?

—Me encanta pasear, ya te lo he dicho. Callejear me parece bien.

Por una razón que se les escapaba a los dos, ambos se sentían más tensos que el día anterior. Continuaban manteniendo una cordial conversación, María le informaba de lo que iba pasando a su alrededor o resolvía las dudas que Sean le planteaba... y, aun así, ninguno estaba tan relajado como lo había estado el domingo.

Llevaban más de media hora caminando cuando a la guía le sonó el móvil. Le indicó al escocés que se detuviera un momento mientras ella se alejaba un poco, huyendo del ruido del tráfico, para poder contestar. Era Saray.

—¿Cómo te va con el escocés?

—Muy bien. Es un cliente inmejorable; ya me gustaría que todos fueran como él. ¿Y a ti? ¿Cómo te va con el grupo de japoneses?

—Pues todo lo contrario que a ti, ojalá no me encuentre nunca más con un grupo como éste —bromeó Saray—. Deben de haber escogido uno por uno a los nipones más pesados y los han juntado para mí.

En total, la conversación no se alargó más de tres minutos. María no quería dejar a Sean mucho rato solo y a su compañera la estaba abordando uno de los clientes con alguno de sus interminables interrogatorios. Antes de terminar la llamada, quedaron en hablar en otro momento. Se dio la vuelta para volver con el escocés, que estaba a unos cinco metros de distancia, cuando un par de tipos con unas pintas nada recomendables le cortaron el paso.

—Vaya bomboncito tenemos aquí, tío —dijo uno con una sonrisa sarcástica

que dejó ver unos desagradables dientes ennegrecidos.

—Ya lo creo, colega —contestó el otro, relamiéndose el labio superior—. Me la follaba hasta que le saliera callo.

María intentó ignorarlos rodeándolos, pero ellos volvieron a ponerse frente a ella, esta vez más cerca y amenazantes.

—¿Qué pasa, zorrita?, ¿no te gustamos?

María miró a su alrededor. A esas horas, la calle estaba muy concurrida, en ese sentido se sentía segura, pero eso no quitaba que ese par le estaba haciendo pasar un momento desagradable. Iba a contestarles cuando una voz conocida intervino.

—¿Va todo bien por aquí, María?

Los dos energúmenos que la estaban molestando se dieron la vuelta para saber quién los había interrumpido. Al verlo con su bastón blanco desplegado, se pusieron a reír.

—Vaya, ¿y este guiri ciego de dónde sale? —le preguntó uno al otro.

—No sé —contestó su amigo—, pero creo que tiene ganas de que le demos una lección por entrometido, ¿no crees?

—Sean, no —gritó ella en inglés cuando vio que los dos tipejos se acercaban peligrosamente a él—. Yo me encargo.

—Parece que la zorrita se preocupa por el topo este —se burló el de los dientes picados.

—No te preocupes, María —pidió Sean en tono tranquilo.

Pero aquellos dos estaban casi al lado de él y sus intenciones no tenían pinta de ser buenas. En un segundo, se lanzaron ambos sobre Sean, pero no llegaron a tocarlo. Su bastón impactó en el estómago de uno y, con el mismo impulso, golpeó el hombro del otro. La sorpresa los dejó aturcidos un instante. Las ganas de darle una paliza al «guiri ciego», como lo habían llamado, habían crecido considerablemente. No tardaron en recuperarse; el golpe, aunque fuerte, no había sido del todo contundente.

Se estaban preparando para un nuevo ataque, pero no pudieron llevarlo a la práctica. Dos guardias urbanos que patrullaban cerca de allí, alertados por una señora que lo había visto todo, lo impidieron.

—¡Eh, vosotros dos! —exclamaron los guardias—. ¿Se puede saber qué estáis haciendo?

—Nada —contestaron al unísono—. Ha sido él quien nos ha atacado —mintieron.

Ellos miraron hacia donde señalaban y luego volvieron a mirarlos, incrédulos.

—Andando, acompañadnos a la comisaría y nos contáis allí lo que ha pasado.

—¡Pero si ha sido él! —protestó el de los dientes negros.

—Perfecto —le cortó uno de los guardias—. Ya te he dicho que en comisaría podrás explicarme cómo un invidente os ha agredido a los dos, ¿de acuerdo?

Mientras los cuatro hombres discutían, María se acercó a Sean, preocupada por su estado. Le parecía que no habían llegado a agredirlo, pero no podía estar del todo segura hasta que él se lo confirmara.

—¿Estás bien? —dijo inspeccionándolo con la mirada.

—Sí, no te preocupes por mí. Creo que ellos no lo están tanto después de conocer mi infalible bastón —afirmó en tono jocoso.

—No tiene gracia, Sean. Podrían haberte herido.

—Pero no lo han hecho, tranquila.

—¿Cómo has sabido...?

—No ha sido difícil —bromeó—. Entre lo ruidosos que eran y lo mal que olían, ha sido fácil localizarlos.

—Me sorprendes a cada instante —confesó María, llena de admiración—. Nunca hubiese imaginado que alguien que no puede ver se manejara tan bien.

—Gracias. —Suspiró—. No voy a negar que haya sido un entrenamiento duro, pero me enorgullece haber logrado ser prácticamente autosuficiente. No me gusta depender de los demás.

—Pues has hecho un gran trabajo, te lo garantizo.

—Gracias —repitió un tanto cohibido antes de intentar cambiar de tema—. ¿Qué te parece si nos vamos al zoo de una vez? Con todo este jaleo, nos hemos retrasado mucho.

Volvieron a ponerse en marcha, más relajados que antes del incidente. María se sorprendía a sí misma lanzándole miradas de admiración cada dos por tres. Sean, que notaba esas miradas como fuego en su piel, intentó no hacer caso, pero, a cada segundo que pasaba, sentía, cada vez más viva, la necesidad de recorrerle el rostro con sus dedos, reconocer sus facciones y, por qué no decirlo,

el resto de su cuerpo también.

Le resultaba paradójico que, a pesar de que en esos dos años sus amigos habían intentado que retomara su vida sexual presentándole a algunas chicas, nunca le había tentado ninguna. En cambio, con María la cosa era diferente, muy diferente. No sabía a qué se debía: la libertad de no sentirse presionado por sus colegas, las vacaciones que tanto necesitaba, la certeza de que aquélla era una relación prohibida o, simplemente, porque María era distinta.

Pasaron un día divertido, reencontrándose con los niños que había en ellos. Disfrutaron con los animales (María no dejó de explicarle las monerías que hacía cada uno), de la tranquilidad del parque, de la comida sencilla en la cafetería del recinto y, sobre todo, de su mutua compañía.

Alargaron su visita hasta el momento en el que un guarda les dijo que era la hora del cierre. A pesar de eso, todavía era temprano para encerrarse en el hotel.

—Y, ahora, ¿qué hacemos? —preguntó Sean, dispuesto a seguir aprovechando el día en tan buena compañía.

—Desde aquí hasta el Majestic tenemos sólo media hora. Podemos ir caminando.

—Caminemos, pues —aceptó Sean—, pero podemos ir dando un rodeo y visitar más cosas, ¿no? Todavía es pronto —añadió después de comprobar la hora abriendo el cristal de su reloj de pulsera.

—Me parece perfecto.

Vagaron por el Borne, repleto de locales de copas y restaurantes. Llegaron a la basílica de Santa María del Mar, que, según le explicó la joven, había inspirado una conocida novela, y la visitaron sin detenerse demasiado. Desde allí llegaron a lo que quedaba de la muralla de la ciudad; luego pasaron por la plaza Sant Jaume y por la plaza Real hasta desembocar en las Ramblas. A Sean, cada rincón que recorrían le parecía más interesante que el anterior. Aquella ciudad, tal como le habían explicado sus padres tantas veces, era especial. Se alegraba a cada rato de haber tomado la decisión de ir, aunque lamentaba no haberlo hecho antes de... Claro que, si hubiera sido así, no habría conocido a María.

Capítulo 4

Los dos días siguientes fueron una sucesión de visitas por Barcelona, charlas animadas, comidas deliciosas y noches de insomnio. A idéntico ritmo que crecía su amistad, lo hacía su deseo, tanto que estaba empezando a hacerse una tortura muy difícil de soportar. Imaginarse el uno al otro desnudos en la ducha era un tormento, al igual que escuchar los murmullos de sus respiraciones o apreciar el olor de sus pieles. Por supuesto, para Sean eso era mucho más duro. Para María, contemplar aquella cara varonil, coronada por esos ojos que parecían tan vivos, y aquel cuerpo de infarto, se había convertido en un suplicio.

Carmen la había llamado una de esas noches para ver qué tenía pensado hacer los próximos días; no recordaba su trabajo con Sean. María le refrescó la memoria sin explicarle la clase de hombre con el que estaba compartiendo la semana. Sólo le dijo que seguiría con él hasta el sábado y que, después de eso, no tendría el cuerpo como para salir. Hablar con su amiga le hizo recordar aquellas noches de fiesta que acababan en un polvo rápido y no siempre satisfactorio. Estaba convencida de que con Sean, si tuviera la oportunidad o la posibilidad o la valentía de comprobarlo, tendría el mejor sexo de toda su vida... y aun así sabía que no debía hacerlo, por mucho que lo deseara.

Era jueves, sólo quedaban dos días y medio para que Sean volviera a Glasgow. Habían pateado la ciudad, visitando sus barrios más significativos, algunos monumentos emblemáticos, aunque no fuera lo más atrayente para Sean, y disfrutado de la rica gastronomía que les ofrecía la Ciudad Condal. Era un día especialmente caluroso y María pensó que estaría bien pasar unas horas en la playa, comer una paella marinera en uno de los merenderos de la Barceloneta y, por la tarde, volver al Borne, que siempre escondía joyas, tanto arquitectónicas

como humanas o culinarias. Se lo planteó a Sean y a él le pareció una idea estupenda, aunque le confesó que no tenía traje de baño.

—No te preocupes por eso —dijo en tono alegre mientras terminaba su desayuno—. En cualquier tienda encontraremos alguno que te vaya bien.

—¿Sabes? —preguntó él después de darle el último sorbo a su café—. Hace mucho tiempo que no voy a la playa. Me gusta la idea —añadió dándose pequeños golpes en el mentón con el índice.

—Compraremos también protector solar —comentó María alzando la mano para llamar al camarero—. Con lo blanco que eres, te quemarías en menos de media hora. Ah, y tomaremos prestadas un par de toallas del hotel.

—¿Tú no te quemarás si no usas protección? —inquirió con la intención de conocer el tono de su piel.

—Sin duda; yo también son muy blanca. —Esperó a que Sean pagara la cuenta—. Mis amigas siempre se meten conmigo por lo clara que es mi piel. No quieras saber qué dicen de mí.

—Sí, quiero saberlo —afirmó muy serio, con el rostro vuelto hacia ella.

—Me da un poco de vergüenza.

—Por favor.

—Dicen que soy tan blanca como la teta de una monja —confesó tímidamente tras una breve pausa.

Una sonora carcajada brotó del pecho de Sean.

—Una buena descripción. Muy gráfica, sí, señor.

—No sé qué te hace tanta gracia —se enfurruñó—. Lo mismo se podría decir de ti.

—Imagino que sí, pero es que yo soy escocés —replicó cuando pudo calmarse lo suficiente—. Anda, vamos a buscar esas toallas y a comprar lo que necesitamos para ir a la playa, especialmente nuestra coraza contra quemaduras. —Y volvió a reír con ganas.

Una hora más tarde, estaban descalzos atravesando la ardiente arena de la playa Nova Icària buscando un sitio cercano a la orilla para dejar sus cosas. María había preparado una mochila con las toallas que les habían prestado en el Majestic, su bikini turquesa (que llevaba siempre en su maleta, por si las moscas) y una botella de agua fresca que habían comprado por el camino. Con una mano sujetaba precariamente la bolsa de plástico con el nuevo bañador de

Sean y el protector solar, además de sus sandalias, y con la otra guiaba al escocés, tratando de evitarle tropiezos con los ocasionales bañistas. Al ser laborable, la playa no estaba demasiado concurrida. Finalmente, encontraron un sitio que a ella le pareció idóneo.

—Pararemos aquí —anunció María.

—Como tú digas. —Sean alzó la cabeza al cielo en busca del calor del sol y aspiró profundamente—. ¡Qué sensación más fabulosa! El olor a mar, el sol, la brisa, la arena... No me había dado cuenta de lo mucho que lo añoraba.

—¿En Escocia hay playas así? —preguntó ella al tiempo que sacaba la primera toalla y la extendía en la arena.

—Playas hay, sí —afirmó arqueando los labios en una preciosa sonrisa—, aunque no tienen mucho que ver con ésta, principalmente por el clima.

Soltó sus zapatos y el bastón que había llevado en la mano y, con un gesto rápido, se deshizo de la camiseta.

—Una pregunta de nada —dijo haciendo gala de ese tono divertido que lo caracterizaba—: ¿Nos cambiamos aquí mismo?

María levantó la cara de la toalla que estaba estirando, encontrándose, sin esperarlo, el torso musculoso de Sean. Se quedó boquiabierta. A la luz del día, aquel cuerpo que había vislumbrado en la penumbra de su habitación era mil veces más impresionante de lo que había imaginado.

—Sí —contestó con voz entrecortada—. Puedes taparte con una...

—No te preocupes, intentaré no escandalizar a nadie. —Se agachó y, con la mano extendida, buscó una de las dos toallas. María se la guio hasta la que tuvo más cerca—. ¿Me acercas mi camiseta, por favor?

La joven se la puso en la mano y vio cómo Sean se sentaba sobre la toalla y se cubría la cintura con la prenda. Con gran habilidad, se despojó de los pantalones y los bóxers alzando a duras penas su trasero y seguidamente le pidió el bañador.

Sin poder (ni querer) evitarlo, María observaba cada uno de sus movimientos, secretamente deseosa de que, por descuido, dejara ver alguna parte interesante de su fantástica anatomía.

—¿Ves algo que te guste? —¡Ya estaba Sean otra vez con sus artes adivinatorias! Alzó la comisura de los labios en una de sus demoledoras sonrisas.

—¿Cómo...?

—Te lo dije, puedo sentir cuando alguien me mira..., aunque hasta ahora nadie lo había hecho como tú.

María desvió, avergonzada, los ojos para fijarlos en las olas que se acercaban a la orilla. ¿Tan transparente resultaba lo que le despertaba ese hombre? Cuadró los hombros, decidida a borrar de su cabeza las ideas subidas de tono que se le habían metido. Había conseguido pasar cinco días reprimiendo las ganas de lanzarse sobre él, un esfuerzo más y su profesionalidad no se vería comprometida por culpa de su libido. Sin embargo, cuando volvió a mirarlo... todo lo que había imaginado hacer con ese adonis volvió a su cabeza con más fuerza que nunca. Sean, ya cambiado, estaba tumbado, con los brazos bajo la cabeza, marcando más músculos de los que cualquier otro ser humano tenía en su cuerpo, y con una sonrisa canalla que quitaba el hipo.

—¿No te vas a cambiar? —Se lo estaba pasando en grande poniéndola en un aprieto, aunque no era a ella sola... Ese jueguito del coqueteo lo estaba poniendo cardíaco. Esa muchacha tenía algo que lo hacía desear recorrer cada rincón de su cuerpo... y no precisamente para verla.

—Sí, sí, claro —balbuceó María.

Sin quitarse el vestido, se deshizo del sujetador y lo reemplazó por la parte superior de su bikini. Lo siguiente fue la parte de abajo y, por último, se desprendió de la ropa. Ninguno de sus movimientos le pasó desapercibido a Sean... y algo en el interior de su bañador dio muestras de ello.

Ponerse la crema solar los puso en un aprieto a los dos. La parte delantera, pecho, vientre, piernas... estaba salvada, pues cada uno se la extendió a sí mismo, pero la espalda... para la entrepierna de Sean fue un zambombazo poner por primera vez las manos sobre María. Hasta entonces, sólo la había cogido de la mano o se había sujetado de su hombro o brazo para que lo guiara. Tocar su piel le confirmó lo que ya imaginaba: María era pura suavidad y perfección. Y lo alarmante era que no quería parar de tocarla, sino todo lo contrario. Deseaba seguir conociendo los secretos que escondía el cuerpo de aquella menuda y maravillosa chica. Al pensarlo, su sexo latió. Para su alivio, María, de espaldas a él, no podía ver qué se cocía en la parte central de su anatomía; eso lo tranquilizó... a medias.

A ella le pasó algo parecido cuando llegó su turno de embadurnarlo con el

protector solar. Si ver a Sean sin camisa la tentaba a olvidarse de sus deberes laborales, tocar aquella espalda ancha y magnífica casi le hizo sucumbir. ¿Por qué demonios tenía que ser tan perfecto? Porque lo era... su cuerpo, su rostro... y también su carácter y su bien amueblada azotea.

Después del calvario de la crema, se tumbaron uno junto al otro en silencio, recuperándose de la sensación que les había despertado deslizar las manos por el cuerpo del otro y disfrutando al mismo tiempo de la caricia del sol, la brisa marina y, sobre todo, de su mutua compañía.

Más tarde, cuando el calor empezó a hacerse insoportable, María propuso darse un baño. Sean aceptó de muy buen grado. Esperaba volver a tocar aquel sedoso cuerpo; María tendría que orientarlo hasta llegar al agua y, una vez en allí, necesariamente se mantendría a su lado para evitar cualquier contratiempo, ¿no? No contaba con que todo aquello resultaría una dura prueba de contención. El roce constante de las manos de María, de su cadera chocando de vez en cuando en su muslo, de sus pechos tocando por accidente su brazo... fue una experiencia devastadora. Para María la situación no fue diferente. Sentir el calor que desprendía el cuerpo de Sean en oposición a la temperatura del mar la estaba llevando al borde de la desesperación.

Para intentar relajar la tensión de alto voltaje que había entre ellos, recurrieron a una conversación insustancial que los mantuviera a salvo de lo que realmente deseaban. Así, la guía le contó los veranos en su pueblo cuando era pequeña. Le explicó alguna de las diabluras que se les ocurrían a sus primos y a ella, muchas de las cuales acababan en castigos desproporcionados, según los críos. Sean también se remontó a su niñez para contarle sus éxitos deportivos y las excursiones que organizaba la familia cuando el tiempo escocés lo permitía. María le habló de sus amigas; él, de sus camaradas; ella, de su trabajo; él, de los planes laborales que tenía por delante...

Con los bañadores ya secos gracias al sol y con evidentes muestras de que la loción solar había dejado de ser efectiva, recogieron sus cosas. Sólo diez minutos más tarde, estaban sentados a la mesa de uno de los chiringuitos de la zona, con las prendas de baño escondidas bajo la ropa. Una sombrilla enorme los protegía de los furiosos rayos solares de junio, mientras de fondo se oía el que, seguramente, sería el éxito del verano.

—Estás muy rojo. Se te va a pelar la nariz —comentó María, divertida—.

Supongo que yo debo de estar tan quemada como tú.

—Lo dudo —respondió Sean con segundas intenciones—. Yo estoy carbonizado.

La chica tragó con fuerza. Aquella declaración no había sido nada sutil y con lo «acalorada» que estaba ella ya... En ese momento tan intenso, el sonido metálico de su teléfono fue un alivio para ella. Lo sacó del bolsillo delantero de su vestido y comprobó quién llamaba. Decidió no contestar al ver que se trataba de su madre, pero le envió un mensaje para recordarle que estaba con un cliente y le aseguró que la llamaría en cuanto tuviera un momento. Tan pronto como acabó, volvió a guardar el móvil y miró a Sean con una sonrisa.

—¿Tu novio? —preguntó él, bebiendo un sorbo de agua para disimular que estaba molesto.

—¿Novio? —repitió María con una carcajada—. No. Mi madre, que a veces llama sin pensar que puedo estar ocupada.

—¿Y tu novio no te llama?

—Yo no tengo de eso —se le escapó con un tono coqueto.

—Pero ¿hay alguien especial por ahí?

—No. Sólo tuve un noviete el primer año de facultad. Después, sólo amigos. ¿Y tú? ¿Tienes novia? —preguntó muerta de curiosidad, adelantando el cuerpo por encima de la mesa.

Supuso que no habría nadie esperándolo en Escocia; en caso contrario, no se habría aventurado a viajar solo, ¿no? Desde luego, si ella tuviera semejante hombre a su lado, lo hubiera acompañado sin dudarle. El ceño de Sean se contrajo, dándole a su rostro un aspecto de seriedad poco habitual en él.

—No, ya no.

—¿Una mala experiencia?

—La peor.

—No me lo cuentes, si no te apetece —dijo ella al ver su gesto de disgusto.

—No me importa, en realidad —bebió del vaso que mantenía entre las manos—, pero sólo lo haré si dejas de mirarme así.

—Algún día tendrás que explicarme cómo lo haces.

—¿El qué? ¿Saber que alguien me mira?

—Pues sí, eso.

—Algún día lo haré. —Medio sonrió. Se mantuvo en silencio un instante

antes de comenzar su relato—. Claudia y yo estábamos pensando en irnos a vivir juntos antes del accidente. Llevábamos saliendo más de un año. Nos habíamos conocido por casualidad en un pub cercano a la universidad donde trabajo. Por aquel entonces, yo estaba dedicado por entero a mi proyecto y apenas salía. Ella hacía poco que había llegado de California para instalarse en Glasgow... Nos pusimos a hablar y enseguida congeniamos. —Con un suspiro, confesó—: No tardamos en salir juntos. Yo estaba loco por ella; me parecía la mujer más maravillosa del mundo. Ella, con ese acento norteamericano tan sensual que la caracterizaba, me aseguraba que estaba enamorada de mí, así que el hecho de que se mudara a mi casa resultó la decisión más lógica. Mis amigos, esos locos de los que te he hablado antes y que son parte de mi familia, me advirtieron sobre ella... muchas veces. Mi hermana estaba convencida de que no era trigo limpio y mi madre no podía ni verla. Claro que a mí todo eso me traía sin cuidado. ¿Qué sabían ellos?, me decía cada vez que escuchaba algún comentario en su contra. —Removió el vaso que tenía en las manos mientras meditaba sus siguientes palabras—. Creo que entonces era más ciego que ahora, en cuanto a ella se refiere. —Chasqueó la lengua—. El día del accidente se montó un gran alboroto, como te puedes imaginar. Mi primera reacción, mientras me trasladaban al hospital, fue pedirle a gritos a mi compañero que la llamara, antes incluso que a mi familia; la necesitaba a mi lado.

—¿No me digas que no se presentó? —planteó María, olvidándose de la ensalada que hacía rato había dejado frente a ella el camarero.

—Oh, sí que lo hizo, claro que sí. Estuvo conmigo los primeros días... Hasta que me dieron el resultado final de las pruebas, se mantuvo a mi lado sin moverse apenas. —Cogió el tenedor que ya había localizado antes y lo hundió en su plato de arroz.

—¿Y qué pasó entonces?

Sean se llevó el tenedor a los labios y masticó sin percibir el sabor de la comida. Cuando no le quedó ni un grano en la boca, volvió a hablar.

—En cuanto nos dijeron que mi ceguera era irreversible, comenzó a ausentarse cada vez con más frecuencia. Al principio con el pretexto de su trabajo, pero después ya sin ninguna disculpa... y si yo le preguntaba a dónde iba o por qué tardaba tanto en volver, ella simplemente me contestaba que estaba muy liada. Cuando regresé a casa después de pasar semanas en el hospital, me

soltó que no estaba dispuesta a malgastar su vida con un inválido. Fue cruel la forma en que se justificó: no me quería lo suficiente como para pasarse la vida cuidando de mí.

—¡Menuda zorra! —espetó María, enfadada—. ¡Qué hija de su madre!

—Tranquila, María. —Pasó la mano por encima de la mesa, sorteando los platos, hasta tropezarse con la de la chica, que entrelazó los dedos con los suyos—. Eso pasó hace ya tiempo y lo he superado con creces. Creo que hasta le estoy agradecido.

—¿Agradecido?!

—Sí. En ese instante me juré que sería un hombre independiente, o al menos todo lo independiente que me fuera posible. Y lo he conseguido. Tengo a *Dark*, que se ha convertido en mis ojos; a mi familia, que me han apoyado en todo momento, menos cuando decidí venir a Barcelona —sonrió recobrando el buen humor—, y a mis amigos, que me tratan igual que lo han venido haciendo toda la vida. —Estrechó más su agarre—. El segundo semestre del curso pasado comencé a dar algunas clases en la facultad de Glasgow, mi último desafío, y, para el año que viene, incrementaré el número de horas lectivas. Además, me han propuesto colaborar en un nuevo proyecto que me tiene muy emocionado. Gracias al rechazo de Claudia, he vuelto a ser yo mismo y no me he dejado vencer por la desesperación.

—Lo que me faltaba por oír. —Pinchó un trozo de tomate de su plato y lo masticó con furia, como si de esa escoria de mujer se tratara.

—Reconoce que fue un revulsivo para no querer verme a mí mismo como un ser inservible. Quién sabe si hubiera caído en la autocompasión, si Claudia no me hubiese hablado con tanta dureza.

María no contestó. Estaba demasiado cabreada con esa tipeja que no conocía de nada, pero que le parecía una persona despreciable. Siguió engullendo su comida en silencio sin dejar de mirar atentamente a Sean y sin soltar su mano. ¿Qué más daba que no pudiera ver? A las claras se veía que era un hombre increíble, aparte de guapísimo. Estaba segura de que habría llegado al mismo punto en el que se encontraba en ese momento sin la necesidad de que aquella arpía lo hubiera herido tan profundamente, porque era fácil intuir que él no se habría resignado a su suerte sin luchar. ¿Quién había sido el ciego en aquella pareja?

A Sean no le apetecía seguir con aquel ambiente enrarecido. Aquello había ocurrido en otra vida, antes de aprender a «leer» con los dedos, a «ver» con las manos, a ubicarse en una habitación sin ayuda, a reconocer lo que pasaba a su alrededor guiado por sus otros sentidos. No quería que aquella vieja historia ensombreciera la amistad que habían empezado a crear María y él. Prefería el juego disimulado de seducción que se llevaban entre manos, especialmente si conseguía que ese tira y afloja acabara como él deseaba.

—¿A dónde vas a llevarme esta tarde? —Cambió de táctica para lograr su propósito—. Por cierto, este arroz está delicioso.

—Humm... —reflexionó la joven.

—¿Humm...? ¿Dónde queda humm...?

María le vio las intenciones y cambió de actitud, a pesar de que todavía seguía disgustada.

—He decidido que mereces conocer mi lugar favorito de la ciudad. No suelo llevar a ningún cliente allí... sólo cuando, por desgracia, han oído hablar de él y me lo piden explícitamente.

—Así que soy especial.

—Sabes que lo eres.

—¿Por qué? —tanteó, mientras con el pulgar empezaba a vagar por el dorso de la mano que mantenía unida a la de él.

María miró lo que estaba haciendo, tentada en sucumbir a su encanto, pero en el último segundo separó la palma hasta deshacer el agarre.

—Quizá porque no eres un impertinente —bromeó—, porque aprecias todo lo que te muestro, porque te interesa más el alma de Barcelona que las rutas turísticas típicas...

«Porque eres maravilloso», pensó.

—Gracias —dijo, echando de menos tener en su mano la suavidad de la de María—. Es un honor que quieras compartir conmigo tu lugar favorito.

—Comprobarás que es mágico. Es un remanso de paz en mitad del bullicio del barrio gótico. —Suspiró—. Estoy segura de que lo disfrutarás tanto como yo.

Sean no lo dudaba. Tampoco dudaba de lo mucho que disfrutarían los dos si el motivo de ese suspiro, que le había encendido la sangre, se lo provocara él.

Después de un café *ristretto* que María le obligó a probar, se dirigieron al rincón del que le había hablado. Como en los días anteriores, fueron caminando.

Disfrutaban mientras la guía le explicaba las cosas relevantes que se encontraban a su paso, pero también por el simple placer de andar uno junto al otro.

Con la excusa del gentío que se agolpaba en aquella parte de la urbe a esas horas —jóvenes sobre sus monopatines, ciclistas pretendiendo emular a Induráin o abuelos empujando carritos de bebé, entre otros—, la chica le aconsejó que se olvidara del bastón y se cogiera a su brazo, cosa que el escocés no dudó en hacer. No se le ocurría nada mejor que poder tocar a esa mujer, aunque fuera de una manera tan superficial. Lo tenía al borde de la locura, si es que no la había alcanzado ya.

El paseo no fue muy largo, a pesar de que María intentó prolongarlo al máximo con cualquier pretexto: una parada aquí para admirar un edificio, una explicación allá, un «espera que me ha entrado algo en el zapato»... La guía estaba disfrutando de tener a ese hombre increíble a su lado, sin pararse a pensar en lo cerca que estaba de traspasar los límites de lo permitido en una relación guía-cliente.

Pasaron de largo la plaza Sant Jaume y se adentraron en unas callejas muy poco concurridas que desembocaban en el portal que María iba buscando.

—¿Preparado? —Su voz, con un punto de expectación ilusionada, le dio a entender lo importante que era aquel sitio para ella.

—Totalmente —la tranquilizó, dándole un suave apretón en el brazo al que estaba sujeto—. No sé qué sitio es éste, pero se respira una calma respetuosa que apacigua.

—¿Tú también lo notas?

Sean asintió con la cabeza, conmovido por la veneración que mostraba ella ante la paz que destilaba aquel lugar.

Con silencio reverente, unidos por las manos, atravesaron el zaguán que daba acceso a otra puerta, cuyo interior los recibió con una inesperada bajada de temperatura.

—Cuidado, agárrate bien a mí. Hay que bajar unos cuantos escalones —le advirtió María en un susurro que a él, con las ganas que le tenía, le sonó de lo más sugerente.

—Estamos solos —afirmó él también en susurros, asombrado por la falta de público en aquel sitio que se le antojaba espectacular.

Se sentaron en uno de los dos bancos de piedra que había frente al

monumento y guardaron respetuoso silencio durante unos minutos. Sean rompió su mutismo cuando, aun sin saber qué era lo que tenía delante, lo sobrepasó la sensación de gravedad que notaba en su guía.

—¿No vas a explicarme que estamos «viendo»? —pidió con el respeto que merecía ese enclave—. Verdaderamente debe de ser algo magnífico, cuando te has quedado sin habla a pesar de que, me imagino, lo conoces de sobra.

—Son los restos del templo de Augusto —explicó muy flojito con un suspiro—. Una reliquia del paso de los romanos por Barcelona.

—Cuéntame más, por favor.

Ella no se hizo de rogar; con una pasión que sólo utilizaba cuando algo la conmovía de verdad, le contó cómo ese templo, construido hacía más de dos mil años, había sido dedicado al culto de César Augusto en Barcino, colonia fundada con el permiso del César y que sería, con el paso del tiempo, la ciudad de Barcelona. Demostrando que dominaba el tema, habló de cómo había constituido la parte central del foro, en la cima del monte Táber (que en la actualidad estaba ubicada en el barrio gótico), de cómo el transcurso del tiempo y sus inclemencias lo destruyeron casi por completo y de la sorpresa que supuso encontrar cuatro columnas, tres de ellas prácticamente intactas, mientras se llevaban a cabo unas obras urbanas a finales del siglo XIX, esas que estaban admirando ellos en ese instante.

—Todo eso está muy bien, María, conoces la historia de estas piedras, es fácil de entender —giró la cabeza hacia ella, intentando adivinar lo que sentía—, pero no es eso lo que te conmueve de ellas.

—No te entiendo.

—Yo creo que sí. —Se inclinó hacia ella lentamente para besarla en la boca. María permaneció inmóvil, esperando ese beso que hacía días que deseaba recibir.

Pero la suerte no les sonrió. Cuando sus labios estaban a punto de rozarse, un grupo de cuatro mujeres de mediana edad entró como un vendaval. Sin respetar el misticismo que encerraba aquella pequeña sala, empezaron a hablar a voz en grito, leyendo la inscripción de la pared lateral como si estuvieran dando un mitin a una multitud enardecida, haciéndose fotos y más fotos y riéndose de algún chiste que sólo ellas conocían.

—No creas que te vas a librar de explicarme qué es lo que tanto te atrae de

este sitio —le susurró al oído para que sólo ella lo oyera—. Aunque la paz que se respiraba cuando estábamos solos me da una idea.

—No pensaba hacerlo —le aseguró.

Una pareja extranjera eligió ese instante para entrar a admirar el secreto que ocultaba aquel soportal. María pensó que ésa era la señal definitiva para salir de allí; su santuario estaba demasiado concurrido y no podían disfrutarlo de la manera que ella deseaba: en soledad. Sean, sin embargo, no estuvo de acuerdo; le cogió una mano con firmeza y empezó a acariciarla lentamente.

—Aguarda un poquito —pidió acercándose a su oído—. Me gustaría empaparme un poco más de esta burbuja de historia.

—Pero con todo este jaleo...

—Esperaremos hasta que se marchen. Todavía tienes pendiente explicarme algo, ¿lo recuerdas?

—No me dejas olvidarlo. —Sin darse cuenta, apoyó ligeramente su hombro contra el de Sean.

Las señoras escandalosas no tardaron en irse, en cuanto tuvieron todas las fotos de rigor hechas, llevándose consigo el mismo vocerío con el que habían llegado. Los extranjeros tampoco se demoraron mucho más en marcharse.

—Al fin solos —bromeó Sean cuando todos se hubieron ido—. No «veía» el momento.

—Celebro que el templo te haya conmovido tanto como a mí.

—No te voy a engañar, María. Lo que me gusta de este sitio es especialmente lo que significa para ti. —Deslizó el pulgar por la mano que le tenía tomada hasta alcanzar el interior de su muñeca y le dedicó una atención especial.

María, en un esfuerzo sobrehumano, intentaba no sucumbir a aquellas sugerentes caricias, pero una cosa era lo que se proponía y otra muy diferente lo que sentía. Después de aquel beso frustrado y con ese juego de seducción que Sean estaba desplegando frente a ella, cada vez se le hacía más duro no olvidarse de todo y lanzarse a sus brazos. No tenía ni idea de dónde sacaba la fortaleza para resistirse, aunque su respiración, errática, empezaba a perder la partida.

Tomando una gran bocanada de aire para intentar sobreponerse a las emociones que Sean le estaba provocando, comenzó a explicarle qué era lo que más la seducía de aquel lugar.

—Conozco otras ruinas mejor conservadas, otros enclaves más

representativos de lo que la civilización romana nos legó en su paso por Cataluña. —Luchaba por mostrarse como una profesional bien entrenada—. Tarragona, sin ir más lejos, es un claro ejemplo. Sin embargo, estas cuatro columnas se mantuvieron ocultas durante siglos, guardaron todos sus secretos, atesoraron vidas pasadas y, una vez redescubiertas, en vez de limitarse a ser como cualquier otra ruina, siguieron siendo útiles en la vida diaria de los vecinos de este inmueble. —Cediendo por momentos a la pasión que le inspiraba lo que tenían delante, añadió—: Son parte de la estructura del edificio, las aprovecharon para darles una nueva vida y son testigos mudos de todos los cambios de este barrio. No son llamativas como otros monumentos, no reclaman atención, sólo permanecen entre estas cuatro paredes, en silencio, esperando a que alguien venga a verlas y, si tienen suerte, las aprecie en todo su valor.

—Tu voz suena diferente cuando te mueve la pasión —afirmó Sean, deseando escuchar ese entusiasmo dirigido a él—. Ahora sé lo que sientes al sentarte frente a estos pilares y no necesito verlos con los ojos para saber cuán especiales son. Tu voz, como tantas otras veces esta semana, ha sido mi vista... —decidió que ya no podía esconder por más tiempo lo que sentía por ella... y ha removido mi alma.

María giró la cabeza despacio hasta encontrarse cara a cara con Sean, que parecía mirarla con aquellos ojos que veían sin ver.

—Sean... —murmuró flojito, notando flaquear sus defensas.

—María, ¿puedo pedirte algo? —rogó él en el mismo tono.

—Dime.

—Déjame tocar tu rostro. Me muero por conocer tus rasgos, por descubrir cada mínima porción de tu cara, tus ojos, tu nariz, tu boca... —Y esta última palabra sonó como un lamento.

La joven giró el cuerpo por completo hacia él sentándose sobre una pierna, soltó la mano que Sean le tenía cogida y lo tomó por las muñecas. Con lentitud, las fue elevando poco a poco hasta posar las palmas de sus manos en sus mejillas. Al sentirla bajo sus yemas, un suspiro de satisfacción salió bronco del pecho del escocés. Sean había soñado con pasear los dedos por sus facciones desde que la había conocido, «verla» como le habían enseñado, y en ese momento podía hacerlo por fin. Se acercó todavía más a María, que apenas podía respirar, expectante. La chica cerró los ojos y se dejó hacer. Sean se recreó

durante unos segundos sosteniéndole el rostro con las manos antes de recorrérselo lentamente con los pulgares. La nariz, recta y pequeña; los ojos, rasgados y grandes; los labios, suaves y carnosos; la barbilla, redondeada; la frente, ancha y lisa, las cejas...

—Eres preciosa —susurró, acercándose más y más hasta que la punta de su nariz tocó la de María—. Lo sabía.

Y, con la misma calma que había utilizado hasta ese instante, protegido por la paz reinante, inclinó la cabeza buscando con la intuición los labios de su guía. Los aplastó con su boca y relamió el ligero sabor a sal que todavía conservaban después del baño en el mar. Fue un beso de confesión, de rendición y hasta de aceptación de cuánto le gustaba esa mujer.

Poco después, cogidos de la mano, se alejaron de aquel oasis de historia y caminaron hasta encontrarse frente a los portones laterales de la catedral.

—¿Te apetece entrar? No es como el tempo de Augusto, pero también se respira un agradable aire de recogimiento.

—¿Quieres que te diga lo que realmente me apetece hacer?

Se había cansado de ser correcto; el beso que habían compartido había sido significativo: a María él tampoco le era indiferente. Se iba en dos días y la deseaba hasta el dolor. Si María le decía que no, tendría que aguantar la frustración y seguir a su lado, codiciándola en silencio el tiempo que le quedara en la ciudad, pero si decía que sí... no podía soñar con nada mejor.

—Claro, tú dirás.

—Mira, María, lo que deseo es volver a nuestra habitación, quitarte una a una las piezas de ropa que me impiden tocar tu piel centímetro a centímetro. Dejar de imaginar cómo es tu cuerpo y conocerlo con mis dedos, con mis manos, con mi boca. Besarte hasta tu más íntimo rincón. Perderme entre tus curvas y hacerte el amor hasta que los dos quedemos exhaustos y, entonces, volver a empezar de nuevo. Eso es lo que quiero hacer ahora mismo. Si con lo que he dicho me he ganado una bofetada, no te cortes, dámela. Si por el contrario he...

—No te voy a abofetear.

Tiró de él hacia abajo, se puso de puntillas todo lo que sus pies le permitieron y, olvidándose de todo, lo besó con todas las ganas que tenía encarceladas. A diferencia de la ternura del anterior, aquel beso fue un choque de titanes, un *tsunami* de pasión. Sus bocas, incapaces de separarse, se idolatrarón

con roces incendiarios que a punto estuvieron de hacerles perder la razón.

Con la urgencia de las ganas contenidas durante días, se acercaron a la parada de taxis más cercana y dieron la dirección del hotel los dos a la vez, atropellados, apremiados por la necesidad de dejarse arrastrar por lo que sentían.

Por miedo a no saber parar, cada uno meditaba en un extremo del asiento trasero del vehículo. Ella no dejaba de darle vueltas a la certeza de que jamás en su vida la habían besado con tanta maestría, dejándole claro en cada beso lo que iba a pasar a continuación y hasta qué punto la deseaban. Sean, seguro de que tocar a aquella muchacha le iba a nublar la razón, tal como le había pasado al sentirla pegada a su cuerpo mientras saboreaba sus labios, ideaba maneras de alargar su estancia en Barcelona ahora que podría por fin disfrutar realmente.

El conductor parecía decidido a encontrarse con todos los semáforos en rojo, para desesperación de sus clientes. Cuando por fin llegaron a su destino, a Sean le faltaron manos para pagar la carrera y a María para ayudarlo a salir del coche.

Recorrieron el vestíbulo del hotel cogidos de la mano, muy juntos el uno del otro pero con el paso acelerado, cosa que llamó la atención de más de un cliente que, curioso, los observó con desagrado. Parecía que la joven tirara sin compasión de un hombre ciego, cuando, en realidad, era Sean quien pugnaba por acelerar la marcha.

Ya en su planta, la arena que había quedado adherida a las toallas salió despedida hacia todas partes cuando María las sacó con rapidez de la mochila en busca de la tarjeta-llave. Entraron arrebatados, Sean especialmente feliz por tenerla sólo para él en un ambiente que controlaba sin necesidad de ayuda, y María olvidando por completo que se trataba de su cliente.

Las prendas que vestían salieron volando en cuanto la puerta se cerró. Tenían demasiadas ganas acumuladas el uno del otro. Sean no podía esperar para recorrer el cuerpo de la joven y deleitarse en cada detalle. La besó de nuevo, acunándole la cara, recorriendo con los labios su rostro hasta volver una y otra vez a su boca.

—Por fin, «veo» tu rostro; ahora déjame conocer el resto de tu cuerpo — pidió antes de besarla de nuevo.

Capítulo 5

Sus expectativas se cumplieron con creces. Aquel escocés, que una semana antes había imaginado barrigón, le había demostrado que era un amante difícil de superar. La delicadeza con la que había besado cada parte, por remota que fuera, de su cuerpo, la manera en que la había hecho jadear con sus manos diestras y la forma en que se había balanceado en su interior hasta lograr arrancarle gritos de placer era, sin lugar a dudas, la mejor muestra de su pericia. Jamás había disfrutado tanto con un hombre como lo había hecho con Sean. Antes de haber hecho el amor con él (porque aquello que habían compartido no había sido sexo sin más), pensaba que acostarse con Sean iba a ser placentero. Lo que no esperaba era tocar el cielo con las manos ni que le removiera tantas cosas por dentro. No había tenido nada que ver con los aquí te pillo, aquí te mato que había vivido hasta entonces. Quizá era por la sensibilidad que había demostrado Sean en todo momento, ya que había luchado con todas sus armas para que ella gozara de todo lo que le ofrecía antes de sucumbir él mismo al placer.

Después de horas amándose, María no dudaba de que en su vida habría un antes y un después de Sean McCloud. De hecho, dudaba de que volviera a sentir la ternura y, a la vez, el goce que había disfrutado al tenerlo dentro. Porque lo vivido con ese escocés no era sólo la unión de dos cuerpos dispuestos a complacerse sin más, era la comunión de dos almas que se habían rendido sin oponer resistencia.

Sean, que no había disfrutado de una mujer en dos años, lo había sentido igual. Una vez hubo oído el sonido del primer orgasmo de María, supo que no había vuelta atrás. Era científico, no creía en Cupido, pero lo que su guía había despertado en él era más grande de lo que quería reconocer.

Estaban abrazados sobre la cama de María. Ella, apoyada en su hombro, dibujaba filigranas en su pecho mientras Sean acariciaba su espalda de arriba abajo una y otra vez. Era tarde, pero no tanto como para no encontrar un sitio donde cenar, así que ella, renuente, le insinuó sin demasiado convencimiento la posibilidad de salir a comer algo.

—Todo lo que quiero ahora mismo está aquí —aseguró Sean con su voz más sensual.

Y se lo demostró otra vez apoyándola sobre la almohada y atrapando sus labios con hambre. María, feliz por su reacción, le devolvió el beso con la misma ansia desmedida que le expresaba él.

Incorporándose sobre un brazo, deslizó los nudillos por su costado, despertando de nuevo el deseo de María. Al alcanzar la cadera, extendió los dedos y la apesó de forma posesiva antes de volver a acariciar la piel de su vientre hasta llegar a los pechos. Allí, se entretuvo venerando una de las puntas rosadas con la palma abierta hasta arrancarle un jadeo susurrado a la joven. Sin poder contenerse, bajó la cabeza para disfrutar con su lengua de la cúspide del otro pecho. La reacción de María fue inmediata. Un remolino de placer la recorrió de arriba abajo erizándole la piel y endureciendo todavía más sus pezones. Con un reguero de besos, Sean descendió por su cuerpo hasta llegar al vértice de sus piernas, que se abrieron para él. María fue incapaz de permanecer quieta cuando sintió la lengua del escocés deslizándose por el interior de sus muslos. Pero fue cuando lo sintió abriéndose paso por entre sus pliegues que su respiración se convirtió en un torbellino. Con la habilidad que había demostrado con anterioridad, Sean se recreó con el botón de nervios que escondía su sexo hasta llevarla a la cúspide del placer, obligándola a arquearse hacia su boca con las manos aferradas a su cabeza. Después, cuando María consiguió recuperar el ritmo de sus pulsaciones, hicieron el amor de nuevo, sin guardarse nada, entregando en cada roce, en cada suspiro, en cada beso, una parte de sí mismos. Estaban perdidos y, sin querer aceptarlo todavía, ambos lo sabían.

—Duchémonos antes de caer rendidos —propuso Sean dándole un beso perezoso—. Todavía nos quedan restos de sal del baño de esta mañana.

—De acuerdo —accedió María no muy convencida.

—Pero, si no te importa, lo haremos a mi manera, a oscuras. Déjame que sea, por una vez, tu guía en la penumbra.

María aceptó sin pensárselo. Cogida de su mano, lo siguió hasta el baño y allí descubrió que no ver lo que se tiene delante no es impedimento para vivirlo con intensidad. Comprendió que los dedos tenían ojos y que los labios miraban más allá de la piel. Con el agua cayendo sobre sus cuerpos, María tuvo una revelación: Sean se había colado en su corazón por la puerta grande.

* * *

Durmieron hasta tarde, estaban demasiado a gusto enroscados en los brazos del otro como para salir de la cama, pero sus estómagos no estaban de acuerdo con sus deseos y se lo hicieron notar.

—¿Qué quieres que hagamos hoy? —preguntó María con la barbilla apoyada en el pecho de Sean.

—De momento, comer algo para recuperar fuerzas. —Pareció meditar un segundo dándose golpecitos en la mejilla—. Luego, pasar por una tienda de comestibles y volver aquí a pasar el resto del día.

—¿Para qué quieres una tienda de com...?

Alzándola por las axilas, la llevo hasta su altura, le dio un beso en la nariz y, sonriendo, le dijo:

—Porque no pienso volver a salir de estas cuatro paredes hasta que me vaya.

—¿Te vas a perder tu último día en Barcelona? —preguntó melosa.

—¡Oh, no! Precisamente no es eso lo que tengo en mente. Más bien todo lo contrario: aprovechar cada segundo que me queda para saborearte, disfrutarte y llevarme conmigo el mejor recuerdo de Barcelona que uno pueda encontrar: tú.

Tras esa declaración, María sólo pudo entregarse otra vez a sus labios en otro beso incendiario que la calcinó por dentro y la rindió a él sin remedio.

El radiante sol de junio los recibió cuando abandonaron el hotel, ya muy entrada la mañana. Eligieron una cafetería cercana, donde desayunaron contundentemente. Necesitaban reponer fuerzas. Al acabar, recorrieron abrazados las calles aledañas hasta encontrar un colmado en el que abastecerse de algunas cosas básicas para no morir de desnutrición mientras satisfacían otros apetitos. Volvieron con prisa al Majestic, con la compra en una mano y las ganas por todas partes.

Dedicaron el resto del día a dar rienda suelta a sus instintos más primitivos:

sexo, comida rápida, sexo, ducha compartida, sexo, sexo, sexo... Parecía que descubrieran el placer por primera vez. Eran imparables, insaciables, incombustibles.

—Eres toda una experiencia, Sean —le confesó María después de un último asalto... hasta el momento.

—¿A qué te refieres? —quiso saber él mientras sus dedos deambulaban por la cintura de María, incendiándole la piel.

—No he conocido a nadie tan entregado y tan... fogoso —afirmó, repentinamente avergonzada—. Cada vez que hemos hecho el amor, te has esmerado como si fuera la primera, con la misma generosidad, la misma vitalidad...

—Chist, calla —pidió él obligándola a guardar silencio con un beso destinado a fulminar su entendimiento.

Por supuesto que le hizo caso. Se lo hizo hasta que, con la destreza casi extraterrestre de sus dedos, Sean volvió a lanzarla al éxtasis.

Más tarde, ella le devolvió el favor haciendo maravillas con su lengua a la vez que sus manos agarraban con fuerza su excitado miembro.

Se durmieron rendidos después de una jornada entregada por completo a la pasión. El último pensamiento de María antes de que, acurrucada entre los potentes brazos de Sean, le venciera al sueño fue que desearía que ese día no tuviera fin.

* * *

La luz de la mañana entrando descarada por la ventana la descubrió con la cabeza apoyada en el pecho de Sean. Abrió los ojos perezosa y se encontró con la serenidad del rostro dormido del hombre con el que había disfrutado de la mejor y más extraordinaria maratón de sexo que hubiera imaginado jamás. Apoyó la barbilla en su esternón y lo estudió con detenimiento. Si antes de haber conocido a Sean de una manera tan íntima le había parecido un dios del Olimpo, en ese instante lo veía, además, como el ser tierno, cariñoso, sensual, complaciente y muy muy ardiente que había demostrado ser en esas horas compartidas en la cama. Y mucho se temía que decirle adiós esa tarde le iba a costar mucho más de lo que hubiera querido admitir.

—¿Te gusta lo que ves? —la sobresaltó Sean, todavía con los ojos cerrados.

—En serio, no sé cómo lo haces. ¡Estabas dormido! —exclamó la guía dándole un manotazo juguetón en una tetilla.

—Tendrás que torturarme para saberlo.

—¿Torturarte? —preguntó con voz pícaro mientras la mano que descansaba sobre el pecho de Sean comenzaba un lento descenso hasta la ya despierta entrepierna—. No había pensado hacer algo tan cruel —aseguró, pero sus dedos ya le estaban aplicando un devastador tormento.

Sin previo aviso, Sean atrapó su mano y, en un rápido movimiento, se giró, colocándose sobre ella.

—Eres un diablillo juguetón. —Le lamió los labios a la vez que le aferraba la mano libre y la sujetaba junto a la otra por encima de su cabeza—. Voy a tener que darte un poco de tu propia medicina.

Recorrió su rostro con un sinfín de besos, suaves unas veces, ardientes otras, hasta llegar de nuevo a su boca y reclamarla con intensidad. La lamió, la mordió, la rindió... y María capituló encantada.

Horas más tarde, abandonada ya la intimidad de su habitación, sentados en la terraza de un restaurante, mientras hacían tiempo a que Sean tuviera que decir adiós definitivamente a la ciudad en general y a ella en particular, la intensidad de lo vivido juntos pesaba en su ánimo. Callados, esperando la última comida que compartirían, entrelazaban sus dedos sobre la mesa, sin atreverse a poner en palabras sus pensamientos. Fue él quien rompió el denso silencio.

—Sabes que esto no puede acabar así, ¿verdad? —preguntó mientras señalaba alternativamente a uno y otro con la mano libre.

—No sé cómo podría no hacerlo. —Desolada, cerró los ojos durante un segundo antes de abrirlos de nuevo y fijarlos en los de Sean.

—Podríamos, no sé, seguir en contacto —aventuró—. Puedes venir a Glasgow, cuando tu trabajo te lo permita, y vemos qué pasa cuando nos volvamos a reunir.

—Sean, estamos a principios de verano. No voy a tener días libres en meses.

—Ya, lo imagino —dijo acariciándole la parte interna de la muñeca—, pero... lo podemos intentar. ¿Quieres?

—Lo podemos intentar —repitió ella.

Después de almorzar, volvieron al hotel a recoger su equipaje. Como todavía

faltaba una hora y media para ir al aeropuerto, María le sugirió que pasaran por su apartamento a dejar su bolsa. Desde allí podrían tomar un taxi hasta la terminal. Sean estuvo de acuerdo, no tanto por matar el rato como por conocer un poco de la intimidad de su guía.

El piso era pequeño; la entrada, estrecha y diminuta, daba paso al salón comedor que, mediante una abertura en la pared, daba a la cocina. Al llegar, la joven se lo fue «mostrando» conforme pasaban.

—¿Quieres un refresco antes de que nos vayamos? —preguntó soltándole la mano con la que lo guiaba.

Sean dio un paso y tropezó con la mesa de centro que había pasado por alto María. Cuando la joven quiso darse cuenta, él había caído sobre el sofá frente a la mesa auxiliar. Corrió a auxiliarlo y tropezó también, precipitándose sobre él. Después del aturdimiento inicial, los dos reaccionaron con una carcajada. Sean aprovechó que la tenía encima para acariciarle las nalgas por encima de la falda plisada mientras seguían riendo sin poder evitarlo. La caricia se hizo más carnal al tiempo que, poco a poco, cesaban sus risas.

—No quiero irme —confesó Sean con voz lastimera—. Prométeme que no te olvidarás de mí y que vendrás a verme en cuanto puedas.

Quiso admitir que estaba segura de que no podría olvidarlo. Era imposible. No obstante, se levantó y ayudó a que él también se pusiera en pie antes de decirle:

—Lo intentaré.

—Por favor —alargó la mano hacia ella—, recuerda que te estaré esperando.

—Lo intentaré —repitió ella dejando claro que así lo haría.

* * *

Abrazados en el asiento trasero de aquel coche amarillo y negro que los llevaba al aeropuerto, planearon cómo seguir en contacto. Pactaron que, pasara lo que pasase, como mínimo hablarían una vez a la semana. Estaban afligidos, aunque saber que aquello no era un adiós definitivo los reconfortaba un poco.

—¿Qué les vas a contar a tus amigos sobre Barcelona cuando llegues a casa? —María separó la mejilla del hombro de Sean para mirarlo.

—Que he conocido a un duendecillo que ha despertado —bajó la voz para

que sólo ella pudiera oírlo— una parte de mi cuerpo que hacía ya mucho que estaba dormida.

María escondió la cara en su cuello sonriendo, le sopló la piel, agitando con ello esa parte de su anatomía a la que había hecho referencia, y volvió a mirarlo con un brillo travieso en los ojos.

—No te creo, ¿en serio? —dijo al fin.

—No me mires así —le advirtió él—, o vas a provocar que escandalicemos al pobre conductor. —Sonrieron a la vez, aunque con tristeza.

Antes de conducir a Sean al control de equipaje, María buscó a la persona de Aena que se encargaría de acompañarlo por la terminal para asegurarse de que cogía su avión. Una azafata de tierra, rubia y espigada, fue la encargada de hacerlo. La joven caminó con ellos dos hasta la barrera y se retiró unos pasos para darles la suficiente intimidad.

—Te echaré de menos, María.

—Yo también a ti. Mucho.

—No te olvides, tenemos una cita en Internet el próximo sábado.

—No, mucho antes —le advirtió—. En cuanto llegues a casa, llámame. Estaré intranquila hasta que haya hablado contigo.

—De acuerdo, pero será tarde. Sobre todo aquí, con el desfase horario.

—No me importa. Esperaré tu llamada, sea la hora que sea.

La acompañante de Sean se acercó a ellos silenciosamente y le hizo una señal a María recordándole que debían despedirse ya.

—Ya está ahí la azafata, ¿verdad?

—Me temo que quiere que nos digamos adiós ahora mismo.

Sean la cogió por los hombros, la aplastó contra su pecho y le dio un beso apasionado, desgarrado. Quería asegurarse de que le resultara imposible borrarlo de su cabeza.

La última imagen que la joven tuvo de su cliente fue la de su espalda cargada con su pesada mochila mientras arrastraba la maleta con ruedas y la azafata guiaba sus pasos. Las inesperadas lágrimas le entorpecieron ver cómo Sean se giraba y le decía adiós con la mano.

Cabizbaja, aferrada a su bolso y con los ojos inundados, se encaminó a la parada de autobús. Sentía un hueco en el pecho que no podía explicar. Sólo habían sido siete días en compañía de Sean, una semana que le parecía a la vez

una eternidad y un soplo. No entendía cómo ese hombre podía haberse hecho tan especial para ella, pero entonces recordó su sonrisa, su cuerpo atlético, sus comentarios divertidos y, sobre todo, la fuerza que transmitía y se dio cuenta de que no hubiera podido ser de otra manera. Sean era un ser excepcional. Y un amante entregado. ¿Qué iba a hacer ella a partir de entonces?

Para su alivio, el vehículo estaba poco concurrido. No hubiera podido soportar los rostros alegres de los visitantes ni las caras largas de los trabajadores del aeropuerto volviendo a sus casas. Lo que necesitaba era una voz amiga dispuesta a consolarla y darle cariño.

Su primera intención fue llamar a Carmen, pero desechó la idea de inmediato. Sabía lo que le diría su amiga: «Venga, María, que un clavo saca a otro clavo». No entendería, como le pasaba a ella misma, por qué ese escocés, al que acababa de acompañar a coger el vuelo de vuelta a su casa, le había llegado tan dentro, afectándola de la manera en que se encontraba: desolada.

Apoyó la cabeza en el cristal de la ventanilla y cerró los ojos. Una triste y abandonada lágrima se paseó por su mejilla. Levantó los párpados sabiendo a quién debía llamar. Alguien que, sin hacer preguntas, le ofrecería todo su apoyo y su comprensión, su madre.

—¿Dígame? —respondió Ana al segundo tono.

—Hola, mami.

—Hola, cariño... ¿qué te pasa, mi vida?

—¿Qué te hace pensar que me pasa algo, mamá?

—Soy tu madre y conozco todos tus timbres de voz —argumentó ésta con condescendencia—. Y, además, me has llamado «mami» y eso, desde que eras niña, sólo lo haces cuando te pasa algo.

—Tienes razón, algo me pasa, pero no quiero hablar de ello, si no te importa.

—Claro, mi vida, claro.

—¿Me invitas a comer mañana? Como he estado liada con Se... con mi cliente toda la semana, Marisa no me ha programado ningún viaje para mañana. Tengo el día libre.

—Perfecto. ¿Paellita o fideuá?

—Paella.

—De acuerdo, cariño, pues paella. No llegues muy tarde y así me ayudas a cortar los ingredientes... y de paso hablamos... cara a cara.

—Gracias, mami. Estaré en casa temprano. Te quiero.

—Yo sí que te quiero a ti.

Cuando colgó, su ánimo había mejorado bastante. Saber que su madre le ofrecería su hombro para llorar le recordó que no estaba tan sola como se sentía desde que Sean había pasado por el detector de metales.

Llegó a casa tremendamente cansada. Su agotamiento no era precisamente físico. Se dejó caer en el sofá para reposar un rato. Recordó de inmediato que hacía poco había estado en ese mismo sitio jugueteando con Sean, riendo con él, deseándolo con cada fibra de su ser. Se le escapó un sollozo por el que se reprendió a sí misma. No era lógico que se sintiera tan mal por la marcha de un hombre que unos días antes ni siquiera sabía que existía. Sin embargo, si quería ser sincera consigo misma, debía admitir que Sean se le había colado muy dentro en el mismo instante en el que lo vio por primera vez una semana antes.

Con un enorme follón en la cabeza, se dejó seducir por el sueño y se quedó dormida en una incómoda postura sobre el sofá.

* * *

La amable muchacha del personal de tierra que se había encargado de acompañarlo no se fue hasta quedar convencida de que Sean estaba bien instalado en su asiento. Las azafatas de vuelo, advertidas por aquélla, estuvieron atentas a sus necesidades en todo momento. Se podría decir que el vuelo había sido plácido... pero no. Sean no había disfrutado ni un solo minuto de su viaje.

Cuando aterrizaron, la sobrecargo, que había estado especialmente pendiente de él, lo acompañó por los interminables pasillos de llegadas hasta la puerta que daba al vestíbulo del aeropuerto de Glasgow. Enseguida oyó que lo llamaban unos gritos agudos, así como percibió un ladrido potente, pero amistoso, que se acercaban con rapidez a él. Hasta sus fosas nasales llegaron los familiares aromas de su hermana, sus sobrinos y el olor a pelo mojado de *Dark*. Debía de estar lloviendo, para variar. Sin remedio, pensó en la diferencia de clima entre Barcelona y su ciudad. Amaba Glasgow, adoraba Escocia, pero no podía negar que el tiempo no era precisamente el mejor.

Moreen se abrazó a sus piernas en cuanto llegó junto a él. Devon, haciendo gala de su madurez, apartó lo suficiente a su hermana como para poder aferrarse

él mismo a su cintura. Detrás, Mavis le quitó el asa de su equipaje, se acercó todo lo que sus hijos le permitieron y le dio un beso en la mejilla poniéndose de puntillas y alargando el cuello. Cuando los tres lo soltaron, Sean se agachó hasta la altura de su perro y le acarició entre las orejas, ganándose con ello un ronroneo agradecido de su amigo canino.

—Venga, niños, a casa —apremió Mavis alegremente.

—¿Nos has traído algo, tío Sean?

—No sé. —Se hizo el interesante antes de emprender el camino al coche—.

Lo averiguaréis al llegar.

—¿Qué es? —quiso saber su sobrina.

—¿Es algo chulo? —le preguntó Devon.

—Dejad en paz a vuestro tío, que tiene que estar muy cansado del viaje.

—No tanto —dijo él.

—Sólo pretendía darte un poco de tregua, pero tú mismo has cavado tu propia fosa —bromeó su hermana encogiéndose de hombros.

No consiguió quedarse a solas con *Dark* hasta que les hizo entrega de los regalos que les había traído a los niños, a Mavis y a Connor, su cuñado. Los críos se lo habían agradecido con besos y abrazos; Mavis, con un «no tendrías que habernos traído nada, hombre», ilusionada al ver un libro sobre Barcelona que le había recomendado María a Sean.

En cuanto cerró la puerta, se dirigió a su despacho seguido de su perro. Encendió el ordenador después de comprobar la hora en su reloj y conectó Skype.

Con un bostezo perezoso, María cogió el teléfono que no paraba de sonar dentro de su bolso. Cuando se espabiló lo suficiente como para adivinar de quién se trataba, se alegró por primera vez de haberse visto obligada, por razones laborales, a tener la aplicación de telefonía por Internet en su móvil. Casi se le cayó de las manos antes de poder darle a la tecla y contestar.

—¿Te pillo en mal momento?

—No, no, no, ¡qué va! —le aseguró enfáticamente María mientras estiraba la cabeza hacia un hombro y luego hacia el otro—. ¿Qué tal el vuelo?

—Normal. Pesado.

—¿Qué te ha dicho tu familia al verte?

—Mis sobrinos por poco me tiran al suelo. —Sonrió al recordar a esos niños

a los que tanto quería—. Mi hermana, en su línea, me ha hecho el tercer grado para averiguar si he comido bien y si me has cuidado como es debido.

—Y tú, ¿qué le has contestado? —preguntó entre mimosa y aterrada.

—Que has sido muy profesional, que me has enseñado lo más bonito de la ciudad y que me has dejado ganas de más.

—¿De verdad?

—¿Lo dudas? Mis dedos todavía tienen impresa la suavidad de tu piel, los recodos de tu cuerpo, la hermosura de tu rostro... y eso es lo más hermoso de la ciudad.

—¿Sabes? —dijo con timidez—, ya te echo de menos.

—Yo también a ti. Desde el mismo momento en que nos dijimos adiós.

—Sean, ¿crees que es normal?

—No lo sé, María, pero es real. Muy real.

Todavía alargaron la comunicación un largo rato antes de darla por concluida.

A partir de esa noche, era extraño el día que no se ponían en contacto, aunque fuera simplemente para desearse buenos días o buenas noches.

Al contrario de lo que hubiera sido imaginable, su relación, en vez de diluirse con el tiempo, se reforzaba cada vez más. Se confesaban pequeños secretos, se hacían confidencias, hablaban de banalidades o discutían sobre cuál de los dos tenía mejor gusto musical... Cualquier cosa ayudaba a crear una confianza y una complicidad cada vez mayor entre ellos.

Algunas noches, cuando el cansancio todavía no había hecho estragos en María después de uno de sus agotadores *tours*, jugaban a imaginarse que estaban juntos, que se acariciaban de arriba abajo, que sus manos se enredaban en la piel del otro, que sus lenguas alcanzaban la intimidad de sus cuerpos... hasta que de tanto imaginar quedaban rendidos cada uno en su cama al otro lado de la línea de Internet.

El trabajo de María pareció crecer exponencialmente durante ese verano. Turistas de todos los países del mundo se congregaban en Barcelona movidos por su belleza y su clima. A duras penas podía hacer algo más que trabajar. No tenía ganas de ver a sus amigas, salvo en alguna ocasión esporádica para tomar un café. El fin de semana del traslado de Dani a casa de Bruno, en que le pidió a Saray que se hiciera cargo de sus citas laborales, fue por pura obligación. No

podía dejar a su amiga colgada cuando la necesitaba.

A Ana, su madre, no la había vuelto a visitar, por culpa del trabajo, desde aquel domingo posterior a la marcha de Sean. Y a pesar de todo, sacaba tiempo de donde no lo tenía para hablar con él día sí y día también. Eran raras las ocasiones en las que le resultara materialmente imposible hacerlo.

Por su parte, el escocés aprovechaba su verano preparando clases, revisando la documentación que le habían entregado sobre el nuevo proyecto de la universidad y compartiendo tiempo entre sus amigos y su familia. Sólo su madre quedaba al margen. Sus visitas eran escasas porque tendían a acabar en riñas y él no tenía ganas de seguir discutiendo con ella la importancia de ser independiente. Pero la mejor parte de sus días era cuando hablaba con María; esperaba esos momentos con verdadera expectación.

Hacia finales de agosto ya estaba claro que aquello era algo más que un ligue estival y, a pesar de eso, no sabían cómo afrontar las dificultades que suponía tener una relación a larga distancia. Esa noche, después de un agotador *tour* por la Costa Brava, Cadaqués, Figueres y Besalú, María lo llamó, deseando poder explicarle lo cansinos que habían sido los visitantes que le había tocado pasear.

—Estoy harta —le dijo con la voz rota—. Normalmente lo llevo bien, pero la gente de hoy era para darle de comer aparte. Además, hoy te he echado de menos más que nunca. No sabes las ganas que tengo de ir a verte.

—Yo también tengo ganas de que vengas. El sexo telefónico está bien por un tiempo, pero tengo tantas ganas de tocarte que me subo por las paredes — bromeó él, intentando reconfortarla.

—¿Sabes? A pesar de lo pesados que eran, he encontrado a una pareja de Guadalajara que me ha dado una idea. Quería comentarla contigo, a ver qué te parece. —Se desperezó y se rascó el cuero cabelludo.

—Adelante —la invitó a seguir él mientras le acariciaba la cabeza a *Dark*.

—Me han comentado que el año pasado fueron de vacaciones a Escocia.

—Mucha gente viene a Escocia en verano, sobre todo en agosto, al festival de Edimburgo.

—Sí, ya lo sé, pero esta pareja me ha explicado que fue a hacer excursiones con una compañía que hacía *tours* en español. —Se acomodó en el sofá, se colocó el portátil sobre las rodillas y continuó—: Bueno, yo ya sabía que existían estas empresas, claro.

—¿Qué se le ha ocurrido a esa cabeza inquieta, María? —preguntó Sean intuyendo por dónde iban los tiros.

—Al parecer, siempre andan buscando guías y había pensado...

—Ni se te ocurra pensarlo más. Te vienes.

—Sí, ya, pero es que la mayoría de ellas opera desde Edimburgo, no desde Glasgow.

—Seguro que también hay aquí... y, de no ser así, Edimburgo está sólo a una hora de aquí. Puedes ir en tren o en mi coche. —Sonrió divertido—. Ahora entiendo por qué no me he deshecho aún de él; supongo que, inconscientemente, estaba esperando que lo usaras tú.

—¿Yo? ¿Conducir por la izquierda? —exclamó asustada—. ¡No, qué va!

—Bueno, eso ya lo discutiremos. Ven, por favor.

—De momento, voy a enviar currículos a todas las compañías que encuentre en Google y a ver qué pasa.

—Hoy debe de ser un día de noticias, porque yo también tengo una.

—¿Sí? Cuéntame.

Sean deslizó la mano por la superficie de la mesa a la que estaba sentado, hasta alcanzar el vaso de agua que había llevado antes de comenzar su conversación con María. Bebió, con tranquilidad, consiguiendo que María sintiera cada vez más curiosidad. A pesar de no necesitarla, Sean había instalado una webcam para que ella sí pudiera verlo mientras hablaban. Por eso, María sabía que Sean estaba haciendo una pausa teatral para alimentar sus ganas de saber de qué se trataba; le veía el gesto de pillo que era incapaz de disimular.

—¿Y bien? Me estás matando de incertidumbre.

—Está bien, está bien. —Carraspeó un poco—. Señorita Costa, está usted hablando con el nuevo director de proyecto de la Universidad de Glasgow.

—¿En serio? ¿Te lo han dado?

Con cara de satisfacción, Sean afirmó con la cabeza antes de volver a hablar.

—No soy el director exclusivo, claro, pero me han entregado una parte muy importante. Toda la teoría inicial me la han dado a mí. Carlton pondrá en marcha cada una de mis hipótesis para demostrar que son correctas. Otro equipo se encargará de desarrollarlo y, una vez hechas las comprobaciones, seguiremos todos juntos hasta llegar al resultado final.

—Del que no puedes hablar.

—Exactamente.

—Menos mal que a mí no me interesa la física, porque tengo un método infalible con el que podría sacarte toda la información.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Tengo un truquillo o dos escondidos que te harían hablar.

—Cuenta, cuenta... eso me interesa.

La conversación comenzó a desarrollarse por derroteros más íntimos, cada vez más sensuales y ardientes, hasta que ambos quedaron desmadejados sobre sus asientos, con la respiración agitada.

Capítulo 6

El curso se inició a mediados de septiembre, aunque su investigación, propiamente dicha, no empezaría hasta un mes más tarde. Mientras tanto, Sean iba avanzando con todos los documentos que le habían facilitado. Las clases no eran problema. Al final no le habían aumentado el número de horas lectivas, porque en la universidad estaban más interesados en que se centrara en el proyecto.

El primer día de clase coincidió con varios compañeros a los que no había vuelto a «ver» desde que se acabara el curso anterior. Carlton salió a su encuentro en la sala de profesores.

—Un té sin azúcar y con un chorrito de leche, como a ti te gusta. —Estiró la mano para coger la de Sean antes de entregarle su taza.

—Gracias, amigo. —Con la ayuda de su compañero, se sentó en un sillón frente a una mesa baja y dio un sorbo a su bebida—. He estado revisando la información existente sobre el trabajo que nos han encomendado. No es tarea fácil, pero creo que saldremos airosos.

—La facultad ya ha hecho un comunicado de prensa anunciando el comienzo de un nuevo proyecto. —Sopló el contenido de su taza y se la acercó a los labios. Cuando la dejó sobre la mesa, continuó—. Supongo que necesitan financiación y la publicidad puede influir en los potenciales benefactores.

—Eso me pone nervioso. No necesitamos presión externa. Ya tenemos suficiente.

—Ya, Sean, pero si no hay dinero...

—Siempre el mismo problema.

—Siempre —repitió su amigo antes de llevarse la taza a la boca.

* * *

—Saray, ¿has visto el *planning* de la semana que viene? —María abría cajones rebuscando dentro de ellos antes de volver a cerrarlos.

—Creo que lo cogió Óscar para hacer copias.

—Vaya, yo iba a hacer lo mismo. Por cierto, ¿dónde se ha metido?

—Ha salido un momento a tomar un café. —Saray sacó con disimulo un espejo de su escritorio y se estudió en él. Antes de guardarlo, apretó los labios y sonrió a su imagen—. Ha venido Manu a verlo. Al parecer, ayer tuvieron una bronca.

—Ese par siempre está igual. A ver si se aclaran de una vez.

—Óscar es tan orgulloso que es incapaz de reconocer que se muere de celos cuando Manu tiene que irse de viaje.

—Pero si Manu está loquito por sus huesos.

—Sí, eso lo vemos todos menos él.

—Menuda tontería —dijo María negando con la cabeza—. Bueno, pues me voy, que mi grupo llega en poco más de media hora. Por favor, dile a Óscar que no se olvide de dejarme una copia.

—De acuerdo. ¿A qué hora dices que llega tu grupo?

—El avión aterriza a las diez y veinte.

Estaba cogiendo su bolso cuando se le ocurrió que todavía tenía unos minutos para revisar la carpeta de entrada de su aplicación de correo electrónico. Dejó nuevamente el bolso colgando del respaldo de su silla y puso en marcha el ordenador.

—¿No tenías tanta prisa? —Saray le habló sin mirarla. Toda su atención estaba centrada en sus uñas color caramelo.

—Sí, pero he recordado algo —contestó sin especificar a qué se refería.

Entre mensajes publicitarios y alguno del trabajo, encontró uno que le hizo saltar de su asiento. Lo abrió casi temblando y lo leyó más lentamente de lo que el tiempo del que disponía le permitía. Un grito de alegría brotó de su pecho, haciendo que su compañera, que en ese instante se arreglaba el pelo, se girase en su dirección.

—¿Qué pasa, chiquilla? Menudo susto me has dado.

—Nada, Saray. O todo. —Sonrió de oreja a oreja—. Me acaba de cambiar la vida.

* * *

Las clases que le habían destinado a Sean eran muy fáciles de llevar. El primer curso era pan comido para él. Estaba claro que el decano estaba más interesado en su faceta de investigador que en la de profesor. Aun así, después de los meses de vacaciones, y a pesar de haber estado trabajando en casa, se sentía cansado después de todo un día en la universidad. Necesitaba llegar a casa, darse una ducha y salir a pasear con su querido *Dark*, siempre a su lado; de haber sido una persona, su perro sería un gran entendido en física. Pero antes de salir por la puerta, uno de los catedráticos promotores del proyecto se acercó a él y lo detuvo. *Dark*, tan inteligente como siempre, se sentó a su lado, presintiendo que la conversación iba a ir para largo.

—Buenas tardes, McLoud.

—Buenas tardes, Smith. —Intentó disimular su descontento sin demasiado éxito—. ¿Qué se le ofrece?

—Perdone, no le robaré más de un minuto —lo tranquilizó, advirtiéndole su cara de fastidio—. Sólo quería decirle que ya hemos hecho público el comienzo de la investigación. Es posible que algún periodista científico se interese por el tema y se ponga en contacto con usted. Como es lógico, le pido la mayor discreción.

—Lo entiendo. Gracias por el aviso. De cualquier forma, no se me hubiera ocurrido decir una palabra al respecto. —Él mismo se dio cuenta de lo seca que sonaba su voz, así que intentó rebajar la tensión cuando volvió a hablar—. Soy el primero que no necesita que nadie meta las narices en mi trabajo.

—Tengo que decirle que estoy muy satisfecho de que haya aceptado hacerse cargo de este reto que, como usted puede comprender, es muy importante para la universidad.

—Me sentí muy honrado cuando se me propuso.

—¿No le estamos pidiendo demasiado? —preguntó Smith, incómodo.

—Le puedo asegurar que no —contestó Sean, molesto—. Si no necesita nada más...

—No, no. Claro que no. Estaremos en contacto, McLoud.

—Seguro.

Salió tan deprisa del edificio que a punto estuvo de tropezar. Por suerte, *Dark*, siempre atento, lo avisó con un gruñido. Lo que más le importunaba de la tarea que se le había encomendado era tener que bregar con tipos tan condescendientes como Smith. A pesar de que había conseguido ser tan eficiente como cuando veía, todavía quedaban estúpidos que se mostraban indulgentes con él, como si no fuera un científico extraordinario, sino, simplemente, un hombre invidente. ¡Como si eso fuera una tara mental!

El paseo hasta su casa diluyó un poco su mal humor. Caminar junto a su guía canino siempre era una sensación placentera. *Dark* no entendía de valoraciones sociales ni de prejuicios. Sencillamente era fiel a Sean por ser quien era, sin más. Y él sentía por su perro mucho más que gratitud y cariño. Era su apoyo, su compañero. Estaba deseando que se conocieran María y él. Seguro que se gustarían nada más verse.

Llegó a casa y, mientras esperaba a que el *kettle* hirviera para hacerse una taza de té, se desvistió y preparó el chándal que se pondría una vez duchado. Cuando el pitido del aparato lo avisó de que el agua ya estaba lista, preparó la bebida y, en calzoncillos, fue a su despacho a poner su ordenador en marcha. La infusión abrasaba, pero necesitaba de ella antes de meterse en la ducha, así que se sentó frente al ordenador y abrió su gestor de correo electrónico. Era un fastidio tener que oír uno a uno todos los mensajes entrantes, pero había adquirido una gran destreza en desechar los que no le interesaban y llegar a los que eran verdaderamente importantes.

Encontró el de María casi de inmediato. Lo abrió, escuchó la voz metálica que leía el texto y al instante esbozó una sonrisa tan grande que a duras penas le cupo en la cara. *Dark*, sentado al otro lado de la habitación, se acercó a él, descansó la cabeza en sus muslos y esperó sus caricias, que no tardaron en llegar.

—Muchacho, en nada la tenemos aquí.

* * *

Aquella noche, cuando hablaron, sus voces desprendían toda la excitación que les había despertado la noticia de María.

—Buenas noches, Sean.

—Estaba esperando tu llamada con impaciencia.

—¿Qué te ha parecido la noticia? —preguntó María con una mezcla de ilusión y miedo.

—¿Qué me va a parecer? Estupenda. ¿Cuándo tienes que trasladarte a Glasgow?

—Me han dicho que debo estar allí en enero.

—¿Enero? Faltan meses para eso. Yo te quiero aquí ya.

—Impaciente. —Sonrió coqueta—. Voy a ir en noviembre, tal como habíamos planeado. Mi idea es pasar unos días en la ciudad para familiarizarme con ella y... buscar un sitio donde vivir —concluyó con la boca pequeña.

—Estás de broma, ¿verdad?

—No. Iré en noviembre...

—No necesitas ningún sitio —remarcó—. Mi casa es suficientemente grande para los dos.

—Sean, ¿no crees que es un poco... arriesgado?

—No.

—¿Y si no congeniamos? ¿Y si no podemos vivir juntos?

—Tonterías. Tú sabes igual que yo que eso es imposible.

María decidió que ya volverían sobre ese tema en otra ocasión. Por el momento, no le apetecía perder el poco rato que su cansancio le permitía compartir con Sean discutiendo.

—Bueno, y tú, ¿qué me cuentas? ¿Cómo ha ido tu primer día de clase?

—Bastante bien. Los chicos estaban deseosos de empezar y yo, para qué negarlo, también. —Con los codos apoyados en la superficie de la mesa, se frotó los ojos y deslizó las manos por sus mejillas.

—No me lo estás contando todo —dijo María, que empezaba a conocerlo bien.

—No es nada.

—Sean...

—Hoy me han comunicado que se ha hecho público que iniciamos un nuevo experimento en la facultad... y me preocupa que una horda de periodistas científicos quiera meter las narices en el asunto.

—¿Puede pasar?

—Sí, no sería la primera vez. Además, si se sabe que yo soy el responsable de uno de los equipos, se despertará un interés morboso que no tengo ningunas ganas de soportar.

—¿No os han consultado?

—A mí, desde luego, no. —Negó con la cabeza mientras se señalaba a sí mismo—. De todas formas, la facultad lo ha hecho por motivos económicos. Necesitan financiación procedente de capital privado. Mi opinión no hubiera contado para nada, en caso de habérmela pedido.

—¡Vaya!

—No te preocupes. De todas maneras, estoy demasiado contento como para que me amarguen unos cuantos periodistas curiosos. Y hoy todavía lo estoy más, sabiendo que vas a vivir conmigo.

—¡Sean!

La conversación continuó con bromas, anécdotas sobre los clientes de María y la promesa de volver a hablar al día siguiente. Un bostezo disimulado de la chica le indicó a Sean que había llegado el momento de despedirse, aunque su deseo hubiera sido seguir hablando con ella hasta el amanecer.

* * *

Las jornadas pasaban con una plácida rutina para Sean: preparación de sus clases y de la documentación de su proyecto; agradables paseos con *Dark*; de vez en cuando, salir de cervezas con los amigos, y, lo que más esperaba cada día, sus charlas con María..., unas veces largas, otras apenas un saludo. Cada vez se sentía más cerca de ella y estaba convencido de que a la guía, «su» guía, le pasaba lo mismo.

Esa noche había quedado con los chicos para ir al pub de siempre después de trabajar. A Dave lo habían ascendido y querían celebrarlo con una cena y una buena juerga. Sabiendo que María estaría con un grupo extremeño, le mandó un mensaje desde su ordenador de la facultad, también adaptado para él, diciéndole que llegaría a casa tarde y que la llamaría en cuanto le fuera posible.

Antes de salir hacia el bar, como aún era temprano y los otros no aparecerían hasta más tarde, aprovechó que estaba en su despacho para poner orden en la documentación que tenía preparada sobre el proyecto que abordaría unos días

más tarde.

Si había algo que caracterizaba a Sean era su minuciosidad en el trabajo. Lo tenía todo bien organizado, sabía dónde guardaba cada carpeta, cada folio, cada anotación. Eso era imprescindible, especialmente desde que no podía ayudarse con los ojos. Por ello le sorprendió que uno de los dosieres estuviera fuera de sitio. Le extrañó, pero no le dio mayor importancia, lo achacó a algún despiste. De todos modos, trató de recordar la última vez que lo había revisado y, al hacerlo, estuvo seguro de que lo había dejado en su lugar. «Es muy raro», se dijo a sí mismo. Lo volvió a colocar en su sitio, terminó de ordenar lo poco que faltaba y se fue para encontrarse con sus amigos de toda la vida.

Al salir a la calle, el viento frío de finales de octubre lo obligó a abrocharse los botones y subirse el cuello de su parka antes de comenzar a andar. Aunque su perro no hubiese ido con él, no le habría resultado difícil encontrar el pub. Llevaba acudiendo allí ya ni recordaba desde cuándo. Mientras caminaba, como le solía ocurrir, iba pensando en mil cosas a la vez. María pronto estaría allí. Tenía tantas ganas de tenerla cerca que la espera se le estaba haciendo insoportable. Había sido una suerte que, de los currículos que había enviado, hubiera sido precisamente una empresa de Glasgow la que se hubiera puesto en contacto con ella en primer lugar. No podía estar más feliz.

Sin motivo aparente, un pensamiento lo llevó a otro y volvió a extrañarse de que una de sus carpetas no estuviera allí donde debería estar; él nunca era tan descuidado.

—Sean, aquí. —En cuanto entró, oyó cómo lo llamaba Sam desde el fondo del local.

Aunque todavía no estaban todos, no le fue difícil localizarlos por la cháchara que desplegaban. Bob, el camarero que los atendía siempre, le preguntó en voz muy alta:

—¿Una pinta, Sean?

—Sí —contestó él alzando a su vez la voz.

—Para *Dark*, marchando un bol de agua —bromeó Bob.

Nadie objetaba que el perro entrara en aquel establecimiento. Desde el primer momento, sobre todo por lo que el labrador hacía por su amigo, le acogieron como si de un humano se tratara. Además, *Dark* era el mejor perro del mundo, en opinión de Bob; ¡que alguien osara quejarse, si se atrevía!

Sam y Duncan habían escogido una mesa apartada de la entrada, lo suficientemente grande como para albergarlos a todos. Se habían citado los cinco amigos de toda la vida, más alguno que se había sabido hacer un hueco entre ellos, Carlton, por ejemplo. En total, si iban todos los que se esperaba, serían ocho.

Poco a poco, todos fueron llegando y ocupando una silla alrededor de la mesa. Pronto empezaron las bromas, que iban dirigidas a todos en general y a ninguno en particular. Cuando Sean se convirtió en la diana de las pullas, el tema que eligieron sus colegas fue María.

—¿Cuándo dices que viene tu bombón de sol? —Andrew fue el primero en abrir fuego.

—Se llama María y estará aquí el 4 de noviembre.

—Jo, ¡pero si no falta nada! —exclamó Dave, frotándose las manos—. Vamos a conocer a la chica que le revivió la polla a Sean.

—No seas desagradable —protestó éste a la vez que se ponía serio—. María es importante para mí.

—¡Vamos que si lo es! —medió Sam.

—Si seguís así de capullos, no os la presentaré —los amenazó y, sin poder remediarlo, su boca se curvó en una sonrisa.

—¿La vas a tener atada a la cama para disfrutarla sólo tú o es que tienes miedo de que te la quitemos? —preguntó Andrew con ironía.

—Yo me inclino más por lo primero —aseguró Sam.

—Pues yo no descarto la segunda opción —intervino Carlton—. Soy mucho más guapo y mejor en la cama que Sean.

—¡Eso no te lo crees ni tú! —se defendió éste entre risas que todos compartieron.

Dark, acostumbrado a esas voces, descansaba tranquilamente en el suelo, como le gustaba hacer, con las patas delanteras cruzadas y la cabeza sobre ellas. De vez en cuando, cuando los camareros pasaban cerca de su mesa con platos de comida, levantaba el hocico y olfateaba el aire; cuando descubría que aquel olor no era para él, volvía a su posición preferida.

De repente, cuando la juerga estaba en lo más álgido, con los platos medio vacíos y la segunda pinta a medio beber, se hizo un repentino silencio. *Dark* se levantó para ponerse más cerca de su amo y un gruñido bajo se escapó por entre

sus dientes. Sean adivinó de inmediato que algo pasaba. Percibió un empalagoso olor a rosas acercándose que le costó apenas un segundo reconocer. Con calma, les hizo un gesto a sus amigos, pidiéndoles que no se preocuparan, localizó su cerveza en la mesa y dio un sorbo, consciente de que no tardaría en llegarle una voz familiar que hubiera deseado no volver a oír.

—Hola, Sean. Chicos... —Claudia, con su meloso acento norteamericano, su melena rubia lisa enmarcando su rostro y una sonrisa que a todos les pareció falsa se paró un paso antes de alcanzar la mesa a la que estaban sentados.

Sin disimular su malestar, la saludaron todos a la vez; unos con un cortante «hola», otros con un movimiento de cabeza que la hicieron sentir incómoda.

—Cuánto tiempo sin vernos —le dijo su ex a él, intentando ocultar cuánto le había molestado ese frío recibimiento—. Se te ve muy bien.

—Gracias —contestó Sean sin girarse.

Dark percibía que algo no andaba bien, porque su gruñido se hizo más alto. Después del inevitable saludo, los demás la ignoraron por completo y se centraron en sus platos. Sólo Sean, que seguía con la cabeza dirigida al frente, le prestó una ineludible atención.

—Sean, ¿podemos hablar? —preguntó Claudia mirando, cohibida, a los hombres de la mesa.

—Ya lo estamos haciendo, ¿no?

—Quiero decir a solas.

—Mira, Claudia, no hay nada de lo que tú puedas decirme que me interese. Si quieres hablar, hazlo, pero no voy a dejar a mis amigos por ti.

—Es que...

—Di lo que tengas que decir y lárgate.

Junto a él, a su perro se le erizó el pelaje del lomo, dispuesto a atacar tras haber oído el tono severo de su amo. A su espalda, Claudia volvió a mirar a los que hacía tiempo habían sido sus amigos, implorando una ayuda que ninguno estaba dispuesto a ofrecerle. Luego bajó la vista hacia la masa de pelo negro que emitía aquel sonido amenazante antes de hinchar los pulmones y decidirse a hablar.

—Siento lo que te hice, Sean. Lo siento de verdad —soltó y, aunque sonaba sincera, su voz encerraba un sutil matiz que desmentía lo que decía.

—Has tenido más de dos años para disculparte, Claudia. —A pesar de que

odiara que le afectara, en lo más remoto de su alma lamentó que ella, la mujer a la que había amado, hubiera tardado tanto en expresar aquellas palabras.

—Volví a California. Necesitaba poner distancia... pero he pensado mucho en ti. Me gustaría... ya sabes...

Se oyeron un par de toses escépticas entre el grupo sentado a la mesa. Sean negó con la cabeza; era increíble que dijera aquello después de haberlo abandonado cuando más la necesitaba. Con lentitud, giró por fin el cuerpo y dirigió sus ojos sin vida a su cara. Para quien no lo hubiera visto antes, resultaba intimidante lo llenos de luz que parecían.

—No, no sé. ¿Qué quieres decir?

—Podríamos quedar algún día. Vernos...

—Yo hace más de dos años que ya no veo nada —le recordó con voz asombrosamente calmada y fría—. Y, aunque lo hiciera, lo último que querría encontrarme frente a los ojos sería a ti.

Claudia se quedó helada. No esperaba una respuesta tan contundente de un hombre que siempre había sido un ejemplo de amabilidad. Una evasiva hubiera estado más acorde con su forma de ser. Con todo, a pesar de que aquella forma tan grosera de hablarle la había molestado muchísimo, no estaba dispuesta a darse por vencida. Estaba decidida a volver a conquistarlo. Tenía que hacerlo.

—Supongo que no es un buen momento —dijo acompañándose de un gesto de la mano que Sean no pudo ver—. Cuando estés menos sorprendido de verme —hizo un silencio al darse cuenta de lo inapropiada que era esa palabra—, bueno, vaya, que espero que en otra ocasión no te moleste hablar conmigo.

—Adiós, Claudia —concluyó Sean, volviéndose de nuevo hacia la mesa y bebiendo un largo sorbo de su vaso.

No la miraron al marchar, pero, durante unos segundos, el silencio siguió reinando entre el grupo de amigos, aunque sus caras reflejaban el alivio por haberse librado de tan indeseable visita. *Dark* los miró a todos y, notando que ya no estaban tan tensos, se tumbó a los pies de Sean.

—Así que en una semana tienes aquí a la españolita, ¿no? —Sam fue el primero que se decidió a hablar.

—*Sip* —afirmó Sean, también con la cabeza, recuperando el buen humor.

—¿La traerás al pub, supongo? —demandó Dave—. Tenemos que conocerla y darle nuestro visto bueno.

—*Nooop* —negó Sean con su cara más canalla—. Es sólo para mí.

—¿Nunca? —inquirió Duncan, haciendo un divertido puchero—. No nos puedes hacer eso, Sean.

—Bueno, si os portáis bien y mantenéis las manos quietas... tal vez me decida a traerla.

—¡Madre mía! —Carlton se echó las manos a la cabeza—. Sean se nos ha enamorado.

* * *

María lo había llamado tres veces por Skype y, al no obtener respuesta, imaginó que la reunión se habría alargado más de lo previsto. Era tarde y no quería ser pesada. Además, tenía que madrugar. Si él se estaba divirtiendo con sus amigos, era mejor no cortarles el rollo. Ya hablarían al día siguiente. Acababa de apagar la luz de la mesita de noche cuando sonó su teléfono. No dejó que hubiera un segundo tono.

—Hola, Sean. ¿Te has divertido?

—¿Cómo sabías que era yo? —preguntó travieso.

—Intuición —imitó su tono.

—La verdad, lo he pasado bien hasta que...

—¿Te ha pasado algo? ¿Algún problema?

—No. Sólo que ha habido un momento desagradable durante la noche.

—Cuéntame.

—Adivina quién se ha presentado en nuestra mesa para saludar.

—No sé, Sean. No conozco a tus amigos.

—Claudia.

—¿Claudia? —preguntó sorprendida—. ¿Tu ex?

—Sí. Ha venido muy sumisa, a disculparse por lo que hizo tras mi accidente.

—¿Y ha esperado todo este tiempo para hacerlo?

—Me ha dicho que ha estado en California.

—¿Y te lo has creído? Además, que yo sepa, en Estados Unidos también hay teléfonos. —María, muy a su pesar, estaba furiosa. ¿Por qué aparecía esa tipeja de repente?

Sean, siempre sensible a los matices de su voz, trató de tranquilizarla.

—No... Y nada de lo que salga de su boca tiene importancia para mí. ¿Que se quiere disculpar? Pues que lo haga. Me trae sin cuidado.

—Pero ella...

—María, ha sido una desafortunada casualidad que los dos estuviéramos en el mismo pub, eso es todo. —Sonrió sin ganas—. Supongo que se vio obligada a acercarse a saludar... y, una vez allí, creyó que era necesario hablar de lo que pasó hace poco más de dos años.

—No sé, Sean, pero no me lo trago. Por lo que me has contado, tus amigos y tú vais a ese pub desde hace siglos. Es viernes y ella debía de imaginar que habría muchas posibilidades de que estuvieras allí.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé muy bien. —Meditó un segundo—. Sólo te digo que no me gusta ese encuentro fortuito ni que se haya disculpado tan dócilmente como sugieres. Esa mujer, Sean, no es de fiar. —Percatándose de cómo sonaba eso, añadió—: Y no hablan mis celos, de verdad.

Sean recapacitó un momento antes de contestar.

—Lo sé.

Capítulo 7

El día 1 de noviembre, y como su viaje estaba próximo, Ana le rogó a su hija que fuera a comer a su casa para despedirse. Con todo el ajetreo del verano, no habían tenido muchas oportunidades de estar un buen rato juntas.

—Un mes. ¿No te aburrirás tanto tiempo allí? Dicen que está siempre lloviendo.

—No me aburriré, te lo aseguro —afirmó con una sonrisa, imaginando todo lo que haría con Sean en Glasgow—, y tampoco me preocupa la lluvia. Me he comprado un chubasquero precioso con florecitas que estoy deseando estrenar.

—No bromees, que me dejas muy sola aquí.

—Mami, no me hagas chantaje emocional, que no cuela. Tú sola no estás ni un minuto. Con tanta partidita, y tanto taichí, tienes una vida muy ajetreada.

—Bueno, sí, pero te echaré de menos igual.

—Mamá, no me voy al Polo Norte, mujer. Estaré al otro lado de la línea telefónica siempre que quieras hablar conmigo. —Se acercó a ella y la abrazó con fuerza—. Será parecido a cuando, en verano, no tengo tiempo de venir a verte.

—Hummm, no sé.

María le había ocultado a su madre que tenía pensado mudarse a Escocia. Si por unas vacaciones ponía reparos, no quería ni pensar en lo que diría cuando se enterara de su futuro cambio de residencia.

—A ver —dijo acercándose a la cazuela que había sobre el fuego—, ¿qué me has preparado para comer?

—Pollo rustido con patatas.

—¡Qué rico!

—Anda, ve poniendo la mesa, que en diez minutos comeremos.

María sacó un mantel de hilo de uno de los cajones de la cocina y lo extendió sobre la mesa. Cubiertos, platos y vasos fueron ocupando su lugar, mientras Ana terminaba de dar los últimos toques a la comida.

* * *

—Te has superado, mamá —alabó la comida que había preparado su madre —. Creo que esto es lo que más voy a echar de menos cuando no esté aquí. —Y no sólo se refería a ese mes que iba a pasar en Glasgow, sino al tiempo que vendría después.

Tras recoger la mesa, fregaron los platos entre las dos, tal como hacían siempre que se reunían, y, seguidamente, se acomodaron frente al televisor para ver una película. En uno de los descansos, María consultó su teléfono. Había hablado con las chicas el día anterior y le habían propuesto quedar todas en casa de Dani y Bruno esa tarde para despedirse de ella. Efectivamente, había unos cuantos mensajes de sus amigas y otro de Sean en el que le decía que su hermana, en cuya casa estaba pasando el día, se había ofrecido a acompañarlo al aeropuerto para recogerla. Acababa el mensaje con un comentario subido de tono que le arrancó una risa tonta. Al oírla, su madre se giró hacia ella y la miró con curiosidad.

—¿Y esa risita?

—Nada, las chicas —disimuló.

—Parece mentira que con la edad que tenéis sigáis con tantas tonterías.

Ella no contestó, ¿para qué? Ana aún las recordaba saliendo de la escuela corriendo, con las trenzas deshechas y los pantalones manchados de barro. No se daba cuenta de que el tiempo había pasado... Las cuatro eran unas profesionales responsables, unas personas cabales y, sí, todavía unas locas de vez en cuando..., aunque, si lo pensaba detenidamente, ya no tan a menudo como antes. Desde su cumpleaños, las cosas habían cambiado mucho en el grupo. Sus chifladuras quedaron lejos desde que Dani se mudó a casa de Bruno, Merche volvió con novio de sus vacaciones y ella conoció a Sean. Al parecer, el amor las había abducido.

La película, una de esas tediosas de sábado por la tarde, las sumió en un

sopor que las llevó a echarse una siesta reparadora de la que despertaron mucho después de que hubiera acabado el filme. María se desperezó todo lo larga que era antes de mirar el reloj de pared, recuerdo de su abuela y que a ella le parecía horrendo.

—¡Mamá, se me ha hecho tarde! —exclamó dando un brinco en el sofá—. Me tengo que ir ya, que he quedado a las ocho.

—¡Qué prisas, mujer! Todavía falta más de hora y media, no seas agonías.

—Es que me quiero duchar, cambiar de ropa... Vaya, arreglarme un poco.

—María, hija, tus amigas te conocen perfectamente. Si no vas de punta en blanco, tampoco es que se vayan a ofender, digo yo.

—Ya, pero mira cómo voy.

—Preciosa —dijo Ana como si fuera una obviedad—. Te lavas la cara, te peinas un poco, te pintas los morros y estás de pasarela.

María la miró con ternura. Para su madre siempre estaba perfecta. Se acercó a ella en el sofá y la rodeó con los brazos.

—¿Y este achuchón, cariño?

—Que te quiero, mami. Y, ¿sabes qué?, que tienes razón, tampoco voy tan mal de tiempo.

—Pues claro que no, hija.

De todas formas, se duchó en casa de Ana, cogió algo de ropa interior anticuada que todavía conservaba allí y se secó la melena con esa gracia que siempre sabía darle. Al acabar, tenía un aspecto inmejorable.

—¿Ves, hija? Estás espectacular.

—Gracias, mamá. —Se dio un último vistazo frente al espejo del baño y fue a la entrada a hacerse con su bolso del perchero colgado detrás de la puerta.

—Antes de irte, coge el resto del pastel que he hecho de postre. Yo no lo voy a comer y seguro que a tus amigas les gusta.

—Gracias, mamá. Ya sabes lo que adoran ellas tus dulces.

—Pues por eso. Anda, dame un beso y no lo olvides: llámame cuando vayas a coger el avión y también cuando llegues a Escocia..., si no, no voy a estar tranquila.

—De acuerdo.

Volvió a fundirse en un abrazo que duró más de lo normal. Después, María sonrió y salió por la puerta diciéndole adiós con la mano.

Llegó a casa de Dani tocadas las ocho. Estaban casi todos, sólo faltaban Carmen y ella. Sólo había estado en ese piso durante la mudanza de su amiga. Aun así, enseguida reconoció los cambios que había experimentado la vivienda. Las cortinas de cretona pasadas de moda habían sido sustituidas por modernos estores, la distribución de la sala ahora era más armoniosa y, en la pared principal, destacaba una foto de Dani y Bruno sonriendo abrazados.

Al entrar en la sala, encontró a sus amigos sentados sobre unos almohadones en el suelo, alrededor de una mesa baja repleta de canapés, minisándwiches y latas de refresco. A modo de saludo, alzó las manos, enseñándoles el pastel de su madre; lo dejó encima de un mueble antes de coger un cojín del sofá y sentarse ella también.

—Jo, si siempre que viaje me hacéis una despedida así, creo que me voy a ir todas las semanas.

—Ni lo sueñes, guapa —soltó Dani levantando una ceja—. Esto es porque te vas un mes y porque hacía mucho que no pasábamos una noche juntas.

—Creo que la última vez fue en mi cumpleaños, es verdad —recordó ella cogiendo una patata frita.

—Cómo han cambiado las cosas desde entonces, ¿verdad? —intervino Merche con un suspiro.

—Mucho. —Bruno, sentado en medio de las chicas, se giró hacia Dani y la besó en la nariz—. Yo tengo a esta marimandona en casa, revolucionándome la vida —se volvió para mirar a Merche y le guiñó un ojo—, una cuñada que no hace más que suspirar por mi hermano... un hermano que, por cierto, no deja de darme el coñazo para que cuide bien de su novia, y un libro que acabo de sacar al mercado y que tengo que promocionar... Sí, tu cumpleaños cambió muchas cosas.

—Hablando de cambios, Merche, ¿cuándo te trasladas a Dublín? —quiso saber la recién llegada.

—Después de Navidad. Estoy arreglando las cosas para poder volver a Irlanda con Rubén después de las fiestas.

—¡Qué casualidad! —María iba a explicarles que ella también se mudaba cuando sonó el timbre del portal.

Dani se levantó con esfuerzo, la posición le había dormido las piernas, fue a trancas y barrancas hasta la entrada, pulsó el botón del interfono y dejó la puerta

abierta para Carmen. Cuando volvió a su sitio, besó a Bruno en los labios antes de sentarse de nuevo.

—La próxima vas tú —le dijo cuando se separó de sus labios.

Carmen entró como un vendaval, tal como era ella. Desde el quicio de la puerta del salón, los miró a todos con una mueca difícil de interpretar, negó con la cabeza y chasqueó la lengua.

—¡Qué imagen tan bonita! —exclamó irónicamente.

—Buenas tardes, Carmen —saludaron los cuatro a coro.

—Habéis empezado la fiesta sin mí, por lo que veo.

—No, Carmen —replicó Dani, conciliadora. Su amiga había llegado con ganas de bronca y ella no quería líos—. Sólo nos estábamos bebiendo unos refrescos, para hacer tiempo hasta que llegases tú.

Carmen relajó el gesto; era cierto que las fuentes de comida parecían intactas. Además, si lo pensaba bien, no tenía motivos para estar a la defensiva con sus amigas; al fin y al cabo, ella llegaba quince minutos tarde. Bueno, sí tenía motivos. Ellas tenían a un hombre que les calentaba la oreja y ella no. Estaba celosa, ésa era la verdad. Intentó disimular su envidia con un suspiro teatral y se dirigió al sofá para hacerse con el último cojín.

—¿Se puede saber por qué nos sentamos en el suelo? —preguntó mientras tomaba asiento.

—A Bruno y a mí nos ha parecido más íntimo —le explicó Dani con una sonrisa, a la vez que apretaba la mano de su novio con la suya.

—¡Menuda chorrada! —musitó Carmen para sí.

Sus amigas se miraron y negaron con la cabeza. Si Carmen siempre había sido una chinchona, desde hacía un tiempo estaba insoportable. Bruno, que no entendía a qué venía esa actitud tan agresiva, miró a Dani desconcertado. Ella le devolvió una mirada pidiéndole que lo dejara estar, a lo que él contestó encogiéndose de hombros.

—Así que te vas en un par de días, ¿no? —le preguntó Carmen a María, estirando una mano para coger un canapé sin pedir permiso y sin esperar a nadie.

—Tres, para ser exactos.

María les había explicado ya a las chicas que aquel escocés al que había estado guiando en el mes de junio se había convertido en algo más. Era en su casa donde iba a pasar sus vacaciones y pasó a contarles que allí era donde se

trasladaría a partir de enero... algo que le había ocultado de momento a su madre, por miedo a que formara un drama, pero que acabó contándoles a ellas.

—Debes de estar emocionada, ¿verdad? —intervino Merche, que se encontraba en una situación semejante a la suya. Rubén también estaba a kilómetros de ella.

—Mucho. Tengo tantas ganas de tenerlo delante que muchas noches, cuando hablamos, atravesaría la línea y aparecería a su lado para comérmelo a besos.

—¡Madre mía, qué empalagosa! —exclamó Carmen, desdeñosa.

Al oírla, Dani se frotó la frente tratando de contenerse, Merche la miró atónita por su falta de tacto y María entrecerró los ojos y negó con la cabeza... sólo Bruno se atrevió a decirle lo que pensaba.

—¿Qué te pasa, Carmen? ¿No puedes soportar que tus amigas estén enamoradas?

Se hizo un silencio en la sala. El sándwich que Merche acababa de coger quedó suspendido en el aire y, como si se hubieran puesto de acuerdo, las miradas de las cuatro mujeres se centraron a la vez en él: Merche y María, con sorpresa; Carmen, con rabia, y Dani, con una mezcla de admiración y amor.

—¡No, nada de eso! Por supuesto que no —exclamó a la defensiva. Luego pareció darse cuenta de su comportamiento y bajó el tono—. Aunque tenéis que reconocer que os ponéis un poco ñoñas cuando habláis de vuestros chicos —dijo mirando a sus amigas a modo de disculpa.

—Mira, Carmen —empezó a decir Dani suavemente—, cuando tú conozcas a alguien que realmente sea especial para ti, entenderás por qué nosotras nos ponemos tan tiernas cuando hablamos de los hombres de los que estamos enamoradas.

—¡Pero es que todo ha cambiado tanto en tan poco tiempo! —se quejó Carmen con un puchero.

—Es que nuestra vida ha cambiado —le explicó con tono paciente Merche—. Ya no somos las mismas de meses atrás. Dani recuperó, casi milagrosamente, a Bruno, yo conocí a Rubén y todo mi mundo se desbarató... y mira a María, está loca por volar a los brazos de su escocés. Las cosas ahora son así. Estamos enamoradas y, si te parece que nos ponemos tontas cuando hablamos de ellos, no te quieras imaginar cuando estamos a su lado. —Sonrió como si hubiera recordado algo—. Pero eso no impide que, cuando estamos juntas, sigamos

siendo nosotras mismas, las amigas de siempre, que se quieren, se apoyan y — recalcó la conjunción— se alegran de que las demás sean felices.

—Y somos felices, Carmen —intervino María—. Mucho.

—Me he quedado sola —confesó Carmen al fin, derrotada—. No es lo mismo salir de fiesta con tus amigas que hacerlo sola. Ya no es divertido. Os echo de menos. Echo de menos a mis amigas.

—No, Carmen, no estás sola, en eso te equivocas —le aseguró Dani, levantándose de su sitio y acercándose a ella—. Es cierto que ya no salimos de juerga, pero seguimos estando aquí para ti siempre que nos necesites. —Miró a las otras dos y añadió—: ¿Verdad, chicas?

Las tres se lanzaron a abrazarla hasta que lograron que la irascible Carmen derramara una lágrima, emocionada. Mientras, Bruno, que había sido el que había abierto la caja de Pandora con sus preguntas, las miraba con una sonrisa complacida en los labios.

Después de aquel enfrentamiento, las cosas fueron rodadas durante el resto de la velada. Las amigas volvieron a compartir risas tontas, viejos recuerdos e ilusiones nuevas, siempre intentando no dejar a Bruno al margen. Hablaron de los inminentes planes de Merche de mudarse a Dublín hasta que Rubén sacara una plaza en la Universidad de Barcelona, del proyecto de María de trabajar en Glasgow y así estar cerca de Sean, del de Bruno, que tenía previsto hacer una exposición con parte de las fotos de su libro...

Cuando se despidieron esa noche, volvían a ser las cuatro jinetes del jolgorio, las cuatro patas de una mesa, los cuatro puntos cardinales... las cuatro amigas de siempre, unidas por un enorme cariño.

* * *

Los días que le quedaban para su viaje los aprovechó al máximo. Tenía que hacer maletas, preparar documentación, cambiar euros por libras... También quería despedirse de algunos conocidos y, además, tenía pensado trabajar hasta el último momento. Fueron unas jornadas frenéticas, y cada una de ellas sin excepción terminó con una larga conversación con Sean. A pesar de que estaban a punto de volverse a ver, parecía que el tiempo no corría; tenían la sensación de que su rencuentro no se produciría nunca.

La última noche, con las cosas preparadas para la mañana siguiente, ya hechas las llamadas de última hora y con el equipaje esperando en la entrada de su apartamento, María encendió el portátil, se acomodó en el sillón y contactó por Skype con Sean. Dos tonos después, la cara crispada de él apareció en su pantalla.

—Hola, Sean —le dijo frunciendo el ceño—. ¿Pasa algo?

—No..., bueno, sí. —Su boca se tornó una línea y María vio cómo sus puños se cerraban con fuerza—. Claudia ha vuelto a aparecer en mi pub, ¿te lo puedes creer?

—¡Será desgraciada! Ya te dije que esta tipeja busca algo...

—Pues lo tiene claro. No sé qué pretende, pero de mí no va a sacar nada.

—De momento ya ha conseguido amargarte.

—Ya se me ha pasado, de verdad. Oyéndote a ti, se me olvida cualquier problema, sobre todo sabiendo que en unas horas voy a hacer mucho más que escuchar tu voz.

—¿Qué tienes planeado? —preguntó coqueta.

A partir de ese momento, quedó olvidada la inesperada nueva aparición de Claudia; al menos, mientras hablaban.

* * *

Ana se empeñó en acompañarla al aeropuerto a pesar de las reiteradas quejas de su hija. La recogería tres horas antes de la salida del vuelo; si algo tenía su progenitora, era su previsión. Por su culpa jamás llegaría tarde a ningún sitio. El sonido del portero automático le arrancó una sonrisa. Recordó cómo, de pequeña, su madre la despertaba muy temprano, ya con el desayuno preparado, la apremiaba para que se vistiera antes de comerse lo que le había hecho y la mandaba a la escuela media hora antes de que empezaran las clases (cosa que, teniendo en cuenta que el colegio estaba a dos manzanas de su casa, era una exageración), alegando siempre que, a quien madruga, Dios le ayuda. Bajó con prisas, decidida a no hacer esperar a su madre y, entre las dos, cargaron el pequeño Fiat Cinquecento de Ana.

Durante el trayecto hasta la terminal, ésta no dejó de darle un consejo tras otro: que se abrigara, que comiera bien, que no olvidara llamarla con frecuencia

y, lo más importante, que se divirtiera mucho, cosa que María estaba decidida a hacer. Se sintió tentada de anunciarle a su madre que iba a trasladarse a Escocia después de las vacaciones navideñas, pero se lo pensó mejor. Era preferible no abordar el tema hasta que resultara inevitable, pues Ana sufriría antes de tiempo y María quería ahorrarle preocupaciones innecesarias.

* * *

Mavis fue sola a recoger a su hermano para ir a buscar a María, aunque los niños no pararon de insistir en que los dejara acompañarlos. Ella quería estudiar bien a la española; no estaba dispuesta a encontrarse con otra arpía como Claudia y que tratara de engatusar a sus niños. Si, por el contrario, y tal como decía Sean, era una chica digna de confianza, no sólo los dejaría conocerla, sino que le abriría las puertas de su casa. Si había conseguido desanclar a Sean de su hostilidad hacia las mujeres, bien merecía su agradecimiento... pero tenía que estar segura. El que sí los acompañó fue *Dark*, dado que Sean estaba deseando que se encontrara con su chica. Estaba convencido de que congeniarían enseguida. *Dark* tenía un instinto muy vivo para detectar a la buena gente... el mismo instinto que le avisaba de las personas de las que no podía fiarse. Pensando en las dos ocasiones en que había visto a Claudia en el pub, se dio cuenta de que su perro, en cierta medida, lo había advertido contra ella a modo de gruñido. Tenía claro que con María la cosa sería diferente. Ella era diferente.

En el coche, Sean no dejó de moverse, inquieto, y de hablar sin cesar. Le explicaba a su hermana, que lo escuchaba con una paciente sonrisa en los labios, todas las maravillas que se le ocurrían sobre María. En un momento dado que se toparon con un semáforo, Mavis ladeó la cabeza para mirarlo furtivamente. Como siempre, Sean lo notó enseguida.

—Mavis —dijo moviendo la cabeza de lado a lado—, no me mires con condescendencia, ¿quieres? Cuando la conozcas te darás cuenta de lo fantástica que es. No son imaginaciones mías ni nada por el estilo.

—Sean, me sacas de quicio cuando adivinas que te miro aunque trate de disimularlo. —Sonrió desmintiendo sus palabras—. Seguro que es todo lo que dices cuando te tiene tan enganchado, lo único que ocurre es que me hace gracia la pasión que pones al hablar de ella.

—Estoy enamorado —confesó, incluso para sí mismo, por primera vez.
—Eso salta a la vista, hermanito.

* * *

El vuelo sin incidentes no evitó que los nervios de María se dispararan. Trató de distraerse con el libro que llevaba en su bolso, pero, cuando leyó la misma frase por quinta vez, decidió cerrarlo. Con la boca seca y el corazón acelerado, no sabía cómo sería su reencuentro con Sean después de casi cinco meses. A pesar de que se habían mantenido en contacto durante todo ese tiempo y de que su relación parecía haber madurado, la incertidumbre no la dejaba tranquila. Sabía que era una tontería preocuparse, pero eso no impedía que lo hiciera. En un futuro inminente iba a cambiar su vida de forma drástica y ese mes con Sean determinaría cómo se desarrollaría su futuro en Glasgow.

El aterrizaje fue tan perfecto que arrancó algún aplauso esporádico entre los pasajeros de la nave. María tenía muchas ganas de pisar suelo escocés; aun así, esperó pacientemente hasta que llegó su turno de desembarcar. El rosario de pasillos se le hizo interminable, corría más que andaba para llegar al control de pasaportes y ahorrarse así parte de las largas colas que se formaban. No fue muy afortunada en su intento, pero tampoco tuvo mala suerte. Se situó en una de esas filas, no excesivamente concurrida, que, a cuenta gotas, avanzaba sin pausa. Estaba acalorada, no tenía claro si por el esfuerzo por llegar pronto a la cola o por la excitación que la embargaba. Cuando el policía que miró su documentación le dio permiso para pasar sin poner objeción, respiró aliviada. No tenía motivo para preocuparse, pero cualquier cosa, en su estado de nerviosismo, la intranquilizaba. Sólo quedaban unos pocos metros para volver a ver a Sean en persona. Sonrió y comenzó a caminar con decisión.

Mientras tanto, Sean no dejaba de golpear su bastón contra el suelo, presa de la ansiedad. *Dark*, como siempre atento al estado de ánimo de su amo, se movía inquieto; sólo la tranquilidad de Mavis le advertía de que no había peligro alrededor. La mujer sentía una alegría prudente al ver a su hermano tan emocionado. La chica que aparecería de un momento a otro por la puerta de llegadas parecía haber hecho mella en el corazón de Sean y, si era tan buena gente como la describía él, no dudaba de que en breve también se haría un hueco

en el suyo.

Los hermanos McLoud llevaban rato esperando frente a las puertas mecánicas, que no dejaban de abrirse para dar paso a viajeros de todos los puntos del planeta... pero de María, ni rastro. Los paneles de cristal volvieron a abrirse una vez más y Sean lo supo... allí estaba. Lo sintió en cada poro de su piel mucho antes de que ella gritara su nombre, provocando que todo el mundo, incluida Mavis, se fijara en ella.

Capítulo 8

Se quedó momentáneamente inmóvil. Sean, a cinco metros de ella, parecía mirarla con aquellos ojos que, sin ver, cualquiera diría que la atravesaran. Adelantó un pie despacio, pero al segundo paso aceleró el ritmo. Él también empezó a andar, alargando su bastón para advertir a quien tuviera delante de que no le entorpecieran el avance. *Dark* lo siguió fielmente. Los tres se detuvieron a mitad del camino.

—María —dijo Sean con la voz estrangulada.

—Sean —contestó ella con idéntica emoción.

Soltaron lo que tenían en las manos y se fundieron en un abrazo apasionado primero y en un beso tórrido después. Sean, separándose apenas, le cogió la cara y, con extremo cuidado, deslizó suavemente los dedos por cada rincón de su rostro, reconociendo en cada rasgo a la mujer que le había devuelto la ilusión por el amor. Después, cuando se hubo empapado de cada detalle, la estrechó entre sus brazos, alzándola para alcanzar mejor su boca. No podían apartar sus manos del otro, sin importarles quién hubiera a su alrededor. Sólo el carraspeo tímido de Mavis consiguió devolverlos a la realidad.

—Tú debes de ser María —dijo con humor—. He oído maravillas de ti.

La guía se separó un poco de Sean, eso sí, sin soltarle la mano, y sonrió a la mujer que los miraba complacida.

—Sí, soy María. Y tú debes de ser Mavis, supongo. —Volvió los ojos hacia Sean—. Te aconsejo que no hagas mucho caso de lo que dice tu hermano, creo que ha exagerado un poco con respecto a mí. —Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—Ni una chispa —intervino él, radiante de felicidad.

Dark, que también quería participar en el recibimiento, se acercó a la española y frotó el hocico en sus piernas. Al notarlo, María, quien con la emoción del reencuentro no había recaído en él, se inclinó para saludarlo mostrándole el dorso de la mano a fin de que reconociera su olor.

—*Dark*, ¡qué ganas tenía de conocerte por fin!

La respuesta del perro fue un corto ladrido de aceptación.

—Parece que le gustas —comentó Mavis meciendo la cabeza—. No creas que es fácil caerle bien de buenas a primeras.

—Es un chico listo. —Sean alargó la mano hasta encontrar el pelaje de su amigo de cuatro patas para darle una palmada—. Además, ya conoce a María. Ha estado oyendo su voz desde hace meses.

—Ya veo... —Mavis seguía con una sonrisa en los labios. Esa chica parecía buena persona y se la veía tan emocionada de volver a ver a Sean como a él de tenerla de nuevo cerca—. ¿Qué os parece si nos vamos? Debes de estar agotada del viaje.

Ella no contestó. Era cierto que estaba un poco cansada; aun así, llevaba demasiados meses esperando volver a estar con Sean y el agotamiento no iba a impedir que realizara lo que tenía en mente. Mavis supo leer su expresión.

La pequeña comitiva, liderada por *Dark*, emprendió el camino al parking. La pareja, cogida de la mano, andaba, con los cuerpos apoyados entre sí, sin percatarse de lo que ocurría a su alrededor. Mavis, que cerraba la marcha, los miraba, satisfecha con lo que veía. Su hermano había logrado superar otra barrera más, consiguiendo que una hermosa mujer dejara de lado su minusvalía y viera en él lo que realmente era: un ser excepcional.

La mayor de los McCloud dejó que se sentaran juntos en la parte trasera de su coche, a pesar de lo poco que le gustaba hacer de chófer. Con ser la taxista de sus pequeños tenía bastante, pero enseguida se dio cuenta de que, si los separaba, les daría un síncope, así que hizo el esfuerzo.

Los dejó frente a la casa de su hermano, no sin antes arrancarles el compromiso de que comerían con ella y su familia al día siguiente. Sabía que no entraba en los planes de la pareja salir de la cama en mucho tiempo, pero no le importó. Después de conocer a María y haberse asegurado de que era de fiar, ya no le molestaba presentársela a sus hijos y a su marido. María se despidió de ella a la española, con dos besos, y ella, aunque no estaba acostumbrada a esas

muestras de afecto por parte de extraños, los recibió con agrado.

* * *

La casa era grande. La entrada, presidida por un mueble de madera clara, tenía un banco para descalzarse y evitar así manchar la moqueta beige que cubría el suelo. Tras una arcada, un distribuidor ancho, con puertas en dos de las tres paredes, daba paso a las distintas estancias de la planta baja. En la tercera pared nacía una escalera que conducía al piso superior, donde se encontraban los dormitorios y el baño principal. María no vio nada de eso. No le dio tiempo a mirar alrededor. En cuanto se cerró la puerta de la calle, Sean se apoderó de su boca mientras con las manos le recorría la espalda hasta llegar a sus nalgas. Ella le devolvió el beso enfebrecida, tan necesitada de él como Sean le demostraba estarlo de ella. Sin tener noción de nada más que de la pasión que les encendía cuerpo y alma, fueron deshaciéndose de las prendas que cubrían sus cuerpos. El anorak de María salió volando como si las plumas que lo rellenaban estuvieran vivas. La chaqueta de paño de Sean cayó al suelo pesadamente. A patadas, María se quitó los vaqueros, que quedaron colgando de uno de sus tobillos, el pantalón de pinzas de Sean no llegó a sus rodillas. Allí mismo, en el mullido suelo enmoquetado, Sean la atenazó con su cuerpo hasta que, de un rápido y rotundo movimiento, se hundió en su interior abrasándola de exaltación.

Fue un combate rápido, sin concesiones a la ternura; estaban demasiado sedientos el uno del otro. Sólo minutos más tarde, con sus respiraciones luchando por recuperar el ritmo, regresaron las caricias pausadas, los besos cálidos y las palabras cargadas de sentimientos.

Esa noche, ya en su habitación, sin el apremio de la necesidad ni ropa que se interpusiera entre sus pieles, volvieron a hacer el amor, cargando en cada gesto las ganas suspendidas durante demasiado tiempo, hasta que, exhaustos, cayeron abrazados en un sueño satisfecho. En mitad de la noche, la fricción de sus cuerpos volvió a avivar su lujuria y, entre jirones de sueño, se entregaron de nuevo el uno al otro.

* * *

María despertó unos minutos antes que Sean. Como ya hiciera en Barcelona meses antes, dedicó ese momento a estudiarlo. Apoyada en un codo, con el cuerpo girado hacia él, pensó con una sonrisa traviesa: «¡Ya quisiera Apolo estar la mitad de bueno!, y es todo mío».

—¿Se puede saber qué pasa por esa cabecita? —preguntó Sean sin mover un solo músculo de su cuerpo.

—Que soy feliz, muy feliz, ahora mismo —contestó sin sorprenderse ya de la rara habilidad de Sean para adivinar cosas.

—¿Ah, sí?

De un rápido movimiento, la colocó bajo su cuerpo y selló su boca con los labios. Después los paseó por su cara, regándola de suaves besos que siguieron por el cuello y llegaron hasta sus pechos, cuyas cimas fruncidas esperaban impacientes. Ése fue el detonante para que, de nuevo, una fiebre sensual se hiciera dueña de ellos. Sus bocas buscaban dar placer, sus manos lograban llevarlos al frenesí... Cuando el estallido del orgasmo de Sean recorrió su interior, su cuerpo lo acompañó con una sacudida que la dejó momentáneamente sin fuerzas.

Les costó un gran esfuerzo abandonar el cobijo de las sábanas, pero Sean la convenció, prometiéndole un desayuno especial. Se vistió con el pantalón de su pijama; María utilizó la parte superior del mismo. Al bajar, cogidos de la mano, la guía descubrió la ropa tirada la noche anterior esparcida por el suelo de la entrada y, recordando el ímpetu que los había agitado, se sonrojó. Sean, siempre atento a sus reacciones, deduciendo qué estaba mirando ella, le dio un pequeño empujón con la cadera.

—Tendremos que recoger ese desastre, ¿no? —Sonrió.

—Supongo que sí —contestó ella en voz apenas perceptible, provocando que la sonrisa de Sean se ensanchara.

A pesar de que conocía sus habilidades, a María le sorprendió lo bien que se manejaba Sean con los fogones. En menos de diez minutos, delante de ella tenía un plato con huevos revueltos, bacón, tomates fritos, dos tostadas y mantequilla. Mientras Sean preparaba aquel manjar, María hizo café en la cafetera de cápsulas y calentó leche en el microondas, demostrando que eran una pareja bien compenetrada dentro y fuera de la cama. Antes de tomar asiento, Sean llenó el bol de *Dark* y le rascó entre las orejas a modo de saludo.

—Esto está de muerte —lo alabó la joven después de probar parte de lo que había en su plato—. Por lo que parece, la cocina no tiene secretos para ti.

—Bueno, yo no diría tanto. —Rio—. Solo sé hacer lo indispensable para no morir de hambre.

—¿Tienes más habilidades ocultas? —Y no sólo se refería a la comida.

—Algunas ya las conoces —declaró con intención—, aunque todavía tengo algún as guardado bajo la manga.

—Estoy deseando que me lo muestres.

—Y yo, no lo dudes.

Ambos sonrieron a la vez. El labrador levantó un momento el hocico de su pienso para dedicarles una mirada aburrida y volvió a lo que estaba.

Entre los dos recogieron lo que habían utilizado para el desayuno, lo metieron todo en el lavavajillas y subieron a ducharse.

En el amplio baño principal, que María apenas había vislumbrado la noche anterior, destacaba una gran ducha a pie de suelo, sin escalón ni nada que interfiriera el paso. Verla le recordó el cambio de habitación en el hotel de Barcelona. Sonrió sin poder evitarlo. Evocó todo lo que había pasado como consecuencia de aquel cambio y, juguetona, comenzó a desanudar el pantalón de Sean. Cuando la tela cayó al suelo, paseó las manos por el ancho y fornido pecho, moteado de pelo, hasta llegar a su estrecha cintura. En un arrebato, se arrodilló y acunó la palpitante dureza, con las manos primero y con la boca después.

—Me vas a matar —balbució él con un estremecimiento.

Las manos de Sean adquirieron vida propia y se precipitaron hacia la sedosa cabeza de la joven, que en ese momento lo martirizaba con suaves golpes de la lengua en la tersa superficie. Con la cabeza inclinada hacia arriba, entregado por completo a esa boca que lo estaba llevando al cielo, tuvo la certeza de que esa mujer era lo mejor que le había pasado en años.

* * *

Llegaron a casa de Mavis más tarde de lo que tenían planeado. Llevaban mucho tiempo deseando estar juntos y les costó un mundo salir de casa para acudir a la cita. La fina y persistente lluvia tampoco les facilitó el corto camino.

Connor, el cuñado de Sean, les abrió la puerta un segundo antes de que los dos pequeños de la casa aparecieran corriendo frente a ellos. Al ver a María, los niños pararon en seco y la miraron confundidos, a pesar de saber que su tío no iría solo ese día. Intrigados por la recién llegada, ni siquiera recayeron en *Dark*, que era quien siempre captaba su interés.

—¿Tú quién eres? —preguntó Moreen, ganándose un empujón de su hermano.

—María.

Apenas le había dado tiempo de saludar a Connor con una inclinación de cabeza; sin embargo, se agachó hasta ponerse a la altura de la chiquilla, acariciarle un mechón de su suave pelo rojizo y darle un beso en la mejilla. La niña se llevó la mano a la cara, sorprendida. Un instante después, una sonrisa tímida iluminó sus pecosos mofletes. Devon, pendiente de lo que hacían las dos, apretó los labios y achinó los ojos, enfadado por no recibir el mismo saludo. Enfurruñado, hizo intención de girar para adentrarse en la casa; María lo frenó cogiéndolo suavemente de la muñeca.

—¿Eres demasiado mayor como para darme un beso tú también? —Le guiñó un ojo conspirador.

El niño, un hombrecito ya de ocho años, la miró con sus brillantes ojos muy abiertos e ilusionados, decidido a obtener su «premio» rápidamente, pero al ver las caras divertidas de los dos hombres, que no perdían detalle de sus reacciones, cuadró los hombros, alzó la barbilla y puso la mejilla como si no le importara recibir el beso o no. De todas formas, cuando sintió los labios de María sobre su mejilla, sonrió satisfecho a la vez que miraba de reojo a su padre y a su tío.

—¿Qué, Devon —preguntó Sean burlón—, tengo buen gusto?

La respuesta del crío fue un sonrojo repentino que igualó su cara al color de su cabello.

La anfitriona apareció en ese instante por el hueco del pasillo, llamándolos a todos; el asado ya estaba sobre la mesa y se enfriaba.

Los pequeños insistieron en sentarse junto a María, y Sean, muy a su pesar, les dejó hacerlo. Durante toda la comida no dejaron de preguntarle sobre España y sobre cómo había conocido a su tío. Lo querían saber absolutamente todo y María les iba contestando bajo la atenta mirada de Mavis, que la observaba complacida, y de Connor, quien, orgulloso, miraba de soslayo a su cuñado de

vez en cuando.

Estaban a punto de atacar los postres cuando, del bolso de la joven, salió la melodía de *La guerra de las galaxias*, avisando de la entrada de una llamada. María miró a todos indecisa, dudando acerca de si sería correcto o no contestar al teléfono.

—Cógelo, no te preocupes. —Mavis le hizo un gesto con la cabeza, señalando el sitio de donde procedía el sonido.

—¿Dígame? —preguntó sin mirar de quién se trataba.

—¿María? —La voz de Ana sonó intranquila.

—¿Mamá? ¿Pasa algo?

—¿Que si pasa algo? —La intranquilidad se tornó indignación— ¡Pues claro que pasa! No te has dignado llamarme y sabes cuánto me preocupo.

—Perdóname, mamá —pidió avergonzada, dirigiéndoles una mirada de disculpa a todos—. Tienes razón, se me pasó.

—Pues que no se vuelva a repetir o me dará un patatús —soltó Ana, todo dramatismo—. No te olvides de que tienes una madre ni de cómo me pongo si no sé nada de ti.

—De acuerdo, no volverá a pasar. —Un suspiro desganado salió de su boca antes de seguir—. A partir de ahora, te llamaré a menudo. ¿Te va bien así?

—Sí, muy bien. Y, ahora dime, ¿qué tal todo por ahí? ¿El hotel está bien? ¿Llueve? ¿Hace frío? ¿Te abrigas?

Sonrió, su madre siempre sería su madre, con sus miedos y su celo obsesivo, pero la persona que más se preocupaba por ella del mundo. Miró a Sean, que en ese instante se llevaba un trozo de tarta a la boca, y pensó «hasta este momento» cuando lo vio ladear la cabeza en su dirección.

—Todo perfecto, no te preocupes —la tranquilizó antes de contestar su cuestionario—: Llueve, pero no demasiado. La temperatura es más o menos como en Barcelona... bueno, quizá un poco más baja. Y descuida, si hace frío, me abrigaré bien.

—Bueno, pues ya me quedo más tranquila —dijo más relajada—. De todas maneras, hija, si me dices que me vas a llamar, hazlo, por favor. Esperaba tu llamada ayer.

—Lo sé, mami, lo sé. —Puso los ojos en blanco por la insistencia de su progenitora—. Ya te he pedido disculpas. Tienes razón.

—Bien, pues te dejo, que va a empezar una película de Tom Hanks y ya sabes cómo me gusta a mí ese hombre.

—De acuerdo, mami. Disfruta la peli.

—Y tú de lo que estés haciendo, cariño.

Durante la conversación mantenida con Ana, todos los que rodeaban la mesa habían estado atentos a ella. Los niños, por lo extraño que les parecía el idioma que hablaba la amiga de su tío; Connor, intentando rescatar algo de su oxidado español; Mavis, constatando que era una chica cariñosa, sensata... perfecta para su hermano, y Sean... Sean siempre estaba interesado en todo lo que ella hiciera.

* * *

El inicio de la semana instauró una nueva rutina entre ellos. Desayunaban juntos y, mientras Sean y *Dark* estaban en la facultad, ella paseaba, familiarizándose con la ciudad que en breve se convertiría en su hogar. Unos días recogía a sus chicos después del trabajo y otras los esperaba en casa, con una succulenta comida sobre la mesa. Y las noches eran exclusivas para amarse y recuperar el tiempo perdido.

Los amigos de Sean habían insistido una y otra vez en que la llevara una noche al pub para presentársela. Él había conseguido eludirlo durante días, pero fue incapaz de hallar una excusa para el viernes.

Esa tarde, acordó con María que se encontrarían en el pub. Le dio las señas y quedaron a las seis. Ella llegó puntual. Lo buscó por todas partes sin éxito, así que decidió tomar una pinta mientras esperaba. Mirando a la concurrencia, se preguntó quiénes serían los colegas de su... novio y llegó a la conclusión de que debía de ser el grupo formado por varios hombres y algunas chicas que había al fondo del local. No obstante, no se acercó a ellos. Prefería hacerlo junto a Sean.

Los minutos pasaban y, como no aparecía, empezó a impacientarse. Decidió llamarlo, pero, ya cerca de la puerta, volvió sobre sus pasos; no quería parecer una controladora obsesiva. Seguro que tenía una buena razón para retrasarse. Recuperó su lugar en la barra y siguió esperándolo de cara a la puerta.

Sean, tal como ella había imaginado, tenía una buena excusa para llegar tarde. Descubrió, no sin cierta alarma, que otra de las carpetas que guardaba en su despacho no estaba en el sitio donde él la había guardado. Que tuviera dos

descuidos en cuestión de pocos días resultaba muy extraño, demasiado. A partir de ese momento, decidió que las guardaría bajo llave en un cajón de su escritorio. Le molestaba tener que tomar tantas precauciones, pero era preciso descubrir si eran cosas suyas o si alguien estaba escudriñando en sus papeles. Cuando lo tuvo todo en orden, se puso el abrigo y, con una señal, le indicó a *Dark* que se acercara, le puso su arnés y salió de su oficina, no sin antes palpar por todas partes para asegurarse de que todo quedaba a su gusto.

María lo vio aparecer con el ceño fruncido y supo que algo había ocurrido. Con el vaso en la mano, se acercó a él al tiempo que *Dark* la reconocía entre tanta gente y movía la cola, contento.

—Hola —dijo risueña cuando llegó hasta él.

—Hola, perdona que... —Toda la preocupación olvidada.

—No tiene importancia, seguro que tenías una buena razón para retrasarte.

—Sí... o no. Todavía no estoy seguro. Ya te contaré.

—De acuerdo, cuando quieras.

—¿Preparada? —preguntó al tiempo que se cogía del brazo que ella le ofrecía.

—Supongo.

Dave fue el primero en verlos y alertó al resto del grupo, que, como uno solo, se volvió hacia ellos. La recibieron como si fuera una más; si había sido capaz de enamorar a Sean, seguro que era una tía cojonuda. Las chicas enseguida hicieron corro alrededor de ella, presentándose y realizando comentarios sobre los chicos. Ellos, agrupados en torno al escocés, le daban palmadas en la espalda alabando su buen gusto. *Dark*, como siempre, se tumbó en el suelo y agradeció la caricia que le hizo Bob al pasar junto a él con la cerveza de su amo en la mano.

Estaban todos charlando, divertidos, intentando averiguar todo lo que fuera posible de la española, cuando un empalagoso aroma a rosas le ofendió las fosas nasales. Se crispó de inmediato, consciente de a quién pertenecía ese olor. Un segundo más tarde, una mano larga y suave se posó en su hombro.

—Hombre, Sean, nos volvemos a encontrar.

—Es fácil toparnos por aquí —le espetó Sam a la recién llegada—. Si vienes a *nuestro* pub, no es de extrañar —añadió con acritud.

—No sabía que fuera *vuestro* —contestó ella en el mismo tono—. Hay muy buen ambiente en este sitio y no creo que tengáis la exclusiva.

María, sentada al otro lado de la mesa, entrecerró los ojos adivinando quién era esa rubia alta y guapa que tocaba el hombro de su chico. Vio, satisfecha, cómo, sin ningún disimulo, Sean le cogía un dedo con gesto hastiado y le apartaba la mano.

—Pues si tan buen ambiente hay, aprovecha y disfrútalo en otra parte. — Sean cogió una servilleta del dispensador y, sin disimulo, la restregó por donde le había tocado Claudia—. El local es suficientemente grande como para que lo hagas por ahí y no nos molestes.

La norteamericana se quedó momentáneamente sin palabras. Estaba segura de haber oído mal. Era impensable que Sean le hablara de ese modo. Un ruido al otro lado de la mesa hizo que girara la cabeza. Una chica que no conocía acababa de retirar la silla en la que se sentaba y se acercaba a ellos decidida. Al llegar, acarició la cabeza de *Dark*, a los pies de su amo, miró a la rubia con descaro, cogió con las dos manos la cara de Sean y le dio un beso en la boca, tan apasionado que provocó la euforia de todos los reunidos menos de la recién llegada.

—Creo que no nos han presentado —le dijo la española sin mirarla cuando separó sus labios de los de Sean—. Soy María, su novia. —Sonrió al sentir las manos de él sobre sus nalgas. Todos la miraban intrigados por saber cómo acabaría aquello—. Y si vuelves a ponerle un dedo encima, puede que tus cuidadas manos sufran algún percance.

De repente se oyó un estallido de vítores y aplausos.

—¡Bien dicho! —exclamaron unos.

—A ver si se entera de una vez —dijeron otros.

—Menuda la españolita —alabaron los demás, dándose codazos entre ellos.

Claudia, roja de rabia, alzó la barbilla, airada, y dio media vuelta para irse, con tan mala fortuna que tropezó con una pata de *Dark*, que se quejó con un gruñido, y se cayó a cuatro patas delante de María. Al verla ahí tirada a sus pies, la miró satisfecha y volvió a besar a Sean con todas sus fuerzas.

Si antes del percance había sido el centro de su curiosidad, a partir de ese momento María se convirtió en la heroína de todos.

Capítulo 9

Día a día se sentía más integrada en aquella ciudad que, si bien había imaginado fría y gris, se había revelado llena de vida, de matices y muy acogedora. Estaba convencida de que su traslado allí no sería en absoluto traumático, sobre todo si tenía en cuenta que compartiría casa con Sean, y eso, en sí mismo, ya era un aliciente.

Desde la regañina de su madre, la llamaba regularmente un par de veces a la semana, a veces incluso más. También mantenía contacto esporádico con sus amigas, que no hacían más que pedirle que les enviara fotos de todo lo que viera, especialmente de Sean. Ella les hizo caso a medias. Saray también la llamó en una ocasión para preguntarle qué tal le iba y para saber cuándo se reincorporaba al trabajo. Se llevó una sorpresa cuando María le confesó que no tenía intención de volver a la agencia donde había trabajado los últimos tres años. Regresaría a Barcelona, sí, pero sólo para celebrar las Navidades, despedirse de su gente y empaquetar y enviar las cosas que necesitaría en Glasgow. Por el apartamento no tenía que preocuparse. Era de su madre, lo que facilitaría las cosas cuando tuviera que dejarlo.

—¿Sabes?, me deja un sabor agrisado eso de que te vayas. —Saray, al otro lado de la línea, estiró sus largas piernas por debajo del escritorio que ocupaba en Un Paraíso Para Ti, mientras, mirando a todos lados, se aseguraba de que Marisa no asomara la cabeza—. Seguro que a Óscar también le va a entristecer que te marches. ¡Con lo que le gustan tus consejos sobre los chicos!

—En fin, ahora se los tendrás que dar tú.

—¿Yo? Yo no sirvo para esas cosas. Eras tú la que tenía la suficiente paciencia como para aguantar sus lloriqueos.

—Saray, no seas mala.

—Está bien, me callo..., pero que conste que te odio un poquito por abandonarme... aunque me alegro por ti. Ya veo que el escocesito te caló hondo.

—No lo sabes tú bien.

—Pues tendré que descolgarme algún día por allí para conocer al hombre que te ha cazado.

—Cuando quieras.

—Sí, señor Cobas, ya le he preparado la factura —dijo sin sentido Saray.

—Pero ¿qué...? ¡Ah! Ya veo, Marisa anda por ahí, ¿no?

—Sí, sí, claro, señor Cobas.

—Venga, te dejo. Todavía va a querer hablar con el señor Cobas y se va a encontrar con que soy yo.

—Seguro, señor Cob... Puff, se acaba de meter en su despacho. Bueno, reina, ya hablaremos, que ésta va a volver de un momento a otro.

—Perfecto. Un beso. Adiós.

—Adiós, señor Cobas —fue lo último que dijo Saray antes de colgar, provocándole una carcajada a María.

* * *

Una mañana, acercándose ya el día de su vuelta a Barcelona, decidió acompañar a Sean y a *Dark* hasta la universidad. Desde allí, había pensado ir a la sede de su nuevo trabajo y darse a conocer. Andaban por las inmediaciones del edificio en el que trabajaba el doctor McLoud, cuando María detectó algo que le llamó la atención.

—Vaya, me ha parecido ver a Claudia saliendo de la facultad.

—¿A Claudia? —preguntó Sean, extrañado—. No creo. Su trabajo no tiene nada que ver con la enseñanza.

—No sé, supongo que me habré equivocado. Al fin y al cabo, sólo la he visto una vez.

—Por suerte para ti.

—Desde luego. Bien, ya hemos llegado. —Se puso de puntillas y le rozó los labios con los suyos—. No trabajes mucho y, sobre todo, no tardes. Te echo de menos cuando no estás en casa. —Luego se agachó, cogió la cara negra del perro

y se la agitó cariñosamente—. Cuídalo mucho, *Dark*. No dejes que se meta en líos.

—¡Eh! —se quejó Sean—, yo no me meto nunca en líos.

Se besaron de nuevo y cada uno fue por su camino.

Para combatir el frío de la mañana, paseó a buen ritmo por Kelvingrove Park hasta la calle Sauchiehall y, desde allí, siguió recto hasta la calle Buchanan, la más comercial de Glasgow. La agencia de viajes, una oficina amplia y acristalada que hacía esquina con la calle St. Vincent, era visible desde cierta distancia. Había recorrido esa zona con anterioridad, unas veces con Sean y otras sola, pero hasta ese instante no había visitado el que sería su nuevo puesto de trabajo. Después de comprobar su aspecto en el escaparate de una tienda cercana, entró decidida y se dirigió directamente a una chica pelirroja, más o menos de su edad, en cuya mesa descansaba un cartelito con su nombre: Karen Hall.

—¿En qué puedo servirla, señorita?

—Mi nombre es María Costa —se presentó con una sonrisa afable—, y voy a unirme a la plantilla de la agencia a partir de enero.

—Oh, sí —dijo devolviéndole la sonrisa y afirmando con la cabeza—. He oído hablar de ti. Serás la encargada de los grupos de españoles, ¿no?

—Sí, eso creo.

—Fantástico. —Calló un instante y la miró con curiosidad mientras seguía moviendo la cabeza—. Perdona que te pregunte, pero... ¿qué haces aquí, si empiezas a trabajar dentro de mes y medio? —preguntó al fin.

—Sólo he venido a saludar. Estoy pasando una temporada en la ciudad y me apetecía conocer la agencia antes de trasladarme definitivamente. Además, si es posible que me facilitéis información para poder echarle una ojeada antes de incorporarme, pues mejor.

—Ya veo. Pareces una mujer decidida y emprendedora. Eso le va a encantar a John, ya lo verás.

—¿John? —preguntó María sin entender a quién se refería.

—John Starskey, nuestro jefe. —Le guiñó un ojo y continuó—: Le gusta la gente resuelta. Por desgracia hoy no está aquí, le fastidiará no haberte visto.

—Vaya, lo siento. Me hubiera gustado conocerlo.

—Oh, por eso no te preocupes, ya lo harás. A quienes sí te puedo presentar

son a Martin y a Eve, que también trabajan aquí. Mira, por ahí llega Martin.

Karen le presentó a los dos compañeros, que le cayeron bien enseguida y con los que estuvo hablando un buen rato. Sólo la aparición de un cliente rompió la tertulia que tenían montada. Antes de abandonar el edificio, Karen le dio unos cuantos folletos y le facilitó los datos de algunas páginas web para que fuera familiarizándose con el trabajo.

Sean todavía tardaría en salir de la universidad, así que decidió recorrer la calle Buchanan. Era sorprendente el contraste entre el sempiterno sonido de las gaitas y la música moderna, en ocasiones hasta vanguardista, que salía del interior de las tiendas. Cuando se hizo la hora, almorzó en una cafetería, mirando complacida por la ventana el ir y venir de la gente, empapándose del trasiego de una ciudad que estaba comenzado a amar... aunque ni de lejos tanto como al hombre que la había impulsado a cambiar de vida.

Entre bocado y bocado, repasó cada momento desde que se encontrara con Sean en el aeropuerto de Barcelona. Revivió el estremecimiento que le causó, y que le seguía causando, cuando lo vio por primera vez. ¡Joder, estaba buenísimo! Recordó a la mujer que lo acompañaba en esa ocasión. Sabía que no tenía por qué preocuparse por ella, pero saber que ésta había llamado a Sean a los pocos días de volver de sus vacaciones le produjo un pellizco de celos que descartó tan rápido como había llegado; ni café habían compartido aquella lagarta larguirucha y su chico. También volvieron a su cabeza los días paseando bajo el sol barcelonés... las horas bajo las sábanas de su cama en el Majestic... y luego, ya separados, las largas charlas por Skype, el sexo a distancia... Todo inundó su mente entre mordisco y mordisco... y, si le quedaba alguna duda de que Sean se había convertido en el centro de su vida, ésta se disolvió en ese preciso instante.

Satisfecha con el futuro que había elegido, desanduvo el camino hasta llegar a la universidad. Allí, de pie enfrente de la puerta por donde vería salir a Sean y su perro, tuvo un flash de la mujer que había visto esa mañana y que había creído que era Claudia. En realidad, estaba casi segura de que se trataba de ella... pero si Sean decía que era imposible que fuera ella, tendría que aceptar que estaba equivocada. Aun así, ella seguía en sus trece en su fuero interno.

No pudo pensar en nada más que en su pareja favorita cuando los vio salir por las impresionantes arcadas de la facultad. Se le erizó la piel al pensar cuánto significaban para ella los dos; *Dark* se había ganado su cariño, por su carácter

bonachón y por ser el encargado de velar por la seguridad de *su todo*. Porque eso era Sean para ella, *su todo*. Mientras los veía aproximarse (el perro la había detectado desde la distancia), meditó sobre cuánto la había cambiado Sean desde que lo conociera. Aquel aire despreocupado y hasta frívolo que solía tener, aquella búsqueda del placer efímero, aquella falta de compromiso de la que solía presumir, habían desaparecido por completo. Sean, su fuerza, su determinación, su amor, la habían cambiado sin proponérselo. Era una mujer nueva, una mujer mejor por tener la suerte de amar a un hombre tan especial.

En cuanto los tuvo al lado, se colgó de los hombros de Sean y, obligándolo a bajar la cabeza hasta la suya, lo besó con todo el amor, la pasión y el agradecimiento que albergaba su corazón. A Sean no le hizo falta ninguna explicación de aquella muestra de afecto pública. Encantado por disfrutar de semejante recibimiento, le devolvió el beso añadiendo de su cosecha la pizca justa de lujuria como para que desearan correr hasta la intimidad de su hogar.

Esa tarde se amaron con una emoción diferente. De alguna manera, sin explicación aparente, ambos sabían que su relación había cambiado en el transcurso de esa mañana. Esa certeza, sumada a la tristeza que les causaba saber que en pocos días se separarían de nuevo, los llevó a entregar, en cada caricia, en cada beso, en cada gemido, su alma.

Más tarde, esa noche, que se revelaba tan importante para los dos sin que ninguno lo pusiera en palabras, no querían deshacer el abrazo en el que se habían fundido tras hacer el amor. Cambiaron la cama por el sofá, pero siguieron unidos, sin poder evitar tocarse o acariciarse a cada momento. Pidieron una pizza por teléfono, pusieron música *chill out* y comieron pegados el uno al otro. Sin preocuparse por recoger los restos de la cena, volvieron a desatar su pasión con una ternura tal que a María le cayeron un par de lágrimas de felicidad al llegar al orgasmo.

—Te quiero —confesó él todavía falto de aliento.

—Y yo a ti. Te has metido debajo de mi piel. —Frotó la nariz por el pecho húmedo de Sean, empapándose de su olor—. Ya no concibo mi vida sin que tú estés en ella.

—Después de sentir lo que has despertado en mí, sé que nunca, en toda mi vida, he amado a nadie como te quiero a ti.

—No quiero pensar en el tiempo que vamos a estar separados de nuevo. —

María se acurrucó en su pecho.

—No pensemos en eso antes de lo necesario. Todavía queda una semana y pienso aprovecharla hasta el último segundo.

La besó otra vez con un gruñido hambriento que provocó una risa feliz en la chica. *Dark*, al que le encantaba ese sonido ya familiar, se acercó al sofá para participar de aquello que se lo hubiera provocado. Alzó las orejas, alerta, sacó la lengua y la pasó por el hombro de Sean hasta llegar a la frente de María, apoyada en él.

—¡*Dark*, que nos llenas de babas! —protestó su dueño entre carcajadas.

—¡Eh, tú! No te metas con mi perro —imitó su tono ella.

Sean dejó de reír repentinamente, alzó su mano libre y acarició la cara de María, sin dejarse un milímetro por recorrer. Al llegar a la barbilla, la obligó a alzarla para que su boca quedara próxima a la suya; con el pulgar, acarició con cuidado los labios antes de volver a hacerlos suyos.

—Sí —dijo al separar sus bocas—. Lo has convertido en tu perro, como antes era sólo mío. Ahora somos una familia de tres, ¿no es así?

—Sí —contestó ella, conmovida—. Lo somos.

Después de esa revelación, se mantuvieron en silencio, empapándose del tacto de sus pieles, tapados únicamente por la manta de cuadros que usaban en el sofá y meditando sobre las consecuencias de esa verdad que les cambiaría la visión de su realidad.

Tardaron mucho en volver a hablar. Fue Sean quien, con un suspiro, rompió el mutismo.

—María, nunca te lo he preguntado por temor a parecerte un celoso empedernido, pero esta noche, que estamos abriendo nuestros corazones, creo que no debo guardarme esta duda que me corroe.

—Tú dirás, cariño —pidió mientras paseaba el índice por el vello de su musculoso pecho.

—En una ocasión me hablaste de un... ¿cómo lo llamaste? Ah, sí, noviete de la facultad. —Se le notaba cohibido, como si no supiera cómo encarar el asunto—. Lo cierto es que no me importa realmente, nada va a cambiar lo que siento por ti, pero... —suspiró armándose de valor—, ¿ha habido muchos desde entonces?

María miró esos ojos que parecían tan vivos. ¿Cómo decirle que sí, que

durante unos años había vivido unas cuantas (bastantes) noches locas? ¿Qué pensaría? ¿Le dolería? Eso era lo que de verdad le importaba, no lo que pensara de ella, que también, sino que, aun sin tener motivos porque esos ligues pasajeros eran anteriores a conocerlo, se sintiera dolido por su falta de escrúpulos a la hora de acostarse con un hombre. Con todo, si quería cimentar su relación en suelo firme, debía ser sincera en todo momento.

—Sí. Ninguno me importó nada y no sé si eso es peor o no para ti. —Se incorporó como pudo, dada la incómoda posición en la que se encontraba y continuó sin perder de vista los gestos de Sean—. No puedo decir que fuera una promiscua, no más que cualquier otra chica de mi edad, pero tampoco puedo afirmar que fuera una santa. —Tenía ganas de llorar, temía la reacción de él, pero no podía adornar la realidad—. Salía con mis amigas y, bueno... si el chico que se me acercaba cumplía mis expectativas... muchas veces...

—Suficiente —pidió Sean reprimiendo un gesto de rechazo—. Entiendo lo que dices. De hecho, no es muy distinto de lo que hacía yo antes de conocer a Claudia. Quería que me lo dijeras y ya lo sé. A partir de ahora, por eso, preferiría no volver a hablar del tema... —Negó con la cabeza y cerró los ojos, intentando deshacerse de un pensamiento desagradable—. Y si alguna vez se me ocurre la estúpida idea de sacarlo de nuevo, te doy mi permiso para cortarme los huevos —concluyó bromeando para restar tensión.

—¡Uy, eso sí que no! —se sumó ella a la broma, algo que necesitaba tras su confesión—. Ya buscaré yo un castigo ejemplar, uno que no me deje sin uno de mis juguetitos preferidos.

Con la certeza de que ya pocos secretos quedaban entre ellos dos, se fueron a la cama a disfrutar de todo lo que su amor podía inventar.

* * *

La fecha se acercaba inexorable. María debía volver a Barcelona y organizar todo lo que le quedaba pendiente antes de trasladarse definitivamente a Escocia. Aunque la mayor parte de los *tours* no comenzarían hasta primavera, debía volver en enero para familiarizarse con los datos que luego tendría que explicar a sus futuros clientes, así como con el funcionamiento de la empresa en la que trabajaría. Y, sobre todo, volvería a principios de año para iniciar la vida que se

había propuesto llevar junto a Sean.

Con la proximidad de su marcha, tanto los amigos de Sean, que se habían convertido en amigos suyos también, y su familia, que la habían acogido como a una más, deseaban despedirse de ella como se merecía. Mavis tenía prevista una comida para decirle adiós, mientras que sus colegas habían decidido hacer una reunión en su lugar de encuentro favorito para hacer lo mismo.

Era jueves, faltaban sólo dos días para su marcha y María estaba en casa sola, preparando las cuatro cosas que se llevaría en su vuelo de vuelta. Nadie solía llamar al teléfono fijo, sobre todo en las horas en las que el dueño de la casa no estaba. Por eso le extrañó oír el sonido repetitivo del aparato. Lo cogió un tanto recelosa, ¡a saber quién llamaba a esas horas!

—¿Dígame? —preguntó con cautela, mientras con la mano libre recolocaba el recipiente donde solían dejar las llaves.

—¿María? —contestó una voz femenina que enseguida reconoció como la de Mavis—. ¡Claro que eres tú, qué tonta soy! ¿Quién iba a ser, si no?

—Hola, Mavis, tú dirás.

—Verás, ya sé que habíamos quedado mañana para comer, pero... bueno, ha surgido algo y...

—Si no te va bien, no te preocupes —dijo ella un poco decepcionada. Apreciaba a Mavis y los suyos y le daba pena no poder despedirse de ellos.

—No, no es eso —se excusó—. Aunque al ser viernes... con los colegios, el trabajo de Connor, el de Sean...

—Ya entiendo. —Su voz sonaba cada vez más apagada.

—Vamos, que he pensado que si podríais venir esta noche en vez de mañana al mediodía —propuso con incertidumbre, temiendo que se negara—. Ya sé que los chicos os esperan en el pub mañana por la noche, así que la única opción que quedaba era hoy.

—¡Pues claro que iremos! Me habría ido muy triste si no os hubiera podido ver. Mucho.

—De acuerdo, entonces. —Su voz sonó más animada—. No lleguéis muy tarde, por favor... Ya sabes, por los niños, sobre todo, que mañana madrugan.

—Claro, claro. Ahora aviso a tu hermano y le pido que no se retrase.

—Hasta esta noche.

—Hasta luego.

En cuanto colgó, cogió su móvil y le mando un mensaje a Sean explicándole el cambio de planes y, seguidamente, continuó con los preparativos de su viaje.

Tal como le había pedido, Sean llegó temprano. Se adecentó un poco y salieron los tres hacia su cita. Por la falta de tiempo, no habían podido comentar nada sobre cómo les había ido el día, así que aprovecharon el paseo para hacerlo. Sean le habló de la clase de primero y del entusiasmo de algunos de sus alumnos frente a la apatía de otros. Después le contó algunas cosas sobre el ensayo que María no entendió, pero que escuchó con interés. Al parecer se estaban encontrando con algunos problemas que no lograban localizar y que les estaban dando bastantes quebraderos de cabeza. Entre unas cosas y otras, llegaron a su destino.

Justo al alcanzar el porche, María lo vio poner una mueca de extrañeza y menear repetidamente la cabeza.

—¿Qué pasa, Sean?

—Espero que nada.

La guía se encogió de hombros, ya estaba acostumbrada a que Sean la sorprendiera con sus artes adivinatorias. Seguro que había olido algún condimento de la cena de esa noche que no le gustaba... o algo similar. Sin pensar más en el asunto, María llamó al timbre. Como esperaba, al instante se oyeron las voces de los niños y sus pies corriendo por el pasillo. Fue Devon quien les abrió.

—Hola, tío Sean —saludó sin mirarlo y centrando su atención en *Dark*—. María. —Esta vez sí que le dedicó una mirada sonriente—. Pasad, pasad.

Como un buen anfitrión, se hizo a un lado y los dejó entrar. No obstante, Sean se quedó parado en el umbral, incluso cuando el perro ya había comenzado a andar. María, al darse cuenta de que no la seguía, se giró en su dirección.

—¿Qué pasa, Sean? —volvió a preguntar. El rostro serio del escocés se había convertido en una máscara de granito.

—Será mejor que nos vayamos antes de que sea demasiado tarde.

María no lo había visto nunca así. Si algo caracterizaba a su chico era su buen humor y su simpatía. En ese momento parecía el hombre más frío y distante que hubiera conocido nunca. Incluso *Dark* se tensó y gruñó por lo bajo al percibirlo. Estaba a punto de hablar cuando una voz desde el final del pasillo sonó, evitando que ella emitiera sonido alguno.

—Sean, hijo, tenía tantas ganas de verte...

Los hombros de Sean cayeron derrotados antes de que se le oyera decir:

—Tarde.

Una mujer de edad indefinida, más tirando a los setenta que a los sesenta, avanzaba hasta ellos con una sonrisa que a María le pareció forzada... tal vez hasta falsa.

—¡No hay derecho a que tengas a tu madre tanto tiempo sin verte!

—He estado ocupado, madre.

La mujer la miró de arriba abajo con altanería antes de volver a hablar.

—Ya veo. Prefieres perder el tiempo con una... chica, en vez de visitar a tu madre. ¡Muy bonito!

—No es una chica, madre. Es mi novia, María.

Ésta lo miró rezumando amor al oír cómo se había referido a ella.

—¿Tu novia? No había oído hablar de ella hasta esta mañana, cuando tu hermana me ha dicho que tenía un compromiso contigo y con ésta.

—Ésta, como tú dices, se llama María, ya te lo he dicho. Y me gustaría que te refirieras a ella con un poco más de delicadeza, ya que es la mujer a la que amo.

—¿Como la otra?

Mavis, que hasta ese instante se había mantenido al margen, se acercó a ellos con cara de circunstancias.

—Por favor, no discutáis, y menos en la puerta de la calle, donde todo el mundo puede veros y oíros. —Posó una mano sobre el brazo con el que Sean sujetaba a su perro—. Hazlo por mí, Sean.

Sin ningunas ganas, pero sabiendo que eso tranquilizaría a su hermana, dio los dos pasos necesarios para que Mavis pudiera cerrar la puerta. Los críos los miraban a todos sin entender cuál era el problema, pero siendo conscientes de que algo raro flotaba en el ambiente.

—Niños, venid aquí —los llamó Connor desde el fondo del corredor—, y traed con vosotros a *Dark*.

—Sí, mejor alejad a esta masa de pelo de mí —escupió la señora McLoud.

Sus palabras provocaron estupor en todos los que las oyeron. Devon miró a su abuela como si tuviera dos cabezas, y Moreen, que era la que menos entendía lo que estaba ocurriendo, se acercó al animal y le cuchicheó al oído: «No eres

una masa de pelo, eres muy guapo», justo en el momento en el que su tío le daba la correa de *Dark* a su hermano.

—Creo que acompañaré a los niños dentro —susurró María sin saber dónde posar los ojos.

—Me parece perfecto —espetó la mujer mayor—. Aquí tú no pintas nada.

—¡Mamá! —exclamó escandalizada Mavis.

—En eso te equivocas, madre. Ella lo pinta todo junto a mí.

—También decías lo mismo de la yanqui esa que te hizo polvo cuando te dejó.

—No quiero discutir contigo sobre mi vida, madre. —Localizando a su hermana por el sonido errático de su respiración, se giró hacia ella—. Mavis, lamento el espectáculo, aunque deberías haberlo previsto. Nosotros nos vamos.

—No, por favor —rogó la dueña de la casa, pidiéndole ayuda con los ojos a María. Ella se hundió de hombros, incapaz de intervenir.

—Eso, huye como un cobarde. —Su madre sabía dónde dar para hacerle daño.

La atmósfera, cada vez más enrarecida, se podía cortar con un cuchillo.

—No huyo. Lo único que pretendo es no escuchar tu amargura hecha palabras.

—Tendrías que haber venido a mi casa cuando tuviste el accidente —le reprochó la mujer.

—¿Y depender de ti para que te sintieras útil? —Negó con la cabeza—. Nunca, madre. Desde que papá murió, nos hiciste la vida imposible a Mavis y a mí..., especialmente a mí.

—No sabes de lo que hablas.

—¿No?

—Sean, por favor —intermedió su hermana—, mamá...

—Lo siento, Mavis, pero es la verdad y necesita oírlo. Si no lo domina todo, si no es ella el centro del universo, si no nos tiene a todos bajo su control, hace lo indecible para atormentar a quien se le resiste. Yo no necesito esto.

—Tú cállate —le ordenó a su hija, hablando a la vez que lo hacía Sean—. Y tú eres un pobre ciego que precisa que lo cuiden —arremetió ella, consciente de cuánto podía herir a su hijo y sin importarle hacerlo—. Solo no eres capaz de salir adelante —añadió casi con desprecio.

—No sabe de lo que habla, señora. —María ya tenía bastante con lo que había oído. Esa mujer no merecía unos hijos tan maravillosos como Sean y Mavis, ni ser llamada «madre»—. Sean es un hombre muy capaz de valerse por sí mismo y, de hecho, lo ha demostrado con creces.

—¿Quién te ha preguntado a ti? —le espetó con rabia, mirándola por encima del hombro—. Amé a tu padre con toda mi alma —afirmó volviendo a dirigirse a su hijo—. Tras su muerte, os saqué adelante lo mejor que pude. Tú tienes una carrera que me costó sangre, sudor y lágrimas, y tu hermana también. No lo olvides.

—¿A costa de qué? —intervino Mavis con amargura—. Te quiero, mamá, y he comprendido siempre que debió de ser muy duro para ti perder a papá tan pronto y tener que hacerte cargo de dos hijos tú sola. —Se llevó la mano a la frente para mitigar el dolor de cabeza que le estaba sobreviniendo—. He defendido tu postura frente a Sean, siempre... pero él tiene razón. No has hecho otra cosa que culparnos en silencio de la muerte de papá y ya está bien.

Fue entonces cuando la figura de Connor, que no habían visto acercarse, se posicionó junto a su esposa.

—Se acabó —concluyó tajante, pero sin levantar la voz—. Esto se termina aquí y ahora. No voy a tolerar que le amargue a mi mujer ni un minuto más. María y Sean tampoco se lo merecen y esta cena es en honor a ellos. Le agradecería que cogiera su abrigo y se fuera de mi casa. No le estoy cerrando las puertas —advirtió—, su hija es su hija y lo seguirá siendo siempre, pero, si no sabe comportarse medianamente, no la quiero aquí.

—No, Connor, somos nosotros los que nos vamos —afirmó Sean.

—Ni hablar. La cena que Mavis ha preparado con tanta ilusión es para despedir a María y así va a ser. —Miró a su suegra con la determinación grabada en las facciones.

—Está bien, si preferís a una advenediza antes que a mí, no me interesa seguir aquí.

Los tres la vieron coger su abrigo del perchero mientras Sean se mantenía impertérrito en su sitio. Cuando la sintió acercarse, se hizo a un lado y le dejó abrir la puerta. Su madre se paró a su lado un instante.

—Te dejaré igual que hizo la otra. Yo nunca te abandonaré.

—No, madre, no lo haré. Y tú ya lo hiciste hace muchos años.

Después de eso, los ánimos no estaban para celebraciones. Cenaron tratando de disimular su incomodidad a fin de que los niños, que ya estaban suficientemente alterados con todo lo que habían oído, no notaran lo afectados que estaban. Fue *Dark* el que consiguió distraerlos a todos con su serenidad.

Capítulo 10

Después de aquella velada tan tensa, no tenían ganas de salir el viernes; sólo su deseo de ver a sus amigos los movió a hacerlo. Fue un acierto, porque ellos lograron hacerles olvidar los amargos momentos vividos la noche anterior. Todo fueron bromas, buenos deseos, cervezas y, al terminar, a María se le escapó alguna lágrima suelta por tener que decirles adiós durante un tiempo.

A pesar de las protestas del grupo, se retiraron temprano. Era la última noche que iban a pasar juntos en más de un mes y la querían disfrutar a solas, en la intimidad de su habitación. En el camino a casa, abrazados y susurrándose palabras apasionadas, Sean le sugirió, murmurándole al oído, que tratara de volver antes de lo que tenía previsto. Entendía que quisiera pasar las fiestas navideñas con su gente, dado que a partir de su vuelta a Glasgow estaría lejos de ellos durante largas temporadas, pero le habló de lo duro que le resultaba estar sin ella.

—Sé que puedes pensar que soy un egoísta, pero, el mero hecho de imaginar tenerte lejos, me pone malo.

—Si puedo arreglarlo todo a tiempo...

—Tienes que comprar ya el billete de avión, no puedes tardar en decidirte — le recordó estrechándola bajo su brazo.

Su respuesta fue acurrucarse todavía más y apretar la mano que rodeaba la cintura de Sean.

—¿Tienes frío? —le preguntó él.

—No. Es sólo que te quiero.

Llegaron a casa con las prisas que les imprimía la necesidad de sentirse, de amarse, de entregarse el uno al otro una vez más. Al traspasar la puerta, *Dark*,

tan listo como era, se retiró a su rincón en cuanto le quitaron el arnés. Subieron abrazados los peldaños que los separaban de su refugio y, al alcanzarlo, desataron toda su pasión.

Siempre hacían el amor a oscuras, Sean no necesitaba la luz y a ella no le importaba guiarse sólo por la escasa claridad que se filtraba por el ventanal de su cuarto, pero esa noche María quería verlo. Verlo bien. Contar las pecas que dibujaban su espalda, repasar con la yema de los dedos las señales de antiguas cicatrices, observar la perfección de su bien formado torso, su expresión al tocarla, su cara de placer al derramarse dentro de ella..., deleitarse con cada músculo, cada hebra de pelo, cada mueca. Todas y cada una de las imágenes que Sean, y sólo él, podía ofrecerle. Fue un regalo para sus ojos al mismo tiempo que la magia de las manos de Sean lo fue para su cuerpo y, cuando al fin los dos quedaron satisfechos, relajados y felices, también fue un regalo para su alma. Recuerdos que guardaría con ella hasta que tuviera la suerte de volver a atesorar unos nuevos junto a él.

Se durmieron abrazados, sintiendo en cada poro de su piel la proximidad del otro. Ya de madrugada, la necesidad los llevó de nuevo al frenesí y volvieron a amarse dando en cada caricia, en cada beso, en cada envite, en cada estremecimiento, una parte de su alma hasta que terminaron por entregarla por entero.

Como Mavis tenía que llevar a los niños a un cumpleaños en el que pasarían toda la tarde, quedaron con Andrew, pues éste se había ofrecido a acompañarlos al aeropuerto. Los recogió antes del mediodía, con la intención de comer antes los tres juntos. Cargaron el ligero equipaje en la parte trasera del coche, un todoterreno que su amigo utilizaba en su labor de biólogo, entre los cachivaches que necesitaba en su trabajo y subieron al vehículo para dirigirse a Troon, un pueblo costero a escasos kilómetros de Glasgow Prestwick, aeropuerto desde el que salía el vuelo de María. Allí había algunas tabernas dignas de los más selectos sibaritas.

Aparcaron cerca del local que había escogido Andrew; según él, el que hacía el mejor *fish and chips* de la zona.

—¿Crees que dejarán entrar a *Dark*? —preguntó María, preocupada. No estaba dispuesta a dejar a «su» perro encerrado en el coche ni en broma.

—No creo que le pongan pegas a un perro guía —argumentó su amigo,

dándose cuenta de que no había pensado en ese detalle—. Entraré yo primero a preguntar. Esperadme aquí.

Al quedarse solos, Sean, apoyado en su hombro, la estrechó contra su cuerpo y se impregnó del suave aroma que desprendía su cabello.

—Voy a echar de menos este olor.

—¿Sólo añorarás mi olor? —preguntó exhalando una nube de vaho, producido por el frío, que alcanzó a Sean.

—Voy a estar muriéndome por dentro hasta que vuelva a tenerte así, entre mis brazos. Cada segundo que pases lejos va a ser un castigo para mí.

—Y para mí —admitió ella, poniéndose de puntillas y besándolo en los labios.

—¡Eh, pareja! Ya vale, ¿no? Buscaos un hotel —bromeó Andrew saliendo de la cantina—. Lo dicho, ningún problema, *Dark* es bienvenido aquí.

El ambiente que los recibió al abrir la puerta del local era cálido, en contraste con el helor que dejaban fuera. La luz tenue que lo envolvía todo no le permitió a María fijarse con detenimiento en la decoración mientras seguían al camarero que los guiaba hasta a su mesa. *Dark*, inexplicablemente, tiraba inquieto de su correa, lo que le valió una pequeña reprimenda por parte de su amo.

—¿Qué te pasa, chico? Tienes que portarte bien.

Lo que le ocurría al perro lo descubrieron un momento después. Para su sorpresa, todo el grupo de amigos los estaba esperando al fondo del comedor, sentados alrededor de una gran mesa redonda.

Fue una nueva y agradable despedida que tuvieron que acelerar por miedo a llegar tarde al aeropuerto. Todos, sin excepción, decidieron acompañarlos hasta la terminal. Por un lado, para estar con ella hasta el último momento y, por otro, para no dejar a Sean sin su apoyo tras la partida de María.

Fue un «hasta luego» menos duro de lo que imaginaba a priori. Ver allí a los que en tan poco tiempo se habían convertido en sus amigos, demostrándole sin palabras que se asegurarían de que para Sean la separación fuera más llevadera, se lo hizo más pasable. No obstante, cuando llegó el instante ineludible de alejarse de ellos, y en especial de su chico, se le partió el corazón. El último beso, uno que hablaba de un amor incondicional, fue el último adiós.

* * *

La llegada a Barcelona fue triste, muy triste. Nadie acudió a recibirla, ni siquiera su madre, que la esperaba en su casa. En el trayecto en bus hasta allí, con la cabeza recostada en la ventanilla, el paisaje se le antojó menos atractivo que antes de su marcha. Nada le parecía ya lo mismo sabiendo que Sean estaba a miles de kilómetros de donde se encontraba ella. Un aluvión de preguntas se le agolpó en la cabeza... «¿Qué estará haciendo? ¿Habrá llegado bien a casa? ¿Se sentirá tan desconsolado como lo estoy yo? ¿Y *Dark*? ¿Me echará de menos?» Pensar tanto en él la empujó a coger el móvil y llamarlo.

—¿María? —contestó él al segundo tono—. ¿Cómo ha ido el vuelo?

—Bien... bueno, un poco pesado y triste. Te he añorado a cada momento.

—Yo también a ti. ¿Has llegado ya a tu piso?

—No. Todavía estoy en el autobús. De todas formas, pasaré a ver a mi madre antes.

—Cuando llegues, sea la hora que sea, llámame. Tengo cosas que decirte que no deseo que escuches rodeada de gente.

—¿Cosas? ¿Qué cosas?

—Que te quiero, por ejemplo.

—De acuerdo. En cuanto llegue, te llamo.

La visita a su madre, aunque corta, estuvo repleta de besos y abrazos. Se habían echado tanto de menos... Se querían mucho, muchísimo. El recuerdo de lo acontecido el último día que habían estado en casa de Mavis la entristeció terriblemente. Sean no disfrutaba ni de lejos de una relación como la que ella tenía con su madre; sin embargo, estaba convencida de que Ana lo adoptaría como hijo propio cuando lo conociera.

Sentadas una frente a otra, mientras se explicaban todo lo que habían hecho durante ese mes que habían pasado sin verse, María no dejaba de recordar las duras palabras que tuvo que escuchar de dos personas que se suponía que se querían. Como un resorte, saltó de su asiento y se arrodilló a los pies de Ana para agarrarla por la cintura y posar la cabeza en su pecho.

—Te quiero, mami —le dijo emocionada, levantando la cabeza para mirarla con ojos llorosos.

—Oh, cielo, yo también te quiero. ¿Qué te pasa, mi vida?

—Nada, en realidad. Sólo que me alegro de que seas mi madre.

—Yo también me alegro de que seas mi hija —le acarició la cabeza con cariño—, pero mejor siéntate, que te vas a dejar las rodillas hechas una pena, anda.

Siguieron conversando un rato más hasta que María le anunció que se iba; era ya muy tarde, estaba cansada y todavía le quedaba un trecho para llegar a su casa. Antes de irse le prometió que volvería pronto a verla.

Se guardó que tenía previsto mudarse a Escocia. No era el momento. De todas maneras, no tardaría en contarle sus planes, no sería justo para Ana saberlo a última hora. Además, ¿quién mejor que su madre para ayudarla a acelerar los preparativos?

En cuanto puso los pies en su apartamento, dejó el equipaje sobre el sofá y, mientras el ordenador se ponía en marcha, se quitó el anorak y las botas. Se sentó con el portátil sobre el regazo y llamó a Sean, que no tardó en contestar a su llamada de Skype.

* * *

Los días que siguieron los aprovechó para ver a sus amigas, quienes no dudaron en hacer un hueco en sus obligaciones para quedar con ella. Era duro decirles adiós, pero, ¡qué caray!, Glasgow estaba a dos horas y media de vuelo y María no pensaba dejar de visitarlas siempre que le fuera posible.

También acudió a Viajes Un Paraíso Para Ti para anunciar que ya no volvería. Sus colegas de trabajo, Saray, que ya estaba al corriente, y Óscar, se apenaron mucho al saber que ya no la tendrían como compañera, aunque los tres estuvieron de acuerdo en mantenerse en contacto. Por el contrario, Marisa, su jefa, se mostró fría y distante. Al fin y al cabo, la dejaba colgada y con la necesidad de contratar a otro agente, con lo difícil que resultaba encontrar uno bueno.

Visitaba a su madre a menudo; no tardaría en irse y necesitaba tenerla cerca el máximo tiempo posible. En una de sus visitas, se armó de valor y le confesó sus planes.

—Mami...

—Uy, mami... Algo pasa cuando me llamas así.

—Tengo que contarte algo. —A golpes de dedo, se arregló el flequillo sin

necesidad—. Verás...

—María, hija, si te andas con tanto rodeo me voy a empezar a asustar —soltó la mujer, juntando las manos sobre el pecho—. Venga, hija, habla ya.

—Me ha contratado una agencia de viajes en Escocia —dijo de corrido—. Voy a ocuparme de los *tours* para españoles y...

Ana, con los ojos como platos, la miraba abriendo y cerrando la boca como un pez.

—Pero... pero...

—Y hay más, mami.

—¿Más? —A la pobre empezaron a humedecerse los ojos sin haber podido decir gran cosa.

—Sí... —María se acercó a ella, le cogió las manos que tan fuertemente tenía entrecruzadas y le besó los nudillos—. Me voy el día 2 de enero.

—¡Pero si eso es ya!

—Sí. —Reforzó sus palabras suavemente con la cabeza—. Y aún me queda otra cosa por decirte.

—Anda, otro disgusto más, seguro.

—No sé si lo es, mamá. Para mí, desde luego, no. —Y le explicó todo lo referente a Sean.

Al hablarle de su ceguera, Ana ató cabos enseguida. Aquél era el turista al que había estado acompañando su niña en junio. ¿Qué tendría el gachó? Muy buen mozo tenía que ser para conquistar de esa manera a su hija y arrancarla de su amada Barcelona y de su lado. Pero lo entendió, claro. El amor movía montañas y ella lo sabía muy bien. Siendo muy joven, en su Málaga natal, conoció a un recluta muy guapo del que se enamoró y por el que se mudó a la Ciudad Condal para convertirse en su mujer: Pedro, el fallecido padre de María.

Esa tarde, al despedirse, ambas, madre e hija, lo hicieron con el alma encogida.

Otra forma de ocupar su tiempo fue haciendo las compras navideñas. Buscaba sin tregua el regalo más acertado para todos, poniendo especial atención en los niños, que eran los protagonistas de esas fechas festivas. No se olvidó de Mavis, de Connor ni de los integrantes del grupo de amigos que había dejado en Glasgow y que tan bien la habían acogido. A Ana le compró un colgante de plata y un libro de una escritora gaditana que ella sabía que le gustaba mucho. Para

Dark, un hueso de pellejo para que se distrajera royendo. Y para Sean... no lograba encontrar algo que resumiera lo mucho que lo quería. Tuvo que andar mucho hasta dar con lo que buscaba. Una tarde entró en una librería de viejo, sin ninguna esperanza, sólo por el placer de percibir el olor del papel antiguo y ojear por los anaqueles repletos de historias. Su sorpresa fue enorme al hallar un viejo ejemplar en braille (¡y en inglés!) de los sonetos de Shakespeare. Aquello sí que era un golpe de suerte, un obsequio que el destino ponía frente a ella. Sin dudar, se lo compró.

Después de toda una jornada repleta de actividad, llegaba a casa cansada, pero todavía le quedaba ánimo para empaquetar sus pertenencias y, sobre todo, para compartir un rato de charla, y algo más, con su chico.

* * *

—No tiene explicación —se desesperó Carlton por tercera vez esa mañana cuando los resultados de sus análisis no fueron los esperados—. ¿Dónde está el error, Sean?

—No tengo ni idea. Repasé todas las tesis antes de empezar con el proyecto. Todo estaba en orden y parecía viable.

—Pues nos hemos equivocado en algún parámetro. Se te debió de pasar algo por alto.

—Venga, Carlton, sabes lo concienzudo que soy en mi trabajo. El problema proviene de otro lado.

—A mí no me mires —se defendió su compañero apretándose las sienes con las palmas de las manos—. Tendré que revisar de nuevo el trabajo del equipo. No estaría de más que tú repasaras la documentación, por si se te coló algo por descuido.

—Sé que no es así, pero, de todas formas, lo haré. De no detectar ninguna anomalía, deberíamos repasar la traducción de braille a escritura alfabética, por si tiene fallos.

—Me parece bien. Ocupate tú de tu parte y yo lo haré de la mía.

Aquella conversación crispada, derivada de la falta de resultados en los estudios que estaban realizando, le recordó a Sean los incidentes en su despacho. ¿Podría ser? No quiso alertar a nadie, de momento. Repasaría todos y cada uno

de los dosieres que guardaba en el cajón de su mesa antes de dar la voz de alarma. Esperaba que sus sospechas se quedaran en eso, en sospechas... aunque...

Dark y él salieron del laboratorio camino a su despacho, algo retirado de allí. Abrió el cajón donde guardaba los estudios preliminares del experimento y, con ellos bajo el brazo, abandonó la facultad. Tenía mucho trabajo por delante.

Esa noche, la llamada que mantenía a diario con María fue breve. Él le explicó por encima las dificultades con las que se estaban encontrando, por lo que ella lo instó a que siguiera trabajando para evitar terminar demasiado tarde. Sean le agradeció, aunque le fastidió, cortar tan rápidamente la conversación.

Pasó parte de la noche y hasta bien entrada la madrugada repasando concienzudamente los informes, hasta que detectó un par de incongruencias que podían ser el motivo de las pegas que se estaban encontrando. Incongruencias que no estaban allí cuando él lo preparó todo tiempo atrás. Aquello confirmaba que alguien, desconocía quién, había estado manipulando los papeles. Pero ¿quién? Toda la información que pasaba por sus manos estaba escrita en braille y, salvo en rehabilitación, no conocía más ciego que él mismo, especialmente en la universidad. Corrigió los errores y se propuso alertar a todos los involucrados en el proyecto de que unas manos ajenas estaban tratando de sabotear su trabajo.

Al día siguiente, con todos los implicados sobre aviso, reanudaron el estudio extremando las precauciones. El decano les aseguró que pondría todos los medios a su alcance para que nadie ajeno al proyecto pudiera acercarse a la documentación. Se lamentó de no disponer de fondos suficientes como para instalar cámaras en los lugares susceptibles de ser violados, pero les aseguró que contrataría a más personal de seguridad. Algo más tranquilos, siguieron con sus pruebas y por fin, desde que comenzaran, empezaron a cosechar algunos éxitos.

A miles de kilómetros de allí, María casi lo tenía todo listo para el envío por camión de sus cosas. Su madre, tras el disgusto inicial, parecía haberse conformado al saber que se mudaba a Glasgow por amor y que el trabajo era sólo una excusa. No en vano, Ana había hecho lo mismo años atrás.

Esa noche pactó con Sean que mandaría sus pertenencias a casa de Mavis, ya que en su casa era más difícil encontrar a alguien. Salvo las dos mañanas a la semana que iba una señora a limpiar, en casa del físico no había nadie que pudiera hacerse cargo de la entrega. Escribió la dirección de Mavis en la libreta que tenía siempre a mano y le dijo a Sean que lo informaría cuando le recogieran

los paquetes para que estuvieran atentos.

—Ahora que la logística está solucionada, cuéntame, ¿cómo ha ido el día? —preguntó María, despregándose.

—Bien. Después de las modificaciones, la cosa parece funcionar perfectamente.

—¿Quién crees tú que ha podido hacer algo así? —Su voz sonó preocupada.

—No lo sé, aunque espero que lo descubran pronto. Si lo ha hecho ya dos veces, nadie nos asegura que no lo volverá a intentar.

—No será peligroso, ¿verdad?

—Lo ignoro, cariño. Espero que se trate sólo de una gamberrada y que todo se quede ahí. De todas maneras, por si acaso, han puesto vigilancia en todo lo que tiene que ver con el proyecto, ya te lo expliqué.

—Ten cuidado, ¿quieres?

—Lo tendré, no te preocupes. De todos modos, ahora guardo los documentos en casa. Ah, y no te olvides de que *Dark* está siempre a mi lado, él no permitirá que me ocurra nada.

—Sí. —Sonrió pensando en el perro—. Es un buen guardián. Por cierto, y cambiando de tema, esa camisa que llevas te queda muy bien —dijo acercándose más a la pantalla de su ordenador. Luego, con picardía, añadió—. Podrías quitártela.

—¿Quieres que me la quite?

—Hummmm, sí —pidió, y él le hizo caso.

* * *

A dos días de Nochebuena, la joven acudió de nuevo a casa de su madre para montar el árbol de Navidad y el pesebre que Ana insistía siempre en poner. Colocaron los paquetes que habían comprado e hicieron planes para la comida que prepararían el día 25. El tío José, hermano de su padre, iría a comer con ellas junto con su mujer y su hijo Pepito. Mariona, la hija mayor, había quedado con la familia de su novio y no podía asistir a la comida familiar.

—Qué pena que la prima no pueda venir. Me hubiera gustado despedirme de ella.

—Sí, una pena —respondió Ana, distraída con las figuritas.

—Mamá, ¿por qué no vienes conmigo a Glasgow cuando me vaya? —Lo dijo tal como lo acababa de pensar.

Ana dejó sobre el aparador lo que tenía en las manos y la miró negando con la cabeza.

—No, mi vida. Ahora es momento de estar con tu Sean, de conoceros bien y de que hagáis el amor como locos. Yo sólo sería una molestia.

—Pero mamá...

—Ni mamá ni leches. Iré a verte, claro que iré, de eso no te quepa duda, pero lo haré dentro de un tiempo y cuando lo hayas hablado con tu novio. —Se encogió de hombros, con las palmas de las manos hacia arriba—. No me voy a presentar en su casa sin avisar, ¿no crees?

No insistió. Conocía de sobras las normas de urbanismo que regían la vida de su madre y no iba a convencerla, por más que lo intentara. De todas formas, reconoció que algo de razón tenía; invitarla a casa de Sean sin contar con su aprobación era muy aventurado, aunque aquel impulso también le reveló algo que debía tener en cuenta: que ya consideraba aquél como su hogar. Sean era su hogar.

Los días señalados transcurrieron como era de esperar: comidas copiosas, licor a discreción y tediosas partidas de parchís o cualquier otro juego que se terciase. ¿Aburridos? Sí, pero a la vez entrañables, especialmente ese año, con todas las lágrimas que desataba la despedida a sus familiares. Y, por las noches, conversaciones inacabables con Sean, unas veces tiernas, otras ardientes, todas llenas de amor.

—¿Vas a salir con los chicos para Fin de Año? —le preguntó María una de esas noches.

—Se han empeñado en que vayamos a celebrarlo al pub —le explicó—. Cenaré en casa de Mavis y, luego, *Dark* y yo nos iremos con el grupo. ¿Y tú, qué tienes planeado?

—Bueno, Carmen quería que saliéramos por ahí las cuatro. —Hizo un gesto con la mano que él no pudo ver—. Como puedes imaginar, ninguna de las otras tres tenemos ganas de una de sus saliditas. Además, están Bruno y su hermano. Ya te conté que Rubén, que es el novio de Merche, es hermano de Bruno, ¿te acuerdas?

—Sí. Recuerdo todo lo que me dices —con voz ronca, añadió— y cómo lo

dices... y los sonidos que se te escapan cuando lo dices.

—¡Gamberro!

—No, María, no es que sea un gamberro, es que me tienes desesperado. Por mucho sexo a distancia que tengamos, nada se puede comparar a tocarte la piel, a sentir cómo te estremeces y a notar tus suspiros junto a mi oreja. Me pongo malo sólo de pensar que todavía quedan cuatro largos días para poder perderme dentro de ti.

—Conociéndote como te conozco, no puedo entender cómo pudiste estar tanto tiempo sin... —se ruborizó—... bueno, tú ya me entiendes.

—Eso es simple, María: te esperaba a ti.

* * *

La Nochevieja en casa de Dani tuvo sus penas y sus alegrías. Por un lado, significaba un largo «hasta luego» y, por el otro, era una velada para disfrutar de las amigas que habían estado con ella desde siempre. Los novios de sus amigas habían sabido hacerse un hueco entre ellas, aunque sólo fuera por tener a sus chicas contentas. La nota discordante la puso Carmen y su insistencia para que, después de las uvas, fueran a una discoteca.

—¡Que no, pesada, que aquí estamos muy bien! —exclamó Merche, cansada de oír lo mismo por enésima vez.

—Joder, si esto es lo que hace el amor, más vale que se mantenga muy lejos de mí. Vaya muermos os habéis vuelto las tres. —Luego, dirigiéndose a María, añadió—: De ellas lo comprendo, que tienen a los maromos aquí, pero... ¿tú?

Señalándose el corazón con dos dedos, le contestó:

—Yo lo tengo aquí.

* * *

En el pub de Bob, todo eran gritos, cervezas y música en vivo. Los más atrevidos bailaban en el poco espacio que quedaba entre unos cuerpos y otros. El local estaba abarrotado. Por suerte, Bob les había reservado una mesa apartada y, aunque a gritos, podían hablar entre ellos. Como era una noche especial, se habían unido a la celebración Ed y Carlton con sus respectivas novias. Sólo

Dave, Sam y él estaban desparejados. Sus dos amigos, porque no tenían chica; él, porque la tenía lejos.

—¿Cuándo dices que vuelve María? —quiso saber Gemma, la novia de Duncan.

—Dentro de dos días —le contestó Sean alzando mucho la voz. El ruido era ensordecedor a su alrededor.

—Debes de estar deseando verla, ¿no? —intervino Andrew.

—¿Tú qué crees?

En ese momento, Dave se levantó como si le hubieran pinchado en el culo.

—Muchachos, ahora vuelvo. Acabo de ver a una pelirroja que está pidiendo a voces que la saque a bailar.

—Ése vuelve con una bofetada en la jeta —vaticinó Sam mientras veía cómo se alejaba su colega—. Me parece a mí que la chica a la que se refiere va acompañada.

—Deja que lo intente, pobre. Nunca se come una rosca, por mucho que presuma de que es un ligón —fue Ed el que habló.

Estaban todos atentos a los avances de Dave y explicándole entre risas sus andadas a Sean cuando él notó vibrar el pecho de *Dark*, reclinado en sus piernas.

—¿Qué te pasa, chico?

La respuesta le llegó acompañada de un insufrible aroma a rosas. Un olor dulce y empalagoso que enseguida supo a quién pertenecía.

Sus amigos, distraídos con las tonterías de Dave, tardaron en darse cuenta de quién se había acercado al grupo.

—Vaya, veo que ya te has deshecho de la enanita esa que te acompañaba la última vez que te vi —soltó Claudia llena de sarcasmo.

No le dio tiempo a contestar. Como una bala, *Dark* se interpuso entre ella y su amo y, gruñendo, le enseñó los dientes amenazadoramente. Sean chasqueó la lengua mientras negaba con la cabeza.

—Esa «enanita», como la has llamado, es mi novia y *Dark* es muy sensible cuando alguien habla mal de ella —replicó en tono frío—. Y creo que ya te dejamos todos claro que no queríamos volver a tenerte cerca. Nunca. Bajo ninguna circunstancia. ¿Te ha quedado claro por fin?

Claudia paseó la mirada envenenada por todos los reunidos, incluido Sean. Se estiró la parte baja del *top* que llevaba puesto, cuadró los hombros y siseó:

—Esto no quedará así. Te lo aseguro.

Dicho esto, giró sobre sí misma y se perdió entre el gentío. Había querido reconquistarlo por las buenas, sin imaginar que Sean pudiera haber encontrado a otra mujer que la sustituyera. Se había equivocado. Todo se había complicado más de lo necesario. Tendría que cambiar de táctica.

* * *

Embutida en su anorak, el 2 de enero, María metió su equipaje en el maletero y entró en el coche de su madre para ir dirección al aeropuerto. El calor del interior del vehículo la reconfortó inmediatamente. Se bajó la cremallera y se quitó la bufanda, que lanzó al asiento trasero. Iban con mucha antelación, porque ambas eran muy precavidas. Llegar con el tiempo justo no era una opción.

Dani y Bruno le tocaron un hombro cada uno, sorprendiéndola en el mostrador de facturación donde la estaban atendiendo. Habían ido a despedir a Rubén y Merche, que pasaría unos días en Dublín con su novio, así que decidieron hacer lo mismo con ella. María los abrazó a los dos a la vez con todas sus fuerzas, intentando al mismo tiempo contener las lágrimas de emoción. Mientras tanto, Ana no cesaba de pasar la mano suavemente por su espalda, reconfortándola. Conocía a su niña y sabía de sobra que, aunque feliz por ir a reunirse con su amor, también estaba acongojada por toda la gente a la que dejaba en Barcelona.

Después de mil abrazos y otros tantos besos, la vieron desaparecer tras los arcos del control de seguridad. En ese momento, cuando su hija ya no podía verla, Ana lloró.

* * *

—Venga, Mavis, que vamos a llegar tarde.

—Sean, por favor, que faltan dos horas para que aterrice.

—¿Ya viene la tía María? —preguntó Moreen, agarrada a su muñeca nueva.

—Sí, mi amor —contestó su madre, metiéndole un brazo por la manga del abrigo—. Hoy vuelve tu tía.

Al oír cómo la llamaba su familia, la manera tan natural con la que la habían

hecho parte de ellos, se sintió dichoso. Su chica era excepcional y su familia lo había percibido enseguida. Otra cosa que le ponía contento era saber que las clases no se reanudarían hasta unos días más tarde y podría disfrutar de María de mil formas. Tenía una imaginación muy viva y ya estaba planeando cómo la recibiría una vez llegaran a casa.

—Id con cuidado —pidió Connor apareciendo tras ellos en el recibidor—. Puede haber placas de hielo en la carretera.

—Tranquilo, cielo, iré con mucho cuidado. Llevo lo más valioso de mi vida en el coche... sin contarte a ti, claro. —Se alzó de puntillas y lo besó en los labios—. Tú también debes tener cuidado. Los malos están por todas partes.

—Llevamos casados, ¿cuánto?, ¿diez años?

—Sí —dijo ella entrecerrando los ojos, convencida de saber qué iba a decir su marido a continuación.

—Durante todo este tiempo me has pedido que tenga cuidado, ¿verdad?

—Sí —contestó Mavis con voz infantil.

—Y papá siempre te responde que lo tendrá y que no le puede pasar nada porque se deja el corazón en casa, junto a ti —concluyó Devon, ansioso por salir ya a buscar a María.

—Pues eso —confirmó Connor, removiendo el pelo de su hijo.

Todos sabían que esa conversación se volvería a repetir cada vez que Connor fuera a trabajar, como ese día. Ser policía en Glasgow podía presentar complicaciones y todos eran conscientes de ello. No obstante, sólo Mavis se atrevía a ponerlo en palabras.

Las machaconas canciones infantiles que los enanos se empeñaron en escuchar fueron la banda sonora del trayecto al aeropuerto. *Dark* descansaba la cabeza en las piernas de Devon, que no dejaba de acariciarlo entre las orejas, y sólo alzaba los ojos cuando Moreen, con su vocecita chillona, trataba de seguir la letra de alguna melodía. Sean, con un incipiente dolor la cabeza, sólo pensaba en una cosa: María. Después de casi un mes, por fin la volvería a tener para él solo. Le había resultado mucho más dura esta separación que la primera. En aquélla, sólo había la promesa de un quizá; en ésta, la certeza de un amor que le desbordaba el pecho.

A María, el camino hasta el control de pasaportes se le hizo eterno. A cuentagotas, los recién llegados a Glasgow pasaban por la policía que permitía la

entrada al país. Por suerte no era una terminal grande y, una vez superada la ineludible inspección, llegar hasta las cintas transportadoras fue rápido. No así ver aparecer las maletas, o eso le pareció a ella. Estaba deseando traspasar las puertas que la separaban de Sean y poder lanzarse a sus brazos. Mientras esperaba, cogió un carro, más que nada para matar el tiempo y evitar así desesperarse más de lo que ya estaba. Corrió más que anduvo cuando, una vez cargado el carro, se dirigió hacia la salida, ansiosa por reunirse con su chico.

Dark emitió un ronquido sordo en cuanto la vio, provocando una amplia sonrisa en Sean. El perro lo guio hasta ella, pero no habría hecho falta. Todo él sentía el magnetismo que emitía el pequeño cuerpo de María. Mavis, a una distancia prudencial, los miró contenta mientras obligaba a sus hijos a que se mantuvieran a su lado. No quería que nada interrumpiera ese reencuentro. María, dejando abandonado su equipaje, corrió con todas sus fuerzas y, de un salto que de poco desequilibra a Sean, se colgó de sus hombros y sus caderas y lo besó con todo el amor que inundaba su corazón. Sean soltó la correa de *Dark* y contestó a sus labios sin titubear. Sin importarle la gente que pasaba a su alrededor, la apretó contra sí y le comió la boca, llenándola con su lengua y con todo su amor. Tenerla tan pegada a él resultaba una bendición, sí, pero también era una tentación difícil de contener. El aroma suave de su piel, sus pechos clavados en su torso, su lengua retando a la suya... su sexo se estremeció hasta endurecerse. María, al notarlo, se apretó todavía más, separó la boca de sus labios y, acercándola a su oído, le susurró:

—Llévame a casa.

Poco a poco, la dejó en el suelo arrastrándola por todo su cuerpo, haciéndole comprobar cuánto la deseaba. María suspiró. No podía esperar más. Pero no por eso dejó de agacharse y saludar a *Dark*, ni de abrir los brazos en dirección a los niños para que corrieran a refugiarse en ellos, ni de abrazar a Mavis y decirle cuánto la había añorado.

Los pequeños no cesaron de ametrallarla a preguntas durante el viaje de retorno. Contestó a todas y cada una de ellas, e incluso a las que le hicieron Mavis y el propio Sean, quien habló poco, tratando de contener sus ganas. El interés que todos le mostraban la enterneció. Sintió, en el fondo de su ser, que era parte de ellos, al igual que ellos ya lo eran de ella. Pero a pesar de lo feliz que se sentía por estar de regreso y volver a reunirse con la familia, lo que

realmente deseaba era llegar a casa y besar a su chico por todas partes, especialmente en lugares no aptos para menores. Por suerte no era un trayecto demasiado largo y, entre la curiosidad inacabable de Devon y Moreen y sus explicaciones, se hizo más llevadero.

—Pensaba que no llegábamos nunca —suspiró Sean en cuanto cerraron la puerta de casa—. Un paseo de media hora nunca se me había hecho tan largo.

—Humm... —fue el único sonido que emitió María. Sus labios estaban fuertemente aprisionados por los de Sean, mientras que su lengua le barría el interior de la boca.

La joven miró con nostalgia la moqueta del suelo de la entrada. No le importaría volver a sentir a Sean dentro de ella en ese mismo lugar. Rechazó la tentadora idea con un gesto de cabeza. Por el contrario, le cogió la mano que se aferraba a su cintura y lo dirigió a la escalera, a su dormitorio. Allí, ansioso como estaba, Sean tanteó entre su ropa en busca de los broches que lo separaban de la sedosa piel de María. Ella chasqueó la lengua maliciosamente y negó con la cabeza, a pesar de que él no pudiera verla.

—No tan deprisa, vaquero —dijo ella con voz grave. Se quitó el pañuelo que llevaba al cuello y, con un rápido movimiento, le ató las manos a la espalda.

—María, no juegues conmigo. Sabes que mis manos son...

—Tus ojos, lo sé. Sólo será un minuto, te lo prometo.

Con un suspiro en absoluto conforme, cedió a su petición... pero no tardó en arrepentirse al sentir los dedos suaves de la joven abrir uno por uno los botones de su camisa hasta hacerla bajar por los brazos y quedar retenida allí por la atadura que mantenía sus manos unidas. Lo lamentó cada vez que los labios de María depositaron un beso por su pecho, y fueron miles. Fue doloroso notar cómo se abría paso entre la abertura de su pantalón y le cogía la firmeza ardiente que escondía. Por fin no pudo resistir más al sentir la lengua cálida y dulce acariciando la punta sedosa de su sexo.

—María —rogó—, María...

Ella contestó volviendo a castigarlo, esta vez con toda la boca.

—María, por favor, no puedo estar ni un segundo más sin tocarte —suplicó casi sin voz.

Ella elevó los ojos desde su posición arrodillada y comprobó la cara de sufrimiento de Sean. De un manotazo, deshizo el nudo, le cogió las manos y las

llevó hasta ella.

—Yo tampoco sin que lo hagas.

Y desde ese mismo instante, los dedos de Sean volaron por el cuerpo de María, arrancándole la ropa hasta llegar a la meta de su piel, desatando un volcán en la calidez del vértice de sus muslos. A cada caricia, un gemido. A cada roce, un suspiro. A cada toque, un jadeo... Cuando sus cuerpos se unieron rato después y las caderas de Sean chocaron incansables contra las ingles de María, desatando una pasión añorada por ambos, la música de sus cuerpos disfrutándose al unísono los elevó hasta el frenesí, para caer después rendidos y satisfechos en una explosión de placer.

No fue la única vez que entrelazaron sus piernas esa noche. Se habían necesitado demasiado durante su separación como para que les bastara con amarse una sola vez.

* * *

Sin las prisas de acudir al trabajo hasta casi una semana más tarde, remoloneaban en la cama entre besos y caricias, ya entrado el día. Cuando *Dark* fue a reclamarles su almuerzo, fue María quien insistió en dárselo.

—Quédate en la cama —le dijo con voz sugerente—. Vuelvo enseguida. ¿Qué quieres desayunar?

—Nada que te aleje de mí demasiado rato. Cereales, por ejemplo.

Antes de abandonar el dormitorio, la guía se inclinó para darle un beso en los labios, cosa que él aprovechó para acariciarle un pezón con los nudillos.

—No tardaré —prometió.

Estaba llegando a la cocina cuando oyó el sonido del teléfono de Sean. Supuso que sería alguno de sus amigos interesándose por ella o, incluso, para proponerles quedar esa misma noche. Sonreía cuando le puso el pienso al perro y le cambió el agua de su bol metálico. Le pareció percibir movimiento en el piso superior, pero imaginó que Sean había tenido que acudir a la llamada de la naturaleza, lo que le hizo recordar que a ella también la llamaba a gritos. Al salir del baño, con las manos todavía húmedas, se encaminó a la cocina con la intención de preparar los tazones de cereales para los dos. Su sorpresa fue encontrarse a Sean, prácticamente vestido, trajinando con la máquina de café.

—¿Qué haces aquí abajo? —le preguntó mientras se acercaba a él, extrañada al ver su expresión preocupada.

—Lo siento, cariño, pero tengo que ir a la universidad.

—¿Ahora? Pero si habías dicho que...

—Sé lo que había dicho, pero ha pasado algo en el laboratorio.

—¿Algo? ¿No está cerrado?

—Sí... pero... no lo entiendo.

—Sean, por favor, me estás asustando. ¿Qué ha ocurrido?

—Alguien ha entrado y ha destrozado algunas máquinas imprescindibles para seguir adelante con el proyecto. Tengo que ir a averiguar hasta dónde llega el desastre.

—¡Pero tú dijiste que había seguridad! —exclamó desconcertada.

—Sí. Y la hay mientras estamos trabajando. —Cogió su taza de café de la máquina, sopló por encima y le dio un sorbo—. Durante las vacaciones, la vigilancia se relaja; sólo quedan dos guardias para toda el ala destinada a los despachos de los profesores y a las salas de experimentación.

—¿Tú crees que tiene algo que ver con...? —preguntó con aprensión, mientras sacaba la leche de la nevera.

—Estoy convencido de que sí —la interrumpió Sean—. Esto está ligado a los dosieres que fueron alterados. Estoy seguro.

—Si me esperas, te acompaño.

—No, María. Prefiero que te quedes en casa. Si te apetece, llama a Mavis o a alguna de las chicas y queda con ellas, si quieres —le dijo sintiéndola a su lado. La buscó con la mano y ella se acercó hasta rozarlo con su pierna desnuda—. No sé cuánto tardaré.

—Te estaré esperando —le aseguró antes de alzarse de puntillas y besarlo en la comisura de los labios—. Ten cuidado, por favor.

—Lo tendré. —Dejó su taza vacía sobre la encimera y, chasqueando los dedos, llamó a *Dark*. Antes de salir de la cocina, declaró—: Te quiero.

Las horas transcurrían lentamente y sin noticias. María, muerta de incertidumbre, había deshecho su equipaje, incluidas las cajas que habían llegado días antes que ella, y lo había colocado todo en su sitio. Llamó a Ana y estuvo un buen rato hablando con ella, aunque nada le explicó de los sucesos de esa mañana. Mandó un mensaje al grupo de WhatsApp que compartía con sus

amigas de Barcelona y otro al que la habían incluido los de Glasgow. Aun así, el tiempo parecía haberse detenido. Sin saber a qué más dedicarse, decidió limpiar el baño de la planta baja, a pesar de ser innecesario. Siguió con el de arriba. Cuando también acabó con eso, bajó de nuevo a la planta inferior y fregó las baldosas de la cocina, aunque el agua salía tan limpia como antes de empezar... Se estaba volviendo loca. Pensó en llamar a Sean para que la informara de lo que había pasado, pero prefirió no molestarlo. Desesperada, paseando por la sala como un león enjaulado, sentía la necesidad de gritar a pleno pulmón. Estaba a punto de hacerlo cuando oyó el suave ladrido de *Dark* y el tintineo de las llaves en la cerradura. No le dio tiempo a Sean a abrir la puerta. Lo hizo ella de un tirón.

Se echó a sus brazos, le besó la barbilla y, cogiéndolo de la mano, lo instó a entrar al calor de su hogar.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber mientras lo ayudaba a quitarse el abrigo y la bufanda—. Cuéntamelo todo, por favor.

—Ven aquí —exigió él abriendo los brazos.

Ella no se hizo de rogar. Mientras se abrazaban, Sean no dejaba de respirar fuertemente, como si estuviera agotado.

—Sean, por favor.

—Quien haya saboteado el proyecto no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. No ha destruido nada esencial. En realidad, y teniendo en cuenta que volveremos a reanudar el trabajo en una semana, no ha provocado ningún retraso. Nos tocará ir cada día para reajustar la maquinaria, es cierto, pero nada más.

—¿No hay nada irreparable, entonces? —preguntó ya más tranquila—. Mejor.

—Sí, mucho mejor —estuvo de acuerdo. Rompió el abrazo, la tomó de la mano y la guio a la sala—. Han cortado algunos cables y destrozado un par de cosas sin importancia. Era un vándalo inexperto y torpe.

—Lo que no puedo llegar a entender es por qué alguien puede querer sabotear vuestro trabajo.

—Yo tampoco, pero lo descubriremos, no te quepa duda.

Aunque era tarde y los acontecimientos del día los habían agotado, María le pidió ir a visitar a Mavis. Estaba deseando darles sus regalos a los niños,

especialmente, y también a los mayores. Él hubiera preferido quedarse en casa y volver a hacerle el amor, pero, dado su empeño, estuvo de acuerdo. Ya la cogería él por su cuenta cuando volvieran a casa.

A todos les encantaron los presentes que les había comprado. Mavis no tardó en ponerse el pañuelo de seda natural pintado a mano que le había llevado, ni los niños en destrozar el envoltorio de sus juguetes nuevos. El último en recibir su paquete fue Sean. Con una sonrisa de medio lado, fue palpando los bordes del papel hasta dar con la cinta adhesiva, que despegó con deliberada calma. Separó el papel que lo envolvía tan lentamente que hasta los críos, entretenidos con sus nuevas distracciones, se quejaron. Él estaba intrigado. Aquello parecía un libro, pero era imposible que María le hubiera comprado algo así sabiendo que no podría disfrutarlo... a no ser que estuviera pensando en leérselo por las noches antes de ir a dormir. Si ésa era su idea, él tenía una mucho mejor en mente para conciliar el sueño. Para su sorpresa, sí se trataba de un libro. Negó con la cabeza sin saber qué decir. Entonces María, sentada junto a él, le tomó la mano y le arrastró los dedos por la portada.

—¿Cómo...? —No salía de su asombro. Mavis y Connor, sentados frente a ellos, tampoco.

—Suerte —contestó elevando la comisura de los labios—, o destino, llámalo como quieras. Estaba buscando algo especial para ti y, simplemente, lo encontré.

—Yo lo encontré el día en que llegué a Barcelona y tú te convertiste en mi guía.

Capítulo 11

Las jornadas se sucedieron sin grandes sobresaltos. María retomó la actividad que había estado llevando antes de irse, esencialmente recorrer la ciudad hasta reconocerla por sus edificios, sus calles, sus gentes... Además, añadió algunas cosas, como quedar con las chicas del grupo para tomar té o visitar a Mavis y a los niños alguna tarde, por ejemplo. El día 8 debía empezar a trabajar en la agencia de viajes, el mismo en que supuestamente tendría que haberlo hecho Sean, y, ya que no había podido gozar en exclusiva de su chico, aprovechó para afianzar su amistad con las mujeres que rodeaban la vida de míster McLoud.

Las noches, salvo una cena con los colegas de la que no se pudieron escapar, las pasaban en casa, creando recuerdos, consolidando la confianza entre ellos, aprendiéndose de memoria, amándose con el ímpetu de un cariño recién estrenado.

Así transcurrieron esas jornadas previas a comenzar de nuevo sus obligaciones laborales: Sean, centrado en restablecer el orden en su laboratorio por las mañanas y, por las noches, dedicado en cuerpo y alma a María; ella, habituándose a su nueva ciudad durante el día y consagrada por entero a él al caer la tarde.

El día que se estrenaba en la agencia empezó con normalidad. Como no podía ser de otra manera, se despertaron uno en brazos del otro, muy juntos. Más tarde, mientras Sean preparaba café y los huevos se pochaban, María metió dos rebanadas de pan en la tostadora para el desayuno. Una vez que terminaron de desayunar, se pusieron los abrigos para defenderse de la fría mañana, le colocaron el arnés a *Dark* y salieron juntos camino a sus respectivos trabajos. Con un beso que les supo a poco, se despidieron a las puertas de la universidad.

Desde allí, María anduvo con paso rápido hacia su destino.

Karen la reconoció nada más llegar y la acompañó por toda la oficina, presentándole a unos y otros. El recibimiento no pudo ser más agradable por parte de todos. A partir de ese momento, una vez ubicada, se concentró en absorber toda la información que le facilitaron. Algunos informes ya se los había entregado su nueva compañera en su visita anterior y los había estado estudiando desde entonces. Al mediodía coincidió con Martin en el turno de comida; él le mostró una cafetería, fuera de la arteria principal, muy tranquila y a buen precio, donde mató el gusanillo con un sándwich de pollo y una cola sin calorías. Entre bocado y bocado, Martin le propuso tomar una pinta al finalizar la jornada.

—Te lo agradezco, pero me espera mi novio.

—Sólo será una pinta... Seguro que los demás también están de acuerdo en celebrar tu incorporación a la agencia. —Se limpió los labios con una servilleta desechable y continuó—: No te puedes hacer una idea de la falta que nos hacías. Hay un gran mercado en los visitantes españoles. De un tiempo a esta parte, vienen en masa. —Chasqueó la lengua y negó sonriendo—. Debe de ser por la serie esa de un *highlander* buenorro que las tiene a todas enamoradas.

—No sé de qué serie hablas.

—Eso es un pecado estando en Escocia. —Se inclinó sobre la mesa y le guiñó un ojo—. Vas a tener que ponerte al día, chica.

—No tengo televisión en casa.

—¿No? Pero ¿tú en qué siglo vives? —Rio sin poder creérselo.

—Mi novio es invidente y no la necesitamos.

Martin la miró desconcertado y sin palabras. ¿Qué podía decir ante eso? María le restó importancia con un gesto de la mano, igual que lo hubiera hecho Sean. Su ceguera no era trascendental en absoluto. Lo realmente importante era lo maravilloso que era su chico y así se lo dijo.

Pasado el primer momento de confusión, Martin volvió a insistir en que el equipo al completo estaría encantado de celebrar con ella su llegada a la agencia. Finalmente, María cedió. Salió a la calle antes que su compañero para llamar a Sean, deseando no pillarlo en una de sus clases. Con el teléfono en la oreja, esperando a que respondiera, paseó la mirada en derredor sin fijarla en nada en concreto... hasta que algo llamó su atención.

Desde donde estaba, un callejón adyacente a la calle Buchanan, vio que una

mujer alta, muy parecida a Claudia, discutía fogosamente con un hombre de pelo cano pero atractivo. Él la sujetaba con fuerza por un brazo con una mano y con la otra la señalaba, irritado, con el índice. Estuvo tentada en ir en su ayuda, aunque sólo fuera por lo que había representado en un tiempo para Sean, pero finalmente se contuvo. Agradeció haber vencido el impulso de intervenir, porque, justo antes de desaparecer de su vista, el hombre le agarró la cabeza, la llevó hasta la suya y la besó tan apasionadamente como antes había discutido con ella.

Sin entender muy bien qué había presenciado, contestó contrariada a la voz de Sean, que la llamaba por su nombre por segunda vez.

—María, cariño, ¿pasa algo?

—No. —Le hizo un gesto a Martin, que salía en ese instante, pidiéndole que la esperara—. Sólo te llamaba para que supieras que llegaré tarde.

—¿El primer día de trabajo y ya te están explotando? —bromeó Sean.

—No, ¡qué va!, todo lo contrario —contestó María, regresando junto a Martin a su oficina—. Mis compañeros me han pedido que los acompañe a tomar una cerveza al salir del curro.

—No tendré que ir con los guantes de boxeo a quitarte los moscones de encima, ¿verdad?

—No, tonto. No hay nadie, nadie, nadie, que pueda tener la más mínima oportunidad conmigo.

—¿Ah, no?

Tapando el auricular para que sólo él la oyera y bajando la voz hasta un susurro, contestó:

—No, porque soy totalmente tuya.

* * *

El rato que pasó con sus nuevos compañeros fue agradable, aunque logró que fuera corto. Los convenció para que la dejaran marchar argumentando un cansancio que no sentía. No quería llegar tarde a casa; le apetecía arrebujarse entre los brazos de Sean y hablar sobre cómo les había ido el día a los dos, mientras escuchaban música tranquila y disfrutaban de una infusión. Y, ¿por qué no decirlo?, terminar la noche haciendo el amor hasta acabar agotados y felices.

A esas horas no le apetecía ir andando a casa. Era un paseo demasiado largo para recorrerlo con el aire tan frío que traspasaba las capas de ropa hasta llegar a los huesos y, sobre todo, después de toda una jornada de trabajo. Mientras se dirigía a la parada de taxis, llamó a Sean para informarlo de que no tardaría.

—Si vas a ir en coche, es posible que llegues tú antes que yo —le dijo él, abatido—. Al parecer, uno de los conectores de la máquina principal también estaba dañado. No entendíamos qué pasaba hasta que, por casualidad, Carlton ha dado con la avería.

—¿Es muy grave? —quiso saber ella, parándose en mitad de la acera.

—No, en absoluto. Se trata de un fallo tonto, pero que no hemos detectado hasta hoy.

—¿Quieres que te recoja de camino? Voy a coger el taxi ahora mismo.

—Me parece una idea genial, pero espera un momento. —Se separó el teléfono del oído—. Chicos, ¿os molesta si me voy ya? María viene a recogerme.

Los silbidos chistosos de sus compañeros se colaron a través del auricular, así como la potente voz de Carlton gritándole a ella, en broma: «Eso, María, llévatelo para que nos deje tranquilos de una vez».

Ya juntos, al pie de la universidad, decidieron hacer el camino que quedaba hasta su casa paseando. *Dark* había estado demasiado tiempo inactivo y necesitaba, al igual que su amo, moverse un poco. Cogidos del brazo, muy juntos para combatir el frío de la tarde, y con el perro dando muestras de felicidad por estar en la calle, emprendieron el camino de regreso a casa. Mientras andaban, María empezó a contarle cómo había pasado el día y lo agradables que se habían mostrado los otros guías con ella. De repente recordó lo que había visto en su rato de descanso al mediodía y se lo explicó a Sean.

—Extraño, sí —comentó él con una mueca—, pero con Claudia... cualquier cosa es posible.

—Lo que más me ha extrañado ha sido el aspecto del hombre que iba con ella.

—¿Qué quieres decir?

Habían llegado a casa y, mientras se quitaban la ropa de abrigo, ella respondió.

—No sé. Iba trajeado, era notablemente mayor que ella... Vamos, que no pegaban en absoluto.

—Bueno, no pierdas tiempo pensando en ella —le pidió alargando las manos hasta encontrar su cintura—. Ven aquí y dame un beso como es debido, que el de antes me ha sabido a poco.

Y se lo dio... y después muchos más.

* * *

Hacía más de veinte días que María había empezado a trabajar y ya se conocía prácticamente de memoria varias de las rutas que configuraban la cartera de servicios de la empresa. Su jefe, John Starskey, estaba muy contento con su nueva adquisición. Entre Karen y ella habían establecido una complicidad muy agradable y Martin, dejando de lado sus intentos de flirteo, siempre era muy amable. Echaba de menos a su madre, aunque hablaba casi a diario con ella; también a sus amigas y a Saray, incluso a Óscar, a pesar de lo dramático que solía ser..., pero no podía alegrarse más de haber tomado la decisión de mudarse a Glasgow, por su trabajo, por Sean y por cosas como la que le esperaban esa noche. Habían quedado todos en el pub, y desde su llegada sólo lo habían hecho una vez, para celebrar..., el motivo era lo de menos. ¿Que las cosas iban bien? ¿Que todos estaban contentos? ¿Que Andrew y su novia habían decidido dar un paso más e irse a vivir juntos? ¿Que el proyecto de Sean iba viento en popa? No importaba. Cualquier excusa hubiera valido.

* * *

Cuando llegó María, estaban casi todos ya allí, ocupando la mesa de costumbre. Sean conversaba animadamente con Sam mientras *Dark* dormitaba a sus pies. Conforme se acercaba, el perro levantó una ceja primero, las orejas después, le siguió la cabeza... Su dueño dejó de hablar y giró la cabeza en dirección a la puerta, mostrando una radiante sonrisa. Desde lo lejos ella leyó en sus labios cómo le decía a su amigo: «Aquí está mi chica». Llegando hasta el grupo, saludó distraída con la mano a todos antes de acunar la cara de Sean con las manos y plantarle un beso que hizo temblar los cimientos del local y que provocó no pocas bromas por parte de los presentes.

Poco a poco, fueron llegando los pocos que faltaban. Conforme lo hacían, se

acercaban a la barra, pedían sus consumiciones y, después, las llevaban a su mesa. Entre unas cosas y otras, Dave les propuso a los chicos ir un domingo por la mañana a correr. Sean dijo que, si conseguía que Paul, su guía en esa materia, pudiera acompañarlo, él también quería ir. Las chicas no tardaron en apuntarse. Estaban animados haciendo planes para la carrera cuando María, buscando a Bob para pedirle otra cerveza, se encontró con los duros ojos de Claudia fijos en ellos. La retó con la mirada sin apartar sus ojos de los de la rubia californiana hasta que ésta, incómoda, los bajó hacia su bebida. Estaba sola, sin otra ocupación que espiarlos. María sintió un escalofrío recorriendo su espalda. Esa mujer no le gustaba nada, y no sólo por la deslealtad que había demostrado con Sean. No. Era algo más profundo. Encerraba algo maligno. La mirada que le dedicó cuando volvió a alzar los ojos en su dirección se lo confirmó.

* * *

La fase inicial del experimento no podía ir mejor. Solventados los problemas causados por el vándalo, todo marchaba sobre ruedas. La segunda fase comenzaba en abril, coincidiendo con las primeras salidas de María como guía. Sean, en un intento de extremar las precauciones, había copiado los cálculos de sus compañeros para repasarlos y poder hacer los suyos propios. Después de la experiencia anterior, había decidido llevar todos los documentos a su casa; no se fiaba de dejar una información tan valiosa en la universidad. Ya se había demostrado que, por mucha seguridad que se hubiera contratado, ésta no había resultado suficientemente eficaz.

Esa noche, mientras María hacía los últimos preparativos para su primer *tour*, el día siguiente, Sean estaba absorto en su despacho, trabajando obsesivamente sobre toda la documentación recopilada, introduciéndola en el ordenador y sacando conclusiones para añadirlas a las ya conseguidas. Estaba exultante, pues los resultados de su análisis estaban siendo altamente satisfactorios. Si todo iba tan bien como parecía sobre el papel, pronto podrían pasar a la tercera y última fase del proyecto.

María terminó antes que él y fue a buscarlo a su despacho. Asomó la cabeza por la puerta y lo observó mientras dictaba sus deducciones a su ordenador adaptado. Se acercó tratando de no hacer ruido y le puso la mano sobre el

hombro. Él detuvo la grabación y colocó sus dedos sobre los de ella.

—Sabía que estabas aquí —le dijo acercando los nudillos de la guía hasta su boca.

—Lo sé.

—Terminaré en diez minutos, ¿quieres quedarte aquí, conmigo?

—No, te dejaré tranquilo. No quiero distraerte. Aprovecharé el tiempo paseando a *Dark*.

—Bien. No tardes mucho.

—No, cariño. —Luego, dirigiéndose al perro, dijo—: *Dark*, nos vamos.

Sin perder un segundo, el labrador se puso en marcha siguiendo a su ama. Al llegar al recibidor, se sentó tal como hacía siempre y esperó, paciente, a que María se abrigara antes de ponerle el arnés. El frío de la calle era cortante, así que decidió dar una vuelta rápida. Tiró de la correa de *Dark*, pero el animal no se movió. Miraba obstinadamente a un punto en la acera de enfrente, con el morro levantado, enseñando los dientes. María miró en la dirección que lo hacía el can, pero no vio más que un coche aparcado, aparentemente, sin nadie en su interior.

—Vamos, chico. Hace frío y no quiero resfriarme justo antes de mi primer *tour*. —Le hablaba como si de un humano se tratara. Había demostrado muchas veces que era más inteligente que muchas de las personas que ella conocía.

Finalmente, *Dark* la siguió, aunque sin el entusiasmo que solía mostrar al pasear. Con paso ágil, dieron una vuelta a la manzana y volvieron a casa ateridos de frío. El coche había desaparecido.

A la mañana siguiente, salieron con prisas. María quería llegar con tiempo suficiente para recoger el dossier de la excursión y echarle un vistazo antes de reunirse con el grupo de toledanos al que tenía que acompañar. A Sean, esas prisas de su chica le iban bien. Aprovecharía para preparar una de las clases que tenía ese día. Con todo lo que había tenido que comprobar el día anterior sobre el experimento, no le había quedado tiempo para hacerlo.

Antes de separarse, Sean la cogió por la cintura y la acercó peligrosamente a él.

—Sean, estamos en la calle.

—¿A quién le importa eso? —preguntó apretando sus labios contra los de ella.

—¡Gamberro! —soltó ésta, colgándose de su cuello.

—Siempre lo he sido.

Dark gruñó.

—Deséame suerte.

—No la necesitas. Lo vas a hacer genial. Lo sé.

Dark volvió a gruñir.

—Gracias por tu voto de confianza. —Se alzó sobre sus pies y lo volvió a besar.

—¿Sabes a qué hora llegarás a casa?

—No. Tarde, imagino.

—Entonces aprovecharé para comentar con Carlton algunas ideas que se me han ocurrido y que nunca tenemos tiempo de discutir. —Le recorrió, con las yemas de los dedos, el contorno de la cara, la nariz, los ojos, la boca...—. Así no te echaré tanto de menos.

—Te quiero.

—Y yo. Y, ahora, vete o llegarás tarde a tu primera excursión.

Un último beso antes de separarse, una caricia al suave pelo negro de *Dark* y se fue con prisa. No quería retrasarse más.

—Vamos, chico —le dijo Sean a *Dark*, que en ese momento gruñía con más insistencia—. No sé qué te pasa. Todo está bien.

Pero no lo estaba. No había dado más de tres pasos cuando un aroma dulce de rosas le llegó como una bofetada. Giró la cabeza en busca del origen de ese olor que le resultaba tan desagradable. Una voz conocida lo abordó.

—Hola, Sean.

—Claudia.

—Sí. ¿Vas a trabajar? Es muy temprano, ¿no? ¿Por qué no tomamos un café y charlamos un poco hasta que sea la hora?

—No tengo ganas de hablar contigo —contestó él con voz fría—. Creo que ya te lo he dejado claro en más de una ocasión.

—Por los viejos tiempos.

—Precisamente por los viejos tiempos, Claudia. Tú decidiste.

—Está bien, como quieras —aceptó con mal genio.

Lo vio marchar mientras una sombría sonrisa se instalaba en su cara. Había llegado el momento de actuar.

* * *

Una de las turistas del grupo que guiaba María se indispuso después de comer. Al parecer algo del menú le había sentado mal. Tenían previsto hacer compras en el centro comercial del lago Lomond, donde habían parado al mediodía, pero decidieron que, dadas las circunstancias, sería mejor volver a Glasgow.

Dejó al grupo en su hotel y, junto al conductor, volvió a la agencia. Tanto Karen como John, que en ese momento eran los únicos que se encontraban allí, se sorprendieron al verla tan pronto. No la esperaban hasta las seis o seis y media, como mínimo, y todavía no eran las cinco. Ella, un poco desanimada, les explicó el problema con la turista.

—Bueno, María —intervino John—, ésas son cosas que pasan.

—Sí, lo sé. Por desgracia no es la primera vez que me ocurre algo parecido —se frotó la frente, apesadumbrada—, pero me fastidia que haya pasado precisamente en mi primer viaje aquí.

—Mañana todo irá bien, ya lo verás —trató de consolarla Karen.

—Eso espero.

—Anda, vete a casa —le sugirió su jefe—. Hoy ya no puedes hacer nada más. Descansa. Mañana será otro día.

—Está bien. Dejaré preparada la documentación del *tour* de mañana antes de marcharme.

Salió de la oficina veinte minutos más tarde. Como no tenía previsto llegar tan pronto a casa, y puesto que Sean se retrasaría, decidió ir paseando hasta su domicilio. De todas formas, le mandó un breve mensaje para informarlo de que llegaría antes a casa. Con suerte, él podría acelerar su reunión con Carlton y encontrarse con ella a la hora acostumbrada.

Al llegar a Mitchell Library se dio cuenta de lo cansada que estaba realmente, así que cogió un autobús. No quería agotarse innecesariamente teniendo en cuenta que al día siguiente debía hacerse cargo de un nuevo grupo. Bajó en su parada y anduvo los cien metros que la separaban de su casa pensando qué prepararía para cenar, dadas las pocas ganas que tenía de cocinar. Atravesó el pequeño jardín frontal de su vivienda; se dijo que aquellas ramas peladas en los parterres en pocas semanas estarían llenas de vida y de color.

Aquella reflexión la distrajo, sólo un instante... el suficiente como para no advertir que la puerta de entrada estaba entreabierta hasta que llegó frente a ella.

Capítulo 12

Después de separarse de Sean, Claudia estaba furiosa. Como acto de buena fe, había creído oportuno intentarlo una última vez antes de poner en práctica lo ineludible. Aquello había durado ya demasiado. Habían fallado la primera vez. Ésa no lo harían. No podían. De todas maneras, ella había insistido en tantear al ciego por si podía hacer las cosas de forma más simple. Sin embargo, tal como le dijo Matt que pasaría cuando se lo comentó, había resultado una pérdida de tiempo. Conociendo a Sean, tendría que haberlo previsto. Era testarudo, decidido, tenaz, orgulloso... y ella ya no contaba con la ventaja de obnubilarlo con su aspecto. No la veía y, por tanto, no podía comparar su físico con el de ese proyecto de mujer que lo acompañaba esa mañana. Ver al que antaño había sido su novio con aquella mequetrefa la había puesto de mal humor sin motivo aparente. Se sabía más guapa, más atractiva, más inteligente... No obstante, a aquella enana la había despedido con un beso de tornillo y no con un desplante, como había hecho con ella. Ese detalle también le hervía la sangre.

Cuatro años atrás le habían encomendado sabotear un proyecto innovador y revolucionario que la Universidad de Glasgow estaba realizando. Inicialmente, no le había sentado muy bien aquel encargo. El frío de Escocia estaba mucho de la calidez de su hogar en California. De todos modos, era trabajo. Mejoró bastante su ánimo cuando le mostraron una fotografía de su objetivo: el profesor McCloud. En ese momento decidió que un cambio de aires tampoco le haría daño. No tuvo en cuenta el carácter de ese hombre. Podía llegar a ser frustrante. No logró sonsacarle información ni haciéndole una de las maravillas sexuales en las que era diestra; nunca consiguió que revelara ningún dato de su estudio.

Así que esperó su oportunidad. La consiguió por sorpresa un día que fue a

visitar el laboratorio donde trabajaba Sean. La maquinaria que estaban terminando quedó desprotegida y a su alcance no más de quince segundos, tiempo que ella supo aprovechar hábilmente. Logró desajustar el botón de arranque. Confiaba en que eso fuera suficiente para dar al traste con todo el estudio. Después de eso, se marchó con una excusa. No midió las consecuencias; ni siquiera imaginó que el daño colateral de su manipulación pudiera ser la ceguera permanente de Sean.

Aparentemente, el accidente puso fin a su misión. Había desbaratado el proyecto, tal como le habían encargado, y podía regresar a casa. Estaba convencida de haber hecho una buena labor, arruinando todo el estudio y haciendo con ello que se olvidaran de seguir adelante, así que desapareció. Sean ya no era útil para su causa... ni para nada, creyó erróneamente. Había logrado realizar su trabajo con éxito, aunque no tan limpiamente como había previsto. Volvió a Estados Unidos, eso sí, con cierto pesar; no le alegraba dejar tras de sí a un hombre joven, con el que había compartido casi dos años, que le había dado más de un orgasmo glorioso y que siempre la había tratado con cariño y respeto, convertido en un inválido. Pero el trabajo, su trabajo, era así. Nada de involucrarse sentimentalmente con su objetivo, pasara lo que pasase. Nunca había que mirar atrás.

Pero había fracasado, después de todo. No comprendía cómo la universidad había conseguido completar el proyecto sin Sean, pero había logrado presentar el resultado de sus estudios en las más prestigiosas revistas científicas, dejando en evidencia a la facultad de Los Ángeles, su cliente, que trabajaba sobre la misma idea al mismo tiempo. Al leer los elogiosos artículos que había cosechado el exitoso experimento escocés, se dio cuenta de cómo y cuánto había fallado durante sus dos años en Glasgow.

Su jefe y amante, Matt Segal, había estado decepcionado por ese tema durante un tiempo, hasta tal punto que, durante meses, no la llamó para mantener un encuentro sexual. Tal como era él, debía verse con otra durante ese período. De todas formas, estaba tranquila en ese sentido: nadie era tan hábil en ese terreno como ella, nadie. Se había ocupado concienzudamente de ello. Su trabajo dependía de lo buena que era follando y ella era, o había sido hasta el caso de Glasgow, excelente consiguiendo resultados con esa arma.

Como no podía ser de otra manera, Matt había vuelto a llamarla a su cama y

volvían a ser un tándem temible; el azote del espionaje industrial. Cada uno, en su campo, era el mejor, y los resultados, a excepción de algún caso aislado, daban fe de ello.

Desde entonces, había estado involucrada en casos menores. Ninguno que pusiera en peligro el buen nombre de su cliente, la universidad, pero que sí había resultado útil para dejar en evidencia a otros centros educativos de su país.

Cuando Matt le habló de volver a Glasgow, reconquistar a Sean, conseguir el éxito de esa nueva misión y, de paso, librarse del mal sabor de boca que le había quedado la primera vez, no lo dudó. Tenía que demostrarse a sí misma que podía con el «problema escocés», tal como lo había bautizado.

Hizo un estudio previo exhaustivo. Su sorpresa fue descubrir que Sean volvía a estar involucrado en esa investigación. Ella pensaba que, después del accidente, se habría retirado, pues no dejaba de ser un tullido que difícilmente podría valerse por sí mismo. Se había equivocado de pleno. Otra vez no había tenido en cuenta su carácter, su tenacidad. Por suerte, conocía muchos de sus hábitos y volver a entrar en su círculo no le resultaría problemático, se dijo.

Había vuelto a fallar.

Y, para colmo de males, en ese momento tenía un sucedáneo de mujer a su lado que lo defendía como una gata a su cachorro y por la que él sentía un amor que saltaba a la vista.

Aquello había llegado muy lejos. La segunda fase del proyecto estaba a punto de comenzar. Con el primer fracaso de hacía casi tres años, sumado al de pocos meses antes, cuando intentó sabotear el nuevo proyecto de Sean y éste descubrió los errores, ya tenía su cupo lleno. Si ese segundo ciclo salía adelante, su credibilidad como espía quedaría en entredicho y eso era algo que no pensaba permitir.

Sacó su teléfono del bolso, marcó el número que tan bien conocía y esperó respuesta.

—¿Y bien? —preguntó su interlocutor a modo de saludo—. ¿Se va a hacer por las buenas o por las malas?

—Me temo que tenías razón. Por las malas.

—Has perdido toque, Claudia. No lo has sabido engatusar como hace años.

—Te recuerdo que no me ve.

—No sólo tienes físico —le echó en cara. Hizo una breve pausa para

encenderse un cigarrillo—, aunque, teniendo en cuenta cómo lo abandonaste, debo reconocer que lo tenías negro.

—Dejemos eso, ¿quieres? —La rabia le subió por la espalda y explotó en un exabrupto—. Ya no podemos hacer nada al respecto.

—Sí, será lo mejor. —Sonrió con suficiencia, dándole una calada a su pitillo.

—¿Qué plan tienes?

—¿Lo has visto entrar en la universidad?

—Sí.

—Bien. Voy a intentar entrar en su despacho. Me he hecho amigo del guarda de seguridad y no sospechará de mí. Cree que soy un miembro invitado del claustro.

—Esto tiene que acabar hoy mismo, Matt. Estoy harta de Escocia, del frío, de este trabajo...

—Estás quemada porque te ha salido el tiro por la culata, reconócelo. —Volvió a inhalar profundamente—. Tienes tu orgullo herido y eso te jode.

—Piensa lo que te dé la gana —le espetó, dando veracidad a lo que él insinuaba—, pero lo que está claro es que no podemos alargar más este asunto.

—Sí, ya lo sé. Si consigo los documentos, todo habrá acabado en breve. Si no, tú tendrás que actuar.

—No entiendo cómo han hecho responsable de unos papeles tan importantes a un invidente.

—No lo infravalores, ¿quieres? —replicó, molesto, Matt. Dio la última calada—. Tiene un cerebro privilegiado. Además, no es fácil descifrar braille, recuérdalo.

—Lo recuerdo perfectamente —reconoció mientras se envolvía el cuello con la bufanda de cuadros escoceses que llevaba—. Me costó mucho encontrar a alguien que pudiera «traducir» el folio que lograste extraer del dossier que guardaba en su mesa.

—Ahí lo tienes. Suma uno más uno.

—No seas sarcástico. Ve a hacer tu trabajo de una puta vez.

—Te llamaré en cuanto esté hecho.

Tuvo que esperar más de tres horas para recibir la llamada de su amante. Mientras aguardaba, se refugió del frío en el apartamento que habían alquilado y dedicó el tiempo a comer palomitas y ver una estúpida serie norteamericana que

sólo consiguió ponerla más nerviosa. Saltó de su asiento al oír el pitido del teléfono.

—¿Los tienes? —fue su saludo.

—No. —Sonaba enfurecido—. No he podido ni acercarme al área de profesores.

—Pero ¿no te has hecho pasar por uno de ellos? —le gritó fuera de sí.

—Sí, coño, sí... pero no tengo despacho y parece que están muy susceptibles con el tema del proyecto. Si no eres del claustro, no puedes acceder a los despachos a menos que vayas acompañado de un profesor de la universidad. —Bufó como un toro—. Y no soy tan estúpido como para pedirle a nadie que me abra la puerta del despacho de míster McCloud, ¿o crees que sí lo soy?

—Bueno, y ahora, ¿qué hacemos?

—Tendrás que colarte en su casa y averiguar si tiene algo allí.

—¿Por qué yo? —preguntó enfadada, empezando a pasear sin rumbo por la sala.

—Porque yo no conozco la vivienda, imbécil.

—No me hables así, cabrón.

—Pues no digas gilipolleces. —Trató de serenarse. Esa actitud lo estaba alterando y era preciso mantener la cabeza fría—. Coge un taser, el más potente de todos, por si acaso te encuentras con alguna sorpresa.

—No me gustan las armas, ya lo sabes.

—Lo sé, pero es preciso que vayas preparada. Nunca se sabe qué puede ocurrir. —Durante un segundo meditó los pasos que debería seguir—. Será mejor que me esperes. Hablaremos cuando llegue.

En cuanto apareció en el apartamento, terminaron de trazar el plan que, en apariencia, era muy sencillo. Tenían experiencia en situaciones parecidas y ésa, en particular, no parecía encerrar dificultad. A Matt le molestaba la precipitación en un trabajo, pero les estaban exigiendo unos resultados que todavía no habían llegado. Sus jefes no estaban nada contentos con cómo estaban desarrollándose las cosas hasta el momento. Eso, sumado a las prisas que manifestaba Claudia por poner fin a su estancia en Escocia, lo habían decidido a actuar. Se harían con los documentos, sabotearían los cálculos que se habían realizado y podrían dar su labor por finalizada. Esperaba que con eso fuera suficiente y que Sean no notara la sustracción de los papeles hasta que ellos los hubieran podido

manipular.

Claudia salió del piso vestida con ropa cómoda, un manajo de ganzúas, guantes de látex, bridas y el taser de alto voltaje. Fue a pie dando un rodeo, tratando de pasar desapercibida, manteniendo un perfil bajo. Antes de acceder a la vivienda que tan bien conocía, se aseguró de que no hubiera nadie a la vista. Comprobó las ventanas vecinas, las calles anexas, los escasos coches que pasaban. Sólo cuando estuvo segura de que no había peligro, se decidió a entrar.

Con una ganzúa, consiguió abrir la puerta sin mucho esfuerzo. Pensó con diversión que Sean seguía siendo un hombre excesivamente confiado. Una vez dentro, volvió a recorrer la calle con la mirada. No parecía que nadie se hubiera percatado de nada. Con las manos enfundadas en los guantes, empujó la puerta desde dentro para que se cerrara por sí sola y encendió la luz.

La casa estaba prácticamente como la recordaba; sólo habían cambiado algunos detalles insignificantes, aunque se notaba la mano de una mujer en la decoración. Fue directamente a la habitación que hacía de despacho. Allí sí que vio cambios: en vez de uno, había dos ordenadores, uno de ellos portátil. Con cuidado y sin hacer ruido, comenzó a abrir cajones, sin encontrar en ellos nada que fuera de su interés. Empezó a inquietarse. Estaba corriendo un riesgo muy grande sin tener la certeza de que lo que buscaba estuviera allí. Miró a su alrededor, por si veía algún posible escondrijo, pero ya lo había registrado todo, al menos todo lo que estaba a la vista. De repente, se le ocurrió que, tal vez, Sean habría guardado los papeles en un sitio menos evidente. Rápidamente subió la escalera y se coló en la habitación principal. No sólo no encontró lo que buscaba, sino que tuvo una imagen bien clara de que el escocés compartía su dormitorio con aquella... individuo. Lo que más le irritó fue hallar la ropa interior de María en el dormitorio que antaño había sido suyo.

Lo dejó todo como lo había encontrado y salió sigilosamente al distribuidor para dirigirse a la habitación de invitados. Estaba abriendo la puerta cuando oyó un ruido de llaves que provenía del piso inferior.

Capítulo 13

María se sorprendió al ver la puerta ligeramente abierta. Sean siempre se cercioraba de que quedara bien cerrada; si no se acompañaba con la mano, había riesgo de que quedara como estaba en ese momento.

La sorpresa pasó a ser extrañeza cuando entró en el recibidor y vio la luz encendida. A menos que ella estuviera en casa, Sean no la utilizaba, no lo necesitaba y a *Dark* tampoco le hacía falta, se manejaban bien a oscuras.

La extrañeza se convirtió en recelo al sentir, más que oír, un rumor en el piso de arriba.

Como ni loca iba a subir y estaba convencida de que no era Sean quien estaba en el piso superior, se dirigió al despacho para llamar a la policía sin que la oyera quien estuviera arriba. Ajustó la puerta, sacó el móvil de su bolso, que todavía llevaba colgando del hombro, y, cuando iba a marcar el 999, el teléfono de emergencias, para contactar con la policía, la puerta situada detrás de ella se abrió.

No le dio tiempo a reaccionar. En el mismo segundo en el que se giraba, recibió un golpe en la cabeza con uno de los bastones de caminar que Sean guardaba en la habitación de invitados y todo se volvió negro.

Claudia la vio a sus pies y sonrió. Experimentó una satisfacción especial al verla allí tirada y con un hilo de sangre escapando de la brecha que le había provocado en la frente. Le había dado con todas sus fuerzas. Para no gustarle las armas, había hecho un buen uso de una improvisada, pensó satisfecha. De todas maneras, y como no sabía a ciencia cierta el daño que podía haberle causado, la maniató con una de las bridas que llevaba en su equipo y la dejó tendida sobre la moqueta, que empezaba ya a colorearse de rojo con la sangre de María.

—Púdrete —le soltó antes de darse la vuelta y salir de la habitación.

Volvió sobre sus pasos. Todavía le faltaba registrar una estancia. Estaba más tranquila. Lo único que podía pasar era que apareciera Sean, pero ¿qué iba a hacer un pobre ciego contra ella?

* * *

Sean volvía a casa satisfecho, complacido por lo bien que habían ido las clases de la mañana, contento por cómo evolucionaban los estudios previos a la segunda fase del proyecto que había estado coordinando y, sobre todo, entusiasmado porque María había vuelto de su primer *tour* más temprano de lo que cabía esperar.

Cuando traspasó la cancela del jardín, *Dark* empezó a inquietarse. No estaba alegre y feliz como solía mostrarse cuando su nueva ama estaba en casa. No. Un gruñido sordo y amenazante escapaba por entre sus dientes apretados mientras se erizaba su pelaje. Estaba preparándose para atacar.

—Tranquilo, chico —le ordenó Sean, sin poder hacerse caso a sí mismo—. Todo va bien.

Pero nada iba bien. En cuanto abrió la puerta distinguió tres olores diferentes: el de María, el de la sangre y otro que le revolvió el estómago: el dulce y empalagoso hedor que siempre acompañaba a Claudia.

Su primer instinto fue salir de allí rápidamente y llamar a la policía, pero la sangre y el hecho de no haber oído la voz de María lo obligaron a entrar. Con extremo cuidado, intentando hacer el menor ruido posible, le quitó el arnés a *Dark*, aunque, con una señal, le ordenó que se quedara a su lado. Notó el calor de la luz encendida; la apagó y, siguiendo el rastro del olor a sangre, fue hasta su despacho. Enseguida, el labrador se separó de él para acercarse a María y olisquearla. Sean se agachó junto a ella y, a tientas, le buscó el pulso. Era firme y constante, y eso lo tranquilizó... un poco. La palpó por todas partes, tratando de averiguar dónde estaba la herida. Al notar el plástico que sujetaba sus muñecas, su pulso se aceleró... y todavía lo hizo más cuando encontró la brecha que tenía en la frente. De todas formas, por suerte, no parecía estar malherida.

Con la certeza de que María no corría un peligro inminente, acercó la boca a la cabeza de *Dark* y le ordenó que la vigilara antes de seguir el tufo que

desprendía Claudia desde el piso superior.

La espía, temporalmente entorpecida por la oscuridad reinante, se asomó al quicio de la puerta tras la que se encontraba. Un segundo después, estaba en el suelo con unas fuertes manos sujetando las suyas. Comenzó a debatirse contra aquel agarre con todas sus fuerzas.

—¿Qué haces aquí, Claudia? —le espetó con furia—. ¿Qué le has hecho a María?

—Suéltame, desgraciado. —Era imposible que un hombre que no podía ver la hubiera cogido por sorpresa.

—¡Contesta! —gritó él.

Ella no respondió. Siguió luchando por librarse de Sean. En el forcejeo, consiguió alcanzar el arma que colgaba de su cinturón y la usó contra él. La descarga de gran voltaje lo dejó momentáneamente paralizado. Claudia lo aprovechó para deslizarse por debajo de su cuerpo y salir huyendo, olvidando el taser que acababa de utilizar junto al cuerpo entumecido del escocés.

Bajó la escalera a la carrera. Lo que no imaginaba era que el perro estaría esperándola cuando llegó al piso inferior. Con gran agilidad, *Dark* se lanzó sobre ella, que cayó al suelo por segunda vez. El miedo la atenazó. No podía ver al bicho que se cernía sobre ella, sólo oía sus gruñidos y sentía las babas que le caían encima. Gritó de terror, pero eso sólo enfureció más al labrador. No era un animal de defensa, todo lo contrario, pero, ante el ataque que habían sufrido sus amos, había reaccionado protegiendo a los suyos.

Sean tardó casi un minuto en restablecerse. Aturdido, se puso en pie con dificultad. Respiró profundamente dos veces y, como pudo, siguió el sonido que llegaba de abajo. Le costó descender la escalera, pero lo consiguió. A cada instante se sentía mejor, más fuerte y dueño de sus facultades. A una voz suya, *Dark* se separó de su presa, pero no se alejó de su lado.

Sin la ventaja del taser, Claudia no podía hacer nada contra un Sean totalmente recuperado. Su fuerza y su empeño eran muy superiores. Además, contaba con el apoyo de su perro. Sean logró reducirla sin demasiados problemas. Buscó a tientas por el cuerpo de la mujer por si tenía más armas y se encontró con las bridas que había utilizado con María. Usó una con ella.

—Suéltame, ciego asqueroso —bramó la rubia.

—Ya lo harán en comisaría. De momento, te vas a quedar así. —Luego,

dirigiéndose a su fiel amigo, dijo—: Vigílala, que no se mueva.

Corrió junto a María, que empezaba a dar señales de mejoría, por lo que respiró aliviado. Sólo entonces llamó al teléfono de emergencias, para pedir una ambulancia, primero, y avisar a la policía, después.

Las sirenas se oyeron alto y claro menos de diez minutos después. Mientras esperaba, Sean había dividido el tiempo en volver a conectar la luz para facilitarles el trabajo a los agentes, en asegurarse de que Claudia seguía donde la había dejado, con *Dark* custodiándola, y en cuidar de María, su máxima prioridad.

La primera persona que atravesó la puerta que él había dejado entreabierta fue una agente delgada y decidida que se presentó como Sarah Miller, seguida muy de cerca por su compañero Graham Edwards. En el mismo instante en que estudiaron y delimitaron el perímetro, les dieron permiso a los paramédicos para que se hicieran cargo de la herida.

La oficial Miller se acercó a Sean y le pidió unos minutos de su tiempo. Debido a la soltura con la que se movía por el entorno, ninguno de los policías se percató de su ceguera.

—¿Qué es lo que ha visto? —preguntó Miller, con su bloc de notas en una mano y un lápiz en la otra.

Sean arqueó una ceja y sonrió de medio lado.

—Nada.

—¿Nada? —repitió Edwards, perplejo.

—Por si no se han dado cuenta, agentes, soy ciego —los informó—. Me guío por los olores, por el tacto y, sobre todo, por intuición.

Desorientados, los dos policías se miraron el uno al otro, encogiéndose de hombros. Luego lo miraron a él.

—No me miren así —dijo utilizando esa extraña habilidad que lo caracterizaba, dejando con ello todavía más sorprendidos a los policías—. No puedo hacer nada al respecto. Y ahora, si me perdonan...

Dejó a los confusos inspectores junto a Claudia, que no paraba de lanzar bufidos, y se fue al lado de su novia, que era quien realmente le importaba.

—María, cariño, ¿me oyes? —preguntó arrodillándose a su lado.

—Sí —contestó ella con voz débil.

—Estás en buenas manos. Estos hombres se encargarán de ti.

—Ahora nos la llevaremos al hospital —informó uno de los sanitarios—. Tenemos que asegurarnos de que no tenga una conmoción.

—Voy con ustedes —sentenció Sean sin dar opción a réplica.

La agente de policía entró en ese instante y se dirigió a él con voz firme.

—Deberá pasar por comisaría para testificar y ella —añadió refiriéndose a María—, también.

—De acuerdo, pero ahora, si no le importa, nos vamos en la ambulancia para que la examinen como es debido.

—No hay problema. Hasta que ustedes puedan venir, hablaremos con la detenida y trataremos de averiguar qué la ha impulsado a entrar en su casa y golpear a su mujer.

«Mi mujer», pensó Sean con satisfacción. Sí, María era su mujer, la mujer que amaba y que se había convertido en el centro de su vida.

Antes de abandonar la casa, Sean se dirigió a los agentes.

—Si precisan algo de nosotros antes de que vayamos a comisaría, pueden ponerse en contacto con el capitán Connor Kirkpatrick, es mi cuñado.

Un coche patrulla aparcado frente a la puerta esperaba a los dos policías y a Claudia; se introdujeron en él y desapareció calle abajo.

La ambulancia, con su preciosa carga, no tardó en hacer lo mismo. En la vivienda, que había sido forzada y donde se había desarrollado todo el altercado, sólo quedó el siempre fiel *Dark*.

Durante el trayecto a la clínica, Sean llamó a su hermana. Le explicó la situación y le rogó que se lo comunicara a Connor antes de pedirle también que se hiciera cargo del perro. Mavis se preocupó enseguida por el estado de María y le exigió que la tuviera al corriente con frecuencia. Lo tranquilizó con respecto a *Dark*. Ella se ocuparía del labrador todo el tiempo que hiciera falta y le dijo que iría a ver a María en cuanto él le diera luz verde para hacerlo. Además, le aseguró que su marido se ocuparía personalmente del caso.

Después llamó a Carlton, su compañero, para explicarle lo mismo y para anunciarle que no iría a la universidad hasta que su mujer estuviera repuesta. Tal como había hecho Mavis, Carlton también le pidió que lo mantuviera informado y le dijo que no tenía que preocuparse de nada a excepción de María.

Mantuvieron a la joven en observación durante cuarenta y ocho horas, tiempo en el que Sean apenas se separó unos minutos de su lado. Dormía en un

incómodo sillón, siempre atento a lo que ella pudiera necesitar. La preciosa cara de la española mostraba una preocupante hinchazón y un no menos preocupante color ciruela que se extendía desde el corte hasta la mitad de la mejilla. Aparte de eso, su pronóstico no revestía gravedad.

Durante los dos días que permanecieron en el hospital, Sean recibió varias llamadas de Connor de carácter oficial. La policía tenía retenida a Claudia en un calabozo, pero aún no habían logrado sacarle ninguna información. Era necesario que tanto Sean como María se pasaran por comisaría lo antes posible para que arrojaran un poco de luz a los hechos y para que firmaran la denuncia. En todas esas ocasiones, Sean le aseguró que se presentarían tan pronto como les fuera posible. Eran los primeros interesados en esclarecer lo que había sucedido y por qué.

Todas las pruebas médicas de María salieron sin alteraciones. Sólo el fuerte golpe y el mareo derivado del mismo eran testimonio de lo que había pasado. También a Sean, a pesar de sus quejas, lo examinaron para descartar que la descarga eléctrica le hubiera dejado alguna secuela. Lo mismo que había pasado con los test de María, los suyos salieron asimismo favorables.

Por expreso deseo de la guía, no habían llamado a Ana. No quería disgustarla, puesto que no había ocurrido nada irreparable. Cuando estuviera totalmente recuperada, hablaría con su madre y se disculparía por haber tardado tantos días en ponerse en contacto con ella inventándose cualquier excusa.

—Tengo ganas de volver a casa —confesó María el día previsto para que le dieran el alta—. Odio los hospitales y detesto su olor.

—Sí, yo también. —Recordaba demasiado bien el tiempo que se vio forzado a permanecer ingresado en uno—. Estoy deseando tenerte en nuestro hogar, con nuestro perro enroscado a nuestros pies. —Le repasó todo el rostro con las yemas de los dedos para detenerse en el apósito que tenía en la frente.

—¿Crees que me despedirán? —preguntó de repente María, cambiando de tema, con la preocupación bailando en su voz.

—No. Estoy convencido de que no lo harán. Los avisé el mismo día del ataque —la tranquilizó. Le rozó los labios con los suyos antes de añadir—: John se mostró muy comprensivo y preocupado. De todas maneras, eso es lo último en lo que tienes que pensar ahora mismo, amor.

—¿Por qué crees que lo hizo? —quiso saber María.

—No lo sé, pero la policía lo averiguará y pagará por ello. Connor se encargará. Puedes estar segura.

—No puedo entender cómo pudiste estar enamorado de una mujer como ella, Sean. —Sonó pesarosa.

—Yo tampoco. Lo cierto es que estaba más ciego entonces de lo que lo estoy ahora. Me dejé embaucar por su belleza y lo lamento profundamente, sobre todo por lo que ha supuesto para ti. —Volvió a acariciarle la cara.

—Para los dos. —Llevó su mano hasta la de Sean y entrelazó los dedos a los de él.

—Te quiero, María —dijo él apretando con fuerza su agarre—. Te quiero como nunca he querido antes. Te necesito. Te deseo. Te amo. Te... —Bajó la cabeza y la besó, dando sentido a sus palabras, demostrándole con aquel gesto que eran ciertas todas y cada una de ellas.

* * *

Mavis los recogió pasado el mediodía, llevando una bolsa con algunas pertenencias de la enferma para conducirlos directamente a su casa.

—Los niños insistían en venir conmigo, pero he pensado que necesitaréis un poco de tranquilidad durante un tiempo —comentó una vez iniciado el trayecto.

—Gracias, hermana. —Sean sonrió con afecto—. María necesita mucho reposo.

—¡Eh, no hables por mí! —protestó la aludida desde el asiento trasero—. Adoro a esos críos y me encanta tenerlos a mi alrededor.

—Y los tendrás, te lo aseguro —bromeó la pelirroja—. Si se lo permites, no te van a dejar ni a sol ni a sombra.

—De acuerdo, pero no hoy —reiteró Sean—. Hoy toca descansar. Mañana ya veremos.

—Sean —María habló con precaución, intentando evitar que su novio se alterara—, mañana me gustaría ir a la comisaría.

—¿Tan pronto? —preguntaron los dos McLoud a la vez.

—Sí, lo necesito. Quiero acabar con esto de una vez, pasar página. —Suspiró profundamente, llevándose una mano a la frente—. No quiero que su sombra revolotee sobre nosotros ni un minuto más. Tenemos que averiguar qué quería y

por qué actuó como lo hizo —concluyó cuando ya se divisaba la silueta de su hogar.

El recibimiento de *Dark* fue reconfortante. No sabía a quién dirigirse primero. Moviendo la cola como si fuera un aspa de helicóptero, se dividía entre los tres recién llegados, aunque su lealtad estaba principalmente con su dueño. Los acompañó a todos hasta la sala, que rebosaba de ramos de flores que sus amigos le habían enviado, felices por su vuelta a casa. Allí, los McCloud obligaron a María a sentarse en el cómodo sofá, y luego perro y amo fueron a la cocina. El animal se quedó sentado sobre sus cuartos traseros con la lengua colgando por fuera del morro, observando cómo Sean preparaba té.

—¿Nos has echado de menos, muchacho? —dijo Sean acariciándole entre las orejas mientras esperaba que hirviera el agua—. Nosotros también a ti.

Abrió un armario y sacó un paquete de golosinas caninas. Le dio una... y luego otra. Guardó el paquete y se agachó para ponerse a su altura.

—Gracias, *Dark*. Gracias por defendernos a María y a mí. Gracias por ser un buen amigo y un mejor guardián. Gracias por ocuparte de mí como lo haces. Te quiero, chico.

En ese momento, la tetera pitó, anunciando que el agua estaba ya lista para el té. Se levantó a regañadientes, tenía demasiadas cosas que agradecerle a ese perro. Con seguridad, alcanzó las tazas y preparó las infusiones.

* * *

A pesar de sus intentos por disimularlo, María estaba agotada. Mavis, siempre atenta a lo que pasaba a su alrededor, se dio cuenta de ello, igual que se percató de que Sean quería quedarse solo con su mujer, ocuparse de ella, tenerla exclusivamente para él.

—Bueno, chicos —dijo tras apurar su taza de un sorbo—, Connor se alegrará de que vayáis tan pronto a la comisaría. Me voy ya, los niños me esperan. Nos veremos mañana. Vendré por si necesitáis cualquier cosa.

—No hace falta que te molestes —intentó persuadirla María.

—Déjala —intervino Sean—. Si no viene a fisgonear cómo te encuentras, no estará tranquila en todo el día.

—Entonces, nos vemos mañana —se despidió Mavis.

—Noooo —bromeó Sean—. Yo no te veré. —Y con esas palabras se ganó un pescozón de su hermana mayor.

Después de acompañar a Mavis a la puerta, regresó junto a su chica, quien, sentada en el sofá, había bajado los párpados. Se sentó a su lado y la atrajo hacia él. Ella no tardó en arrebujarse en su abrazo.

—Tenía muchas ganas de estar así, en tus brazos —confesó ella—, sintiéndome protegida, arropada, querida. —Suspiró mientras volvía la cara para mirar de frente a Sean—. Te quiero tanto, tanto, que no concibo ni un día sin estar a tu lado. —Lo besó en la boca, en las mejillas, en los ojos... y volvió a acomodarse entre sus brazos—. Eres el hombre que he estado esperando toda mi vida. Sin saberlo, era a ti a quien buscaba en todos los demás.

—No sabes cuánto me alegro de que me hayas encontrado.

—¿Sabes qué pensé cuando me dieron la noticia de que iba a ser tu guía?

—Sorpréndeme.

—Que seguramente serías un señor mayor, barrigón y con los mofletes rojos —confesó con una risita ahogada.

—Vaya, debiste llevarte una buena decepción.

—No seas tonto —dijo depositando un beso en su cuello—. Lo que pensé al verte fue que un dios griego se había escapado del Olimpo y que mi misión era orientarlo en su paso por la tierra.

—Un dios griego, ¿eh? —Alzó la comisura de los labios en una sonrisa traviesa.

—Sí. Lo que ignoraba en ese momento era que serías tú quien me guiaría a mí hasta conocer lo que significa la palabra «amor». —Arrastró la nariz por su cuello, impregnándose del masculino aroma que desprendía—. Aunque el término «amor» no logra definir todo lo que siento por ti. Deberían inventar un nuevo vocablo que expresara lo mucho que te quiero.

—Podemos buscar uno para los dos —bromeó Sean alzándole la barbilla para besarla.

—Buena idea —siguió la guasa—. MarSean, ¿qué te parece? O SeaMar.

—Me gusta. El nuestro es un amor tan grande como el mar. O tal vez más.

—Más, mucho más.

Esa noche, Sean la pasó despierto, agradecido de tener el cuerpo cálido y suave de María junto al suyo en la cama, acariciando cada centímetro de su piel,

adorando cada curva, cada recodo, cada milímetro de su anatomía... Feliz por haber tomado la decisión de visitar Barcelona solo, por haber contratado aquella determinada agencia y porque los dioses hubieran puesto a esa maravillosa, valiente y vivaz mujercita en su camino.

Capítulo 14

A pesar del dolor de cabeza, María insistió en ir a la comisaría. Mientras se arreglaba, pudo estudiar con más detenimiento su aspecto. Estaba horrible. En algunos sitios, el violeta de su rostro había dado paso a un verde zombi o a un amarillo vómito. «Menos mal que Sean no puede verme», pensó mientras intentaba disimular con maquillaje la evidencia de su encuentro con la norteamericana. Cuando terminó, examinó de nuevo su rostro. No presentaba demasiada mejoría, pero no había nada más que pudiera hacer.

Sean esperaba en la planta baja, con el abrigo puesto y *Dark* a su lado.

—Acabo de llamar a un taxi —informó al percibir que bajaba—. No tardará en llegar.

—Bien.

Trató de superar los nervios que la atenazaban poniéndose su anorak, anudándose la bufanda y colocándose el gorro de lana a juego.

Sean se acercó a ella y la abrazó.

—Tranquila, estoy a tu lado.

—Lo sé. Tú eres mi fuerza.

—Espero que no tarde demasiado en desaparecer el tufo que dejó Claudia cuando estuvo aquí. —Cambió de tema para relajar el ambiente—. Todavía puedo olerlo a pesar de los cientos de ramos que te han enviado, y me revuelve el estómago.

—Bésame —pidió alzando la cabeza y rodeándole el cuello con los brazos

—Siempre sabes cómo calmarme —dijo cuando separaron sus bocas—. Tu aroma me ayuda a olvidar su hedor.

El claxon del taxi que esperaban rompió el íntimo momento. Sean cogió con

una mano la de María y con la otra la correa de *Dark*. Se cercioraron de que la puerta quedaba bien cerrada y subieron al vehículo.

* * *

Claudia telefoneó a Matt el mismo día que la pillaron, malgastando con ello su única llamada. Él estaba furioso. Su plan se había ido al traste. No podía arriesgarse a volver a intentarlo; tendría que reconocer ante sus clientes que había fracasado... otra vez... y de nuevo por culpa de Claudia. No pensaba exponerse por ella y su ineptitud. Tenía planeado desaparecer en breve. Intentaría tener todos sus asuntos atados lo antes posible y la dejaría allí, a su suerte. No quería aventurarse a continuar con el plan él solo y que lo trincaran. La misión no merecía el sacrificio, pues el dinero, de poder concluir el encargo, tampoco sería tan sustancioso.

Claudia se vio sola, sin red a la que lanzarse, sin ayuda de nadie. Durante los casi tres días que llevaba encerrada en las dependencias policiales, se había mantenido en silencio, esperando ingenuamente que Matt cambiara de opinión y se retractara de todo lo que le había dicho durante su conversación telefónica. Pero pasaban las horas y ni Matt ni nadie aparecía por allí. Mejor dicho, sí se había presentado alguien: un abogaducho de tres al cuarto, con un traje que le quedaba grande (seguramente comprado de segunda mano en un *charity*), que se había ofrecido a representarla. Ella, cuando todavía mantenía intacta la ilusión de que Matt llegaría con la caballería para sacarla de ese embrollo, desechó su oferta más bien con malos modos. En ese momento, transcurridas las horas, se arrepentía de su arrebato.

La noche anterior a que María y Sean fueran a declarar, Claudia se desmoronó. Pidió hablar con la agente Miller, quien había llevado su caso desde el principio, y lo soltó todo. Habló por los codos. Explicó cómo había ido a parar a Escocia hacía años y por qué. Les narró la manipulación que había realizado en el aparato que Sean y su equipo estaban preparando entonces, las consecuencias que eso tuvo para él y cómo lo abandonó y regresó a California al creer que el sabotaje había resultado todo un éxito. Les confesó que la Universidad de Los Ángeles se había puesto en contacto con su agencia otra vez cuando se conoció la existencia del nuevo proyecto en el que estaban trabajando los de Glasgow.

No omitió ningún detalle, a pesar de que la agente le recordó sus derechos y también que todo lo que dijera se podría usar en su contra. Además, la inspectora le recomendó que contratara a un abogado. Claudia desechó la oferta obstinadamente. Sólo quería confesar. Estaba convencida de que, con ello, lograría un mejor trato para su causa, ignorando que de esa manera lo único que hacía era cavar su propia tumba. Así que, cuando míster McLoud y la señorita Costa aparecieron en comisaría, su testimonio sólo constituyó un dato más que agregar al expediente, al que, además, sumaron los informes médicos de María y Sean.

Antes de salir de la jefatura de policía, Miller y Edwards los llevaron a una sala privada. Allí se encontraron con un Connor extremadamente serio. Tenían que explicarles los motivos que movieron a Claudia a entrar en su hogar. Cogidos de la mano y con el perro siempre a sus pies, escucharon con estupor lo que los tres agentes, de la manera más amable posible, les relataron. Cuando llegaron a la parte del accidente de Sean, ambos sufrieron una sacudida que los dejó sin palabras..., especialmente a Sean. Hasta ese instante había achacado su ceguera a un accidente fortuito, incluso se había culpado durante dos años por no haber sido más prudente al manejar la máquina. Darse de bruces con la realidad de que había sido la mujer a la que había amado quien lo había dejado sin vista le resultaba demasiado duro de asimilar.

—Me encargaré personalmente de que le caiga todo el peso de la ley, Sean —afirmó Connor con contundencia.

Se lo agradeció con un leve movimiento de cabeza. Estaba estupefacto. Por suerte, María estaba a su lado. Ella, comprendiendo todo el torbellino de emociones que lo recorría tras esa revelación, apretó su mano con fuerza, tanto para darle su apoyo como para mostrarle la inmensidad del amor que sentía por él. Ella se había enamorado de un Sean ciego y nadie podía cambiar ese hecho. Y, muy a su pesar, en un rinconcito remoto de su corazón, le dio las gracias a Claudia. Sin su intervención jamás hubiera conocido al hombre de su vida. Se sintió mezquina por pensar así, pero, a pesar de intentar borrar ese sentimiento, no pudo conseguirlo totalmente.

—¿Cogemos un taxi? —preguntó María al salir de la comisaría.

—Si no te importa, prefiero caminar.

—No, claro que no, cariño.

Anduvieron en silencio. Desde que se conocían nunca habían mantenido uno igual. María respetaba su mutismo; imaginaba que tenía demasiadas cosas en las que pensar. Ella también debía meditar mucho. No sabía de qué manera podía afectarle a Sean el conocimiento de un hecho tan horrible. *Dark*, a su lado, notando que los ánimos de su dueño eran nefastos, se mantenía alerta, marchaba despacio y en un silencio casi tan absoluto como el de los dos humanos que paseaban con él.

Poco antes de llegar a su casa, María ya no podía más. Tenía que saber lo que pasaba por la mente de Sean. Él, un hombre tan activo, tan vital, divertido, ocurrente, chispeante, educado y amable, se veía sombrío y apático.

—Sean, por favor, dime qué piensas.

—Tengo la cabeza llena de recuerdos que ahora me parecen espantosos — confesó con un chasquido—. La detesté con todas mis fuerzas cuando me abandonó dejándome a mi suerte... la mujer que amaba —rio sin ganas—, pero lo que me inspira ahora mismo es mucho más profundo, más devastador. Ahora la odio y jamás en toda mi jodida vida he tenido ese sentimiento por nadie. No me gusta lo que esta sensación me hace a mí. Necesito liberarme de la opresión que tengo en el pecho, porque, si no, ella me habrá vuelto a destruir. Y me niego a darle esa satisfacción.

María se paró en mitad de la calle, se puso frente a Sean y le abarcó la cintura con los brazos, recostando la cabeza en su pecho, donde el corazón del hombre que amaba latía con fuerza.

—Sé que lo que te voy a decir puede sonarte horrible, y lo es, pero...

Sean le acarició el pelo con la mano que no sujetaba a *Dark*.

—Sí, mi amor, tienes razón. Gracias a lo que hizo, hoy te tengo a ti, así, entre mis brazos, brindándome todo lo bueno que la vida me puede ofrecer.

—Yo... —intentó justificarse mirándolo, con la barbilla apoyada en su torso y los ojos llenos de amor.

—Te quiero, María. Y si el pago por tenerte es mi ceguera, bienvenida sea. Sólo te pido que me ayudes a destruir este odio que sólo me hace daño a mí... y también a ti.

—Pondré todo mi empeño. Mi vida va en ello.

* * *

La conmoción que habían sentido ellos al saber la noticia fue comparable a la que azotó a Mavis. Su hermana, indignada, no hacía más que repetir que esa mujer nunca le había gustado, y Connor, habiendo escuchado sus declaraciones de primera mano, estaba de acuerdo con ella. ¡Qué diferente era esa fría y odiosa tipeja a María! No se cansaba de decirlo una y otra vez. Fue precisamente la española la que le rogó que se olvidara del asunto. Hablar de ello y en esos términos lo único que conseguía era hacerle daño a Sean, y eso era lo último que todos querían, que él sufriera todavía más.

—Mavis, por favor, déjalo estar.

Sean cuadró los hombros y respiró con fuerza. Entonces, habló.

—Mavis, he aceptado que ya no podré ver en toda mi vida, que no podré deleitarme con el rostro de mi mujer, ni con las de los hijos que tengamos... pero me niego a que, además, mi corazón no pueda amarlos plenamente. Si odio a Claudia, esa parte de mi corazón dedicado a ella no estará en condiciones de abrirse a los que quiero. —Tomó aire y buscó a tientas la mano de María—. Voy a olvidarme de ella. Lo voy a intentar, al menos. Os pido a todos que me ayudéis a lograrlo. En esta habitación están las personas que más me importan, y también el perro. —Sonrió alargando la mano libre hasta alcanzar la cabeza de su guía canino—. *Dark*, no me olvido de ti. Esto es lo que quiero que gobierne mi vida y no el resentimiento. Te suplico que no volvamos a hablar de este tema nunca más.

Mavis se levantó de su asiento, fue hacia él y lo abrazó con fuerza antes de darle un beso en la mejilla.

—Si eso es lo que quieres, eso haremos. —Miró sobre su hombro a su marido—. ¿De acuerdo, Connor?

—De acuerdo.

En ese momento, el pitido del móvil de María rompió la solemnidad que se había creado en la habitación. Con una mirada de disculpa, fue a responder la llamada. Era su madre. Ana se mostró muy preocupada por la falta de noticias suyas durante días, y todavía más cuando conoció el motivo.

—Pero ¿estás bien, cariño?

—Sí, mamá, no te preocupes. Me han hecho pruebas y todo ha salido bien.

—Pero ¿qué quería el que entró?, ¿dinero?

—Bueno... —No sabía si confesarle la verdad o dejarlo como algo fortuito. Se decantó por lo segundo—. Supongo que sí. Debía buscar dinero o joyas, pero ya está en prisión. Todo ha quedado en un susto.

—¿Quieres que vaya a cuidar de ti? —preguntó solícita su madre.

María miró a su alrededor antes de fijar los ojos en Sean, que sonrió al percibir su mirada.

—No hace falta, mamá, tengo quien me cuide —sonrió ella también—, y lo hace muy bien, pero querré que vengas pronto, en verano tal vez, para que conozcas a Sean, a su familia, y para que disfrutes de esta maravillosa tierra.

—Se me va a hacer eterno tanto tiempo sin verte.

—Y a mí también, mamá. Te quiero.

—Y yo a ti, mi amor.

* * *

Solo faltaba por explicarles lo sucedido a sus amigos. María no había querido decirles nada a sus chicas de Barcelona por miedo a que se les escapara alguna cosa delante de Ana, si la veían, especialmente Carmen, con lo bocas que era. Pero al grupo de Sean había que contárselo. Tarde o temprano se enterarían y se sentirían dolidos al no haberlo sabido por ellos dos. Por eso, prepararon una cena en su casa, cuando María empezó a tener una pinta menos macabra. Se presentaron todos, incluido Ed, el banquero, que no salía demasiado de fiesta por culpa de una bebida que no los dejaba dormir demasiado ni a él ni a su mujer.

María preparó una cena española, con tortilla de patatas y el típico pan con tomate catalán, además de buñuelos y croquetas... hasta empanada gallega, que le costó un montón hacer. Era a la vez su estreno como anfitriona de esa casa, la oportunidad para explicarles lo que les había ocurrido y que supieran lo que habían averiguado sobre Claudia.

Todos se preocuparon cuando le vieron el moretón que todavía conservaba y los puntos que aún no le habían sacado.

—Es una larga historia —comenzó a decir ella haciéndoles un gesto con la cabeza para que se pusieran cómodos—. Esto va a llevar su tiempo.

Intercalando intervenciones, entre los dos los pusieron al corriente de todos los hechos recientes y antiguos. Intentaron no olvidarse de ningún detalle. Al fin

y al cabo, ellos habían compartido muchos momentos con aquella víbora y merecían conocer todos los pormenores. De alguna manera, también los había utilizado a todos ellos, aunque a algunos no hubiera conseguido engañarlos. Los que no se habían dejado embaucar por Claudia habían presentido que era una mujer con muy mala fe, aunque jamás hubieran sospechado nada parecido. Aquello era algo que los sobrepasaba a todos.

Una vez que hubieron terminado de hablar, y después de contestar las cuestiones que les plantearon unos y otros, María decidió que ya era hora de dar el tema por zanjado. Claudia ya les había robado demasiado tiempo y no se merecía ni un segundo más de sus vidas.

—Ahora ya lo sabéis todo —dijo levantándose de su asiento. Dio una palmada y sonrió—. Ya está, vamos a cenar y olvidemos a esa bruja para siempre.

—Sí, vamos a cenar —reforzó Sean—. María ha preparado una degustación de platos españoles, así que vamos a disfrutar comiendo como no os podéis imaginar.

—Espero que os guste —añadió ella con timidez.

—No os lo quería decir, pero se ha pasado todo el día cocinando para vosotros; por lo tanto, cuidadito con decir que algo no está bueno —bromeó Sean mientras los dirigía a todos hacia el comedor.

Pasaron una noche fantástica que se culminó con el postre: crema catalana con azúcar quemado por encima. Todos los invitados alabaron su pericia como cocinera, sobre todo Sam.

—Oye, esto lo tenemos que institucionalizar. Una vez al mes, cocina española.

—¡Que te lo has creído tú! ¿Sabes el trabajo que le ha costado hacer esta cena, bribón? —salió en su defensa Sean.

—¿Qué os parece si nos juntamos en casa de uno de nosotros una vez al mes y que nos prepare su especialidad culinaria? —sugirió Gemma.

—Buena idea. Queda decretado. —Andrew, con un puño en alto, dio voz a todos.

—Pero, hasta entonces, un hurra por la cocinera —intervino Duncan.

—¡Hurra! —exclamaron todos al unísono.

—Se merece un premio —afirmó Dave.

En ese momento, Sean se levantó ligeramente y sacó un pequeño paquete de su bolsillo. Luego, buscando la mano de María, sentada a su lado, a tientas, se lo puso sobre la palma.

—Ábrelo —le pidió.

Ella miró el paquete, a Sean, al grupo y de nuevo el paquete. Con extremo cuidado, sacó el celo, separó el papel y se encontró con un estuche de terciopelo azul zafiro. Volvió a centrar la vista en Sean con la respiración entrecortada y el corazón retumbándole en las costillas. Sólo cuando vio la sonrisa canalla del hombre que amaba se decidió a abrir la cajita.

Se quedó sin palabras, con una mano tapándose la boca mientras la otra sostenía el diminuto joyero. Sean se levantó de su silla ceremoniosamente, llamó a *Dark* con un chasquido de la lengua y se arrodilló delante de ella.

—María Costa Berenguer, has dado luz a mi oscuridad desde el momento en que te acercaste a mí en el aeropuerto de Barcelona. —Le buscó la mano que contenía su regalo y se lo arrebató—. Me has hecho más feliz de lo que nunca hubiera soñado. Fuiste lo suficientemente valiente como para abandonar tu vida para venir a llenar la mía. Eres sincera, cariñosa..., quieres a mi gente y adoras a mi perro... Me quieres, lo sé, lo siento, igual que sé que ahora me miras con unos ojos llenos de lágrimas a punto de rebosar, porque eres una sentimental, aunque no te guste que se sepa. —Nuevamente, le tomó la mano y, con delicadeza, le deslizó el anillo que le había comprado esa misma tarde—. Por todo eso y mil cosas más que me guardo para cuando estos gamberros no estén delante, te pregunto —la mano que tenía libre rodeó el cuello de *Dark*—: ¿Quieres ser nuestra esposa?

Sin poder detener el llanto feliz que pugnaba por salir desde que Sean le había dado el anillo, contestó poniéndose a su altura y abarcándolos a los dos con los brazos:

—Sí.

Epílogo

—¿Por qué no pides otra hamburguesa, cariño? —sugirió Sean.

—¿Quién se ha quedado con hambre, *Dark* o tú?

—Los dos.

Su marido sonrió. ¡Cómo los conocía!

—Sean, el ciego eres tú, amor, no yo. He visto perfectamente cómo le dabas la mitad de tu bocadillo.

—Pobre, me miraba de una manera que... no he podido resistirme.

—Después de tanto tiempo y todavía no sé cómo logras saberlo.

—¿El qué? ¿Que me miráis? Ése será siempre mi secreto.

—Los matrimonios, por si lo has olvidado, no deben tener secretos.

—Éste lo mantendré siempre, es parte de mi encanto —bromeó.

—Papá —los interrumpió su hijo Morgan—, ¿cuándo llegan los titos de Barcelona? —preguntó con su media lengua, refiriéndose a las amigas de María y sus familias.

—El avión está a punto de aterrizar, mi vida —contestó su madre.

—¿La abuela también viene? —quiso saber el renacuajo.

—No. —Esa vez fue Sean quien contestó.

—¿Por qué?

El anuncio de la llegada del vuelo de Barcelona los salvó de tener que contestar las preguntas de su retoño.

—Bueno, ¡ya están aquí! —soltó María, excitada.

—¡Sí! —gritó el niño.

—Y nosotros nos quedamos sin hamburguesa —se quejó Sean, dándole una palmada en la cabeza a su peludo amigo.

—Venga, os la compro —dijo María como si le hablara a su hijo.

—Yo quiero patatas —le pidió Morgan mientras se sentaba.

—Está bien, otra ración de patatas —aceptó María meneando la cabeza—.
Venga, un día es un día.

Mientras esperaba en la cola del restaurante de comida rápida en el que estaban haciendo tiempo, miró hacia la mesa que ocupaban sus tres «hombres»: el fiel *Dark*, siempre atento a todos, ofreciendo cariño sin pedir nada a cambio, continuamente pendiente de los suyos, siempre alerta ante cualquier peligro... Sean, su marido. Se le llenaba la boca al llamarlo así. El hombre más maravilloso, amable, divertido y, en ocasiones, enigmático que había conocido en su vida. Y, por fin, Morgan, el hijo de ambos, fruto de un amor que traspasaba lo normal para convertirse en algo excepcional. Un hombrecito de casi tres años con el carácter de su tía Mavis, la bondad de su abuela Ana, el mal genio, por desgracia, de su otra abuela, a la que apenas veía, esa sonrisa que le recordaba tanto a la suya propia y esos ojos azules, expresivos y vivos, que había sacado de su padre. Esa visión de los tres unidos, arrancándole una sonrisa, le dijo que aquello era la felicidad.



Luz Guillén, barcelonesa apasionada por la literatura desde muy joven, ha ido incrementando esa pasión con el paso de los años. Sintió la llamada de la escritura a muy temprana edad, pero ha empezado a compartirla desde hace poco tiempo.

Casada desde 1985, ha inculcado en sus hijos el mismo amor por los libros que siente ella.

Administrativa del ambulatorio de un pueblo de la periferia de Barcelona, donde vive, desarrolla su labor con buen humor, intentando facilitar la vida a todos los que la rodean.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<https://www.facebook.com/MaryOdds/?fref=ts>

¿En la oscuridad o en tu corazón?
Luz Guillén

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Luz Guillén, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): agosto de 2018

ISBN: 978-84-08-19370-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

